

*RAQUEL SEVILLA SABORIDO*

*La chica del  
Lunar*



*RAQUEL SEVILLA SABORIDO*

*La chica del  
Lunar*



Título original: La chica del lunar  
Copyright© 2018, Raquel Sevilla Saborido

Primera edición: abril 2018

ISBN: 9781980713074

Diseño de portada: © Raquel Sevilla Saborido

Edición y maquetación: © Raquel Sevilla Saborido

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o autores o bien se usan en el marco de la ficción.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

© Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor o autores. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Paco...

Aquel era uno de esos días en los que no tenía ganas de hacer nada. No me apetecía ir a trabajar ni ver a nadie. Era tal mi desconsuelo, que aún no me podía creer que Adán me hubiera dejado.

Mi único deseo era quedarme en casa llorando y escuchar música que me recordara a nosotros. Una y otra vez volvían momentos nuestros a mi cabeza, pero, desafortunadamente, no tenía más remedio que salir y seguir con mis rutinas.

Cuando llegué al trabajo y mis compañeras me vieron los ojos hinchados y llorosos les tuve que contar que Adán me había dejado. Ellas, como buenas amigas que son, me dieron muchísimo apoyo, sobre todo mi compañera Luna, que insistió en salir esa noche para que me olvidara de todo. Sin embargo, yo no tenía ánimo de nada.

—¡Esta noche salimos! —me dijo—. Se acabó. No vamos a permitir que después de trabajar te metas en casa a llorar como una condenada.

—Muy bien —contesté yo sin rechistar.

Trabajo en un restaurante de comida rápida en el centro de Málaga y estoy muy contenta; hay muy buen ambiente y un magnífico rollo entre nosotras.

Aquella noche empecé a trabajar fatal. Cada dos por tres me equivocaba

con algo. En un momento en el que hubo un claro de trabajo, miré por la ventana que tenemos en la cocina que da a la calle y vi aparecer un todo terreno *Maserati*. Era de color champán. Emocionada, llamé a mi compañera Alicia, ya que ella es una fanática de los coches y de las motos.

—¡Madre mía, qué coche! —exclamó ella.

De él bajaron tres chicas espectaculares y un chico que no llegaría a tener más de treinta años.

Desde mi distancia podía ver que las chicas llevaban unos vestidos de noche preciosos con tacones de aguja. El chico iba enfundado en unos vaqueros de color negro, una camisa blanca y una americana que le quedaba como un guante. De la chaqueta le sobresalía el pico de un pañuelo de color blanco. Se dio cuenta de que lo estaba observando por el gran ventanal y me dirigió una sonrisa picarona. Yo, avergonzada y colorada como un tomate, le devolví la sonrisa.

Nadie se esperaba que fueran a entrar a nuestro local. Cuando aquel chico estuvo a escasos metros de distancia, me fijé en sus zapatos negros. Eran muy brillantes y con puntera. Su atractivo me llamó la atención. Llevaba una melena castaña preciosa.

Amablemente, los cuatro nos dieron las buenas noches y mis compañeras y yo, como a todos nuestros clientes, le devolvimos el saludo con una sonrisa.

Se sentaron en la mesa número cinco; dos chicas a la derecha, la tercera en el centro, y él junto al pasillo.

Desde donde yo me encontraba, podía verlos a la perfección.

Mi jefa Mariela fue a limpiarles la mesa y les dejó unas cartas para que pudieran ver lo que ofrecíamos en nuestro restaurante. Poco después, les acercó unas cervezas Alhambra y el cuenco de aceitunas que solemos poner a todos nuestros clientes.

Fue en ese momento cuando pidieron la comida. Lo sé porque vi a mi jefa cómo apuntaba en su libreta. Yo estaba en mi mesa de trabajo y, de vez en cuando, echaba un ojillo para cotillear. Ahí fue cuando me di cuenta de que el chico también me observaba y me regalaba pequeñas sonrisas.

Cada vez que me agachaba y me levantaba para coger bases de pizzas — las tengo debajo de mi mesa de trabajo —, él me miraba fijamente.

En ese momento, mi jefa puso el equipo de música y... ¡joder, qué puta casualidad! Comenzó a sonar una canción de Michael Bolton.

Ay, esa preciosa voz me quitó las penas y ese dolor tan amargo al que me enfrento cada vez que pienso en Adán.

Adán ha sido el único hombre con el que he estado y, para qué engañarnos... Nuestra relación tuvo desde el principio fecha de caducidad. Al menos, eso es lo que me decía Alicia.

Las lágrimas no tardaron en empañarme la vista.

Me disponía a coger una servilleta de la cocina cuando, de repente, dándome un sobresalto, vi a aquel hombre que estaba compartiendo mantel con otras tres mujeres junto a mi mesa de faena.

—¡A las mujeres no hay que hacerlas llorar!

Sonreí tímidamente al escuchar aquello y le acepté el pañuelo.

Rápidamente, antes incluso de que me diera tiempo a darle las gracias, él regresó junto a sus compañeras.

Cuando abrí el pañuelo vi dos grandes letras bordadas: la *B* y la *S*. Me lo acerqué y... ¡Umm, qué bien olía! A hombre, a un perfume embriagador y *sexy*. Me dio pena ensuciarlo. Decidí coger una servilleta y no manchar el pañuelo.

—¡Si te lo he ofrecido es para que lo utilices, no para que cojas un trozo de papel y dejes mi pañuelo ahí tirado! —No supe qué responder—. Te he estado observando y estás muy triste. ¿Algo o alguien te ha hecho daño?

—Bueno, sí... —le dije yo—. Es algo personal.

—Venga, pues no pienses más en eso y ámate, que eres muy bonita —me contestó, cogiéndome de la barbilla. Y diciéndome aquello, regresó a su asiento para acompañar a las tres bellezas que iban con él.

Mis compañeras me miraron. No daban crédito a lo que me estaba pasando con aquel chico. Era todo tan surrealista...

En ese momento, apareció por la puerta mi amigo Carlos y su marido Enrique.

—Hola, reina, ¿cómo estás? —me dijo Carlos. Me acerqué a ellos para darle un beso y un abrazo a cada uno. Él no me quitaba el ojo de encima, no sé si me gustaba o me daba algo de miedo—. Oye, recuerda que mañana viajamos a Madrid y que tenemos que estar dos horas antes en el aeropuerto,

así que a las nueve y media estaremos por casa.

—Vale —respondí yo.

—¿Tú sabes si Óscar viene? —me preguntó Enrique.

—Yo creo que sí —le respondí yo—, la entrada de Adán se la he dado a él y está encantado de ir al concierto con nosotros y que después nos vayamos a Chueca de juerga...

—Oye, ¿tú cuando te ibas a Nueva York? —me preguntó Carlos.

—El lunes por la tarde tengo que estar aquí, ya que el vuelo sale a las nueve y media de la noche —contesté yo.

—¡Qué bien, así tenemos todo un fin de semana para pasarlo bien, emborracharnos y hacer una buena despedida de viaje! —exclamó Carlos—. Bueno, nosotros nos vamos que hemos quedado con unos amigos para salir; ya sabes, reina, mañana en tu casa a las nueve y media te pasaremos a recoger.

Y dándonos un beso, nos despedimos.

Él no paró de observarme todo el rato que estuve con mis amigos de charla. Luna, que es una guasona, se me acercó y me dijo:

—Joder, valiente fin de semana te vas a marcar. ¡Cuatro tíos para ti sola!

—¡No digas tonterías, Luna! —le respondí yo, riéndome—. No le intereso a ninguno de ellos.

El local poco a poco se fue quedando vacío. Cuando miramos la hora, eran las 23:45. Ya mismo íbamos a preparar nuestra cena. Después teníamos que limpiar, así que no podíamos perder ningún segundo, ya que queríamos salir prontito para ir de fiesta.

Los últimos en salir del local fueron el «*buenorro*» y sus acompañantes.

—Buenas noches y muchas gracias por todo. La comida estaba buenísima. —Antes de salir para la calle se acercó a mí y me dijo—: Adiós, Raquel.

Me dirigí hacia él y le dije:

—Adiós, y muchas gracias por el gesto del pañuelo.

—No es nada —respondió él.

—Por cierto, ¿cómo sabes mi nombre? —le pregunté.

—Tus compañeras han estado toda la noche llamándote por ese nombre

y tú has contestado, así que, blanco y en botella. —Yo me sonrojé. Y diciéndonos buenas noches salieron los cuatros.

Preparamos nuestra cena y una vez todas sentadas, empecé a hablar:

—Bueno, chicas, os tengo que contar varias novedades. Como sabéis, me ha dejado por décima vez Adán, pero esta vez va a ser la definitiva. Estoy muy cansada. —Al terminar de decir esto, las cuatro se pusieron a aplaudir ya que, como decía Alicia, era una relación que no llegaba a ningún lado; era tóxica, sobre todo para mí, que lo daba todo a cambio de nada—. Tengo más noticias que daros. Mañana empiezo mis vacaciones y el lunes me voy a Nueva York.

Alicia, Luna y Andrea me miraron, excepto Mariela, que sí sabía de mí, pues me había estado enseñando un poco de inglés a marchas forzadas.

—¿Cuánto tiempo te vas? —me preguntaron mis tres compañeras.

—Solo tres meses; iré de aprendiz a una editorial.

Les expliqué que Isidro, el amigo de mis padres — Isidro y su esposa, Natalia, se portaron muy bien conmigo cuando mis padres fallecieron. No permitieron que me quedara sola en ningún momento. De hecho, me fui a vivir con ellos hasta que poco a poco me fui recuperando del duro trance —, había hablado con el hijo de un buen amigo suyo que tenía una editorial.

—Estoy nerviosa pues no sé nada de inglés. Va a ser un cambio importante: una ciudad nueva, gente nueva, pero, sobre todo, el idioma. ¡Uff, eso es lo que me trae por la calle de la amargura! Menos mal que Mariela me ha dado unas lecciones de inglés de lo más básico. ¡A ver si me sirven de algo!

—Bueno, chicas, vamos a espabilarnos que tenemos que recoger el local e irnos a mi casa para arreglarnos —dijo Luna.

Terminamos de limpiar y de recoger todo el local sobre las 00:45. Fue entonces cuando Mariela sacó una botella de champán bien fresquita que tenía en la nevera.

—Venga, chicas, vamos a brindar por nosotras cinco y, sobre todo, por ti, Raquel, porque por fin, si no pasa nada, vas a tener tu sueño hecho realidad.

Y brindamos las cinco.

Una vez nos terminamos toda la botella de champán nos fuimos a casa

de Luna. ¡Qué buena chica es y qué hospitalaria!

Cuando llegamos a su casa nos vestimos y nos maquillamos con tranquilidad. Nos arreglamos el cabello: una con plancha; otra, suelto y al natural...

Yo no tardé casi nada en peinarme, ya que tengo el pelo corto. Simplemente me lo engominé. Cuando me miré al espejo que tiene en la entrada de la casa me vi guapísima, la verdad. Me había puesto un vestidito negro corto con un poco de escote, que me quedaba como un guante —desde que estoy apuntada en el gimnasio he perdido algo de peso y estoy divina—. Me calcé unos zapatos de color rojos de aguja y... ¡*Voilà*, ya estaba lista!

Mis compañeras iban guapísimas también.

En casa de Luna nos tomamos unas cuantas cervezas al son de la música de los AC/DC y de los Rolling Stone.

Antes de salir a la calle, las cinco nos hicimos varias fotos de recuerdo.

Llamamos a un taxi, ya que como habíamos bebido, ninguna estaba en condiciones de conducir. Como dice la canción de Stevie Wonder, SI BEBES NO CONDUZCAS.

Nos montamos en el taxi y Luna fue quién le dio la dirección al taxista. ¿A dónde nos iba a llevar esa loca?

Llegamos a los Álamos, a un chiringuito *chill-out* situado en la playa. Por fuera, era espectacular.

—Ya verás cómo es por dentro y los tíos tan buenos que hay —me dijo Luna.

—Esta noche lo que menos me apetece es un hombre —le contesté yo—. Solo quiero pasarlo bien con vosotras.

Nos pusimos a hacer cola como todo el mundo.

—¿Pero qué hacéis? —preguntó Luna.

—¡Pues hacer cola! —dijimos las cuatro a la vez.

—Venga ya, vamos para adentro.

—¿Por qué no me deja de sorprender Luna? —musitó Mariela.

Mariela y Luna son hermanas y, como mi hermana María y yo, son el día y la noche.

¡Madre mía, qué bonito era aquel local por dentro!

Vimos a clientes nuestros del restaurante, que, al vernos, se

sorprendieron. Eso es lo que tiene el hecho de que siempre te vean con el uniforme de trabajo. Cuando una se arregla un poquito, pueden saltar chispas.

Obviamente, los saludamos.

Las cinco nos pusimos a mirar qué barra era la que estaba menos concurrida para pedir algo de beber. Todo estaba a tope.

Luna vio un claro, y cogiéndonos de las manos en cadena, allá que fuimos.

Para no hacernos ningún lío ni nada parecido, decidimos pedir todas lo mismo: *gin- tonic* con su rodajita de limón. Luna fue la encargada de hablar.

Ya con nuestras copas en mano, decidimos ir al jardín, que no era otra cosa que la playa. ¡Qué decoración! *Wow*, camas balinesas, antorchas de madera...

Como no podía ser de otra manera, porque soy de las que hago fotos de todo, cogí el móvil y saqué fotos aquí, fotos allá...

—¡Chicas, decid *Chirusa!* —grité. Y nos hicimos un selfie. Al cabo de diez minutos, cuando me harté de hacer de fotógrafa, les dije—: ¿Os parece bien que lo dejemos y disfrutemos de todo lo que nos ofrece este fantástico lugar?

Las cuatro contestaron a la vez:

—No nos importa, de verdad.

Había un escenario en el cual nadie se subía para bailar. Todo el mundo estaba en la pista. Nosotras nos miramos, sonreímos y nos subimos en el escenario para menear el esqueleto, cada una a su estilo, eso sí, pero qué más daba si la cuestión era pasarlo bien. ¡Ja, ja, ja, madre mía! ¡Vaya panda de cinco locas debieron pensar algunos al vernos bailar de aquella manera! He de reconocer que a más de uno le alegramos la vista también.

De pronto, sonó una canción chulísima de Annie Lennox, *I put A Spell on*, donde las cinco, cada una a su manera, bailamos de forma muy sensual.

Una vez terminada la canción, todos nos aplaudieron. Y nos bajamos del escenario para ir en busca de otras cinco copas de *gin- tonic*. «Madre mía —dije en voz baja—. Yo no estoy acostumbrada a beber. La resaca de mañana va a ser tremebunda».

Luego, volví a subir al escenario. Quería bailar. Bailar y bailar para

desahogarme, para borrar de mi mente todo aquello que no me gustaba.

—¡Raquel! —Miré, pero no veía a nadie. Joder, ¿quién me estaba llamando?—. ¡Raquel, aquí abajo!

Joder, era él, el chico del local, el «melenas», el «guaperas» de los ojos verdes.

No me lo podía creer...

¡Me estaba llamando y se acordaba de mi nombre!

Me agaché y le pregunté:

—¿Qué haces aquí?

Pensé para mis adentros: «¡Joder, Raquel, qué pregunta más tonta acabas de hacer, dios mío!».

El chico, muy correcto, me contestó:

—He venido con mis hermanas.

No sé por qué, pero me entró la risa floja.

—¿Ahora se llaman así?

En esos momentos llegaron mis compañeras con las copas y se cortó nuestra conversación. Le dije adiós y me puse a bailar otra vez. Estaba sonando esa canción que tanto me gusta de Ariana Grande, *In to you*, que significa «dentro de ti».

Y ahí estaba yo... Bailando la canción como una loca posesa, como si no hubiera un mañana. Me entregué totalmente, aunque de vez en cuando miraba hacia donde estaba él y nuestras miradas se cruzaban.

Me gustaba aquella situación de provocación. En mi vida nunca había hecho algo igual, pero me gustaba... Y me excitaba también. De vez en cuando me levantaba un poco la falda del vestido dejando ver el tatuaje de Catrina que llevo en el muslo izquierdo y volvía a bailar en plan *sexy*. Todos tocaban las palmas, vitoreando.

Cuando el estribillo lento comenzó a sonar en los amplificadores, hice un gesto con mi dedo índice y me lo pasé por mis labios, chupándolo. Él frunció el cejo. Y yo lo miré seductoramente. Era *sexy*, muy *sexy*.

La canción seguía sonando y yo continuaba moviéndome en secreto para él. Mi vestido se levantaba cada vez que mis caderas se bamboleaban a izquierda y derecha.

Una vez terminada la canción, le di a Luna mi copa. Tenía que ir al

baño. Al bajarme del escenario, todo el mundo me felicitó por el baile que acababa de realizar.

Cuando llegué al baño, antes de entrar, alguien me agarró del brazo y me arrinconó contra la pared del pasillo. Era ÉL.

—Te arrancaría ese lunar que tienes en el labio —me susurró, acercando su boca a la mía—. También te quitaría ese vestido y te besaría el tatuaje que tienes en el muslo. Solo bailarías para mí, para que nadie te tocara ni te mirase con el deseo con el que te miro yo.

Escuchar su voz me hizo un nudo en la garganta, pero yo, muy chula, algo normal en mí, le dije que se largara con sus acompañantes. Él, muy correcto, me respondió:

—Eres una pelirroja de ojos verdes muy incrédula, pero te sigo diciendo que son mis hermanas.

—Bueno, pues vete con tus hermanas, tus novias o tus amantes, me da igual... —No sé por qué me puse a la defensiva, cuando ni él ni yo teníamos nada y ni nos conocíamos.

En ese momento apareció una de las rubias y le dijo:

—Oye, Bruce, papá ha llamado a Matilde y le ha dicho que ya es muy tarde y que nos lleves a casa.

—Hola ante todo... —le respondió él entre dientes—. Helena, mira. Ella es Raquel, la chica de la hamburguesería donde hemos cenado antes.

Muy efusiva, se acercó a mí para darme dos besos y me dijo:

—Chica, realmente están buenísimas las hamburguesas de buey que hacéis.

—Muchas gracias —contesté, algo incómoda, no por la situación, sino porque me estaba orinando y no podía aguantar más.

De la misma forma que había llegado Helena, desapareció. Y él me dijo:

—¿Ves? ¡Son mis hermanas!

—...

—¡Son trillizas! —Y, diciéndome esto, me estampó un beso en la mejilla, cerca de mi labio. Las cosquillas que sentí en el estómago no las había sentido en la vida; ni con Adán ni con ningún otro hombre—. ¿Vas a entrar al baño?

Abrí los ojos y, con cara de circunstancias — y eso que solo me besó en

la mejilla; lo llega a hacer en la boca y creo que me habría desmayado allí mismo — , lo miré y le dije:

—¡Ah, sí!

Me metí corriendo en el baño, hice pis y me lavé las manos. Cuando salí, él ya no estaba. Una vez llegué donde estaban mis compañeras, me preguntaron por qué había tardado tanto y les respondí:

—Había mucha gente esperando.

No quería contarles el encuentro que había tenido con aquel chico, ya que por desgracia, o por suerte, no lo volvería a ver.

Cuando miré el reloj y vi que eran las cinco menos cuarto, me entraron los siete males. A las nueve y media había quedado en casa con Carlos y Enrique, y apenas iba a darme tiempo a descansar.

Les pregunté a las niñas si nos íbamos o me iba yo. Las cuatro optaron por quedarse, pero me acompañaron hasta la parada de taxis.

La despedida fue melodramática. Llantos, abrazos intensos, repetidos cuídate mucho... Íbamos a estar tres meses sin vernos.

Cuando me dirigía al taxi, vi que el chico de las melenas, me observaba y le lancé una sonrisa al tiempo que le decía adiós con la mano.



Sonó el teléfono.

—¿Diga? —respondí, algo somnolienta.

—Hola, Raquel ¿estás lista? —Miré el reloj y di un salto de la cama cuando vi la hora: las ocho y media.

—Hola, Carlos, buenos días, casi lista —le dije.

—Muy bien, ya sabes... a las nueve y media estaremos ahí.

—Sí, sí, no te preocupes —contesté yo.

Encendí la cafetera y el equipo de música. *Night Wish*, un grupo noruego que canta rock con ópera que me flipa, comenzó a cantar. Cuando me metí en la ducha, solo me venía a la mente ÉL, Bruce, y ese beso que me había dado entre los labios y la mejilla. A día de hoy, ese cosquilleo que experimenté con aquel beso sigue apareciendo en la boca de mi estómago. ¡Joder, qué bueno estaba!

Me enjuagué, me eché *body milk* y fui al dormitorio para vestirme. Al abrir el armario, elegí unos vaqueros negros rotos y una camiseta negra de *Kiss* y las botas militares. Maquillé un poco mi cara de muerta viviente, cogí una mochila y guardé las cosas básicas que me iban a hacer falta para esos dos días. Luego hice la cama, recogí un poco la habitación y me dirigí al salón para coger la entrada del concierto, el billete de avión, la cartera, el dinero y la tarjeta de crédito que solo utilizo en casos de emergencia. Cuando comprobé que lo tenía todo, me dirigí a la cocina para tomarme una taza de café.

El portero automático no tardó en llamar mi atención.

«¡Mierda, son las nueve y media! ¡Ya están aquí!», pensé yo.

—¿Quién es? —pregunté.

—¡Raquel, abre!

«Esa voz... Umm, ¡no puede ser!», pensé.

Sí, sí podía ser...

Ahí estaba él, tan normal.

—¡Hola, Raquel!

—¡Hola! —dije yo—. ¿Se puede saber qué haces aquí, Adán?

—Vengo a recoger algo de mis cosas.

—¿Y no las puedes recoger cuando yo no esté? —pregunté yo.

—¿Te vas? ¿A dónde? —respondió sorprendido.

—¡A ti qué te importa!

Adán me miró extrañado por mi contestación. La antigua Raquel le hubiera dicho a dónde iba y con quién, pero ya no... Me negaba a seguir dándole explicaciones.

En esos momentos sonó el timbre otra vez.

«Menos mal —pensé para mí—. Salvada por la campana»

—Voy para abajo —dije desde el telefonillo.

Acercándose a mí por detrás, me preguntó Adán:

—¿No te gustaría intentarlo de nuevo?

Apartándolo de mí, le respondí:

—Desde luego que tienes muy poca vergüenza y una cara que te la pisas. No sé cómo se te ocurre venir a mi casa y querer volver conmigo

cuando has sido tú el que has cortado —le dije yo, pero él, muy altivo, me dijo:

—No has contestado a mi pregunta.

Lo volví a mirar y le respondí:

—¿De verdad pretendes que te conteste a tu pregunta tan absurda? Mira, Adán, cuando salgas por esa puerta y eches la llave, dásela a Ana, la vecina. No tengo más que hablar contigo. Ah, por cierto... Le llamaré para saber si has hecho lo que te he pedido.

Me encantó ver la cara de atontado que se le quedó.

Sin más, salí de la casa y bajé las escaleras. No me apetecía coger el ascensor. Me metí en el coche.

De camino al aeropuerto, les conté a Carlos y a Enrique lo ocurrido aquella noche con el tío bueno de las melenas y, seguidamente, a quién había dejado en casa como una cucaracha.

Los chicos no salían de su asombro.

Llegamos al aeropuerto y allí estaban Óscar y Pablo esperándonos también. Nos íbamos los cinco al concierto único que iba a dar Michael Bolton en Madrid. Mientras esperábamos que anunciaran nuestro vuelo, cada uno estaba entretenido con algo: Óscar y Pablo mirando a los tíos buenos de una aplicación que se habían bajado; Carlos y Enrique, dándose arrumacos y yo, leyendo un libro de mi autora favorita. Sin embargo, mi mente se marchaba a otro sitio cada dos por tres.

Cuando por megafonía anunciaron que el vuelo a Madrid iba a salir en cuestión de unos minutos, nos dirigimos al control. Allí tuvimos que dejar las mochilas, los móviles y los cinturones sobre una bandeja de plástico para pasar por el detector de metales.

Yo estaba de los nervios. No sé por qué pero llevo fatal eso de montar en avión; es algo que me da terror, no lo puedo remediar.

Cuando llegamos a la puerta de embarque y accedimos por el finger hasta el avión, las azafatas, muy agradables sea dicho de paso, nos indicaron cuáles eran nuestros asientos.

¡Qué bien, me tocó sentarme con Óscar y Pablo!

Se cerraron las compuertas del avión y las azafatas nos indicaron las normas de seguridad del avión: que si una salida de emergencia por aquí, que

si una máscara para respirar por allá... ¡Uff, a mí ya me estaba entrando los siete males! Pablo y Óscar fueron muy amables conmigo y me dejaron sentarme entre ellos. Rápidamente, cuando el avión aceleró por la pista y nos inclinamos para coger vuelo, les cogí de las manos. Allá íbamos, de camino a Madrid.

La verdad es que el viaje se me hizo muy corto, hablando con los chicos, y metiéndose conmigo.

—Mucha teta, mucha teta..., pero al final, eres una gallina —me dijo Pablo entre risas.

Yo no pude hacer otra cosa más que reír.

El viaje fue corto.

Poco a poco fuimos perdiendo altura hasta que las ruedas impactaron contra el suelo. Una vez aterrizamos y bajamos del avión, ya aliviada por el susto, nos dirigimos a la parada de taxi. Yo estaba loca por llegar al hotel y tumbarme en la cama, pero aquello no iba a ser posible. Solo íbamos a estar un día en Madrid y había que aprovechar el tiempo al máximo.

Enrique se conocía muy bien Madrid, así que él fue nuestro guía particular. Nos llevó a la Plaza Mayor, nos dimos una vuelta por Cibeles y por el estadio Vicente Calderón. Todo muy bonito, pero, al igual que en mi Málaga la bella, en cualquier rincón te encontrabas una obra.

Con tanto paseo nos entró sed y hambre, así que nos sentamos en una terraza muy chula. Estaba decorada al estilo años sesenta y el uniforme de las camareras era de estilo *vintage*. Me entraron ganas de ir al baño y me enamoró un Cadillac rojo que estaba en medio del bar. No pude contener las ganas. Me hice varias fotos y se las envié a las *Chirusas*.

Cuando regresé a la mesa, los chicos habían pedido una jarra de cerveza bien fresquita y algo de comer. Como estaba sedienta, le di un buen trago. A partir de ese momento, comimos, reímos y bebimos.

A las tres y media, nos fuimos al hotel para darnos una ducha y descansar un poco antes del concierto.

Cuando llegó la hora, los chicos me esperaban en la entrada del salón del hotel. Mis cuatro amigos estaban muy guapos, cada uno a su estilo. Yo me había puesto un vestido de color rojo que combinaba con unos zapatos de color negro y una pequeña bandolera.

—¡Qué guapa, Raquel! —me dijeron los cuatro.

—Reina —me dijo Óscar—, hacía tanto tiempo que no te veía así de guapa...

Le di las gracias y, cogidos del brazo, salimos del hotel. Luego paramos un taxi y le dijimos que nos llevara al teatro Lope de Vega.

Cuando llegamos al teatro, Óscar, que era un entendido en antigüedades, nos explicó que la enorme lámpara de araña era una reliquia. Yo, por no mirar donde debía, tropecé, empujando a alguien.

—¡Perdón! —dije.

Cuando el hombre se volvió, me quedé con la boca abierta. Era ÉL, el chico guaperas de los ojos verdes... ¡Bruce!

—¡Hola, chica del lunar! —me dijo—. Disculpas aceptadas.

—...

Mirándome de arriba abajo, susurró:

—¡Qué guapa estás! —Y diciendo esto se fue detrás de una chica morena muy alta y muy guapa.



El concierto acústico de Michael Bolton fue grandioso. Esa voz tan maravillosa que tiene hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas.

El público se puso en pie cuando terminó el concierto y, entusiasmado, estuvo aplaudiendo durante más de diez minutos. ¡Qué bonito!

Después, como era temprano, decidimos ir a Amnesia a bailar un rato y pasarlo bien; cuando íbamos a salir del teatro, una voz me llamó:

—¡Raquel!

Miré hacia atrás y ahí estaba ÉL, el tío bueno que me había besado la noche anterior.

—¿Estás sola? —me preguntó.

—No, con unos amigos. —Y señalé a mi cuarteto.

—¿Sales con alguno de ellos? —me preguntó y me reí.

—Ja, ja, ja, no soy de su estilo...

—¡Con lo guapa que eres! —me dijo él.

—Bueno, en realidad no le intereso a ninguno, ni yo ni ninguna mujer.  
—Dicho esto me dirigí hacia mis acompañantes.

—Espera, Raquel, ¿os apetece ir a tomar algo?

—Hemos pensado en ir a Amnesia —le respondí.

—Pues, si os parece bien, podríamos ir juntos en mi coche —propuso él.

—Espera, que les pregunto a los chicos a ver qué me dicen...

Me acerqué a ellos y les expliqué que ese chico nos había invitado a llevarnos en su coche; cuando los cuatros lo vieron, enseguida dijeron que sí, que aceptaban.

Cuando salimos del teatro un *Hummer* de color blanco estaba aparcado en la puerta.

—Este es mi coche —dijo Bruce.

Nosotros nunca habíamos visto un *Hummer* y nos quedamos con la boca abierta. Bueno, en realidad, sí lo habíamos visto, pero solo en las películas americanas.

Bruce nos abrió la puerta. Primero entró su acompañante, la morena; después lo hice yo, seguidamente mis chicos, y por último, él.

Una vez dentro, llegó la hora de las presentaciones.

—Yo me llamo Bruce y ella es... —se me encogió el estómago—, es mi prima Laura.

Una vez hechas las presentaciones repartimos besos y saludos de mano, y por último, dije:

—Y yo soy...

Antes de que yo dijera mi nombre lo dijo él:

—Eres Raquel, la chica del lunar.

Yo sonreí.

Bruce le dio a un botón y salió un mini bar. Nos preguntó si queríamos beber algo. Todos asentimos.

Los chicos me susurraron al oído, preguntándome de qué conocía yo a aquel tipo. Nuevamente se me adelantó — «joder, qué oído más fino tiene», pensé — y contestó:

—Anoche fui a cenar a su restaurante. Por cierto, dile a tu jefa que estaba buenísima la hamburguesa Patagonia.

—Muchas gracias, se lo diré de tu parte —respondí yo.

Óscar, que me quiere mucho, se acercó a mí y, dándome un beso en la mejilla, me dijo:

—¡Olé, mi niña!

Llegamos a la puerta de la discoteca *Amnesia*. ¡Madre mía, cuando vimos la cola!

—Aquí nos van a dar las tantas para entrar... —murmuré yo por lo bajini.

Salimos del coche y Bruce se acercó a uno de los porteros. En menos de un minuto, ya estábamos dentro.

¡Madre mía, qué subidón! Qué chula es la discoteca.

Cuando Laura le dijo a su hermano que se iba con su grupo de amigas y mis chicos se fueron al cuarto de baño y a la barra, Bruce y yo nos miramos y dijimos al unísono:

—¡Nos han dejado solos!

—Sí —respondí yo.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó.

Le dije que no, que lo quería era bailar, así que nos fuimos a la pista.

Al rato, me entraron ganas de ir al baño y me acerqué a Bruce, casi pegando mis labios a su oído, y le pregunté:

—¿Me acompañas al baño? No sé dónde está.

—Por supuesto. —Me cogió de la cintura con posesión, nos dirigimos hacia el baño.

Por el camino lo saludaron muchísimas chicas, a cada cual más bonita y espectacular, como si de un ramillete de flores bonitas se tratara. He de reconocer que, al lado de aquellas mujeres, yo me veía pequeña, insignificante.

Me puse en cola para entrar al baño. De repente, cuando él me iba a decir algo, me sonó el WhatsApp. Eran mis chicas, las *Chirusas*. Leí sus mensajes y me reí mucho cuando mi jefa me escribió:

«Raquel, no te vistas en plan *Chirusa*».

Rápidamente le contesté:

«Tranquila, jefa, que voy muy bien»

Después, le envié un selfie para que me viera cómo iba vestida.

La respuesta no tardó en llegar: unos dedos dando la señal de «OK» .

Poniéndose a mi lado, Bruce me preguntó:

—¿Quién es? ¿Tu novio?

—¡Nooo! —le dije yo—. Son mis amigas del trabajo, yo no tengo novio. Bueno, hasta ayer lo tuve, pero me ha dejado. Nadie me quiere... —  
Diciendo aquello, apoyé la espalda y mi cabeza en la pared, mientras esperaba para entrar en el baño.

Él se acercó y me dijo:

—No sabes cuántas ganas tengo de besarte y pasar mi lengua por ese lunar...

«Joder, joder, ¿y por qué no lo haces?», pensé yo para mis adentros.

Finalmente, le eché valor y le dije:

—¿Por qué no lo haces?

Bruce se acercó a mí hasta que nuestros labios estuvieron a escasos milímetros de distancia y susurró:

—¿Quieres?

Moviendo como una tonta la cabeza, le dije que sí.

Me agarró de la cintura y me atrajo hacia él. ¡Joder, qué beso me dio!  
¡Dioss...! Aquel beso me dejó sin aliento.

Apoyé uno de mis pies en la pared, rozándole con mi rodilla, y noté su erección. Mi abdomen se contrajo y me olvidé de las ganas de ir al baño.

Me dejó de besar y noté su lengua en mi lunar y sus labios en torno a él. Con su mano ancha y poderosa agarraba mi cintura. Se pegó a mí. Nuestras respiraciones se volvieron una. Su mano dibujaba círculos sobre la parte baja de mi espalda, sobre mis glúteos, mientras mis dedos se enredaban en sus largos cabellos.

Cuando nos dejamos de besar, comencé a temblar.

—¿Vas a entrar? —me preguntó.

Y yo:

—Umm, ¿entrar, a dónde?

—Al baño —me contestó él.

Lo miré fijamente y le dije:

—¡Ay, sí!

Entré al baño, me lavé las manos, me retoqué los labios y cuando salí,

ahí estaba él hablando con una rubia despampanante. No me extraña que todas las chicas se le acercaran... Es un dios del Olimpo, con esa melena morena y esos ojos verdes.

Pasé por su lado y no le dije nada. Quería dirigirme a la pista que era donde estaban mis chicos.

Estaba dispuesta a cruzar la masa de gente que estaban bailando en mitad de la pista, cuando noté una mano, me di la vuelta y allí estaba ÉL con la rubia.

—¿Dónde vas sin mí? ¿Ya no quieres bailar conmigo?

Lo observé con mirada desafiante y le dije:

—¿Qué quieres hacer, un trío? —Me miró y sonrió—. No estaría mal, ¿verdad?

—Ella es una de las chicas que iban conmigo anoche. Matilde, ven.

Enseguida asocié aquel nombre con el de la noche anterior. Era su hermana. ¡Vamos, que metí la pata hasta el fondo!

La rubia despampanante se nos acercó:

—Matilde, ella es Raquel, la chica del lunar de la que te hablé anoche. —¿Le había hablado de mí? ¿Qué le habría contado? Bajé la mirada avergonzada. Dirigiéndose a mí, comentó—: Raquel, te presento a Matilde, mi hermana.

La chica, muy educada y amable, no como yo, que soy una borde de mierda, me dio un par de besos antes de decir:

—Encantada Raquel. Siento no poder entretenerme. Mis amigos me esperan.

—Por supuesto —balbuceé—. Adiós.

Bruce me miró —yo seguía con la mirada aún agachada y colorada como mi vestido —, me cogió la mano, la besó y me soltó:

—¡Me encanta que seas tan loca e impulsiva! ¡Vamos a bailar!

—Tengo sed —respondí yo.

Nos dirigimos a la barra y me preguntó qué quería beber.

—Un *Puerto de Indias* con *Seven up*.

Él se pidió un *Legendario* con naranja.

Cuando me dio a probar un poco, puse cara de asco. Bruce quiso probar mi bebida. Sus labios se ajustaron eróticamente al plástico de la pajita.

—Sabe a caramelo.

—Sí —sonreí.

Cogidos de la mano nos fuimos a un reservado. Allí nos sentamos y nos pusimos a hablar. Me preguntó:

—Anoche, cuando estaba en tu local, ¿por qué llorabas?

Le dije que mi pareja me había dejado. Que era una relación de idas y venidas.

—Perfecto. Así te tendré para mí solito.

Me reí.

Estuvimos hablando durante un rato. Me comentó que él estaba en España por trabajo y que había aprovechado para ver a la familia.

Dándole un sorbo a mi copa, le pregunté:

—¿Familia? ¿Estás casado?

Me miró y se creó un silencio eterno. Muy serio me contestó:

—No, no estoy casado. No tengo novia, ni hijos. Tengo a mis padres, a mis hermanas y a mis primas que viven con nosotros. —Me relajé a su contestación—. ¿Y tú? Cuéntame de ti. ¿Quiénes son esos cuatro chicos con los que te veo tan bien?

—Bueno, pues como sabrás —empecé—, yo trabajo en un restaurante de comida rápida...

—¡Que tiene una comida muy rica, por cierto! —me cortó él.

Lo miré y le di nuevamente las gracias.

—Bueno, pues mi novio ayer por la mañana cortó conmigo. Vivo sola en Málaga y esos cuatro chicos son mis mejores amigos. Como se suele decir, son mi paño de lágrimas...

—¿Y tus amigas? —me preguntó.

—¿Te refieres a mis compañeras? —Asintió—. Ellas son también mis amigas y las quiero muchísimo. Tenemos nuestros días buenos y otros no tantos...

Mientras decía esto, se levantó, se quitó la americana azul marino, la depositó sobre el respaldo del sofá, se volvió a sentar y se sacó de la muñeca una gomilla para recogerse el pelo.

«¡Dios, con esa camisa blanca tan estrecha se le notan aún más los músculos de los brazos!», pensé.

Bruce se acercó un poco más mientras yo le daba un sorbo a mi bebida.

Me cogió de la barbilla y empezó a besarme y yo me dejé arrastrar por esos besos tan tórridos. Su lengua estaba caliente. Era dulce y espesa...

Una de sus manos sujetaba mi cintura; la otra, mi cabeza, para impedirme que mi boca se separara de la suya.

Solté mi bebida sobre la mesa, mis manos acariciaron su espalda de arriba abajo, manoseé sus enormes brazos... «Dios, qué fuerte y apretado está», me dije para mí misma.

Bruce me cogió, atrayéndome más hacia él. Su pectoral acariciaba mis pechos. Me tenía totalmente acorralada.

Cuando me atrapó entre sus brazos, abrió mis piernas e hizo que me sentara encima de sus rodillas. Estando en esa posición, notaba su excitación, su duro y fuerte pene rozando mi vagina. Me besaba el cuello, le pasaba la lengua, me pegaba mordisquitos... Yo eché la cabeza hacia atrás y él fue bajando poco a poco hasta mis senos para recrearse con ellos. Mis pezones se pusieron duros y tiesos. ¡Dios, qué caliente estaba!

Sin darme apenas cuenta, me levantó ligeramente la falda y comenzó a acariciar la cara interna de mis muslos hasta llegar a mi vagina. Uno de sus dedos se coló entre mis bragas. Me tentó. Me rozó el clítoris, tiró de él, lo estimuló y lo circundó provocativamente. Así estuvo un buen rato hasta que lo metió en mi interior. Aquello hizo que me arqueara. Me perdí en su boca cuando metió un segundo y gemí acaloradamente. Su intención era bajarme los tirantes del vestido; disfrutar de mis pechos, jugar con ellos, juntarlos para devorarme los pezones. Para disimular mi desnudez, Bruce alargó la mano y me cubrió los hombros con su americana.

Mis manos, mientras tanto, se fueron en busca del cinturón para desabrochárselo... Mis dedos acariciaron su pene. Estaba duro, tieso y fuerte.

Sin más preámbulos, Bruce me tumbó en el sofá del reservado, me quitó las bragas, las olió y me abrió de piernas. Empezó a recorrer mi cuerpo con su lengua. Pasó por mi boca, por mis pechos, por el ombligo, para después desaparecer en mi sexo.

Allí besó mi Monte de Venus, le pegó pequeños mordisquitos. Su lengua jugueteó con mi clítoris mientras sus dedos me abrían los labios vaginales. Rápidamente, con voracidad, se perdió dentro mí. Espasmódica, me arqueé para poder ver su cara. Acababa de meter sus dedos otra vez en mi

vagina. Los besé con el calor de mi sexo y los lubriqué con mi propio flujo.

Yo ansiaba tocar su pene, acariciarlo, comérmelo..., pero me era imposible con sus dedos aún dentro de mí. Cuando me sentó a su lado y me di cuenta de que su miembro estaba totalmente fuera del pantalón, jugué con él. Mi lengua se paseó por el glande, le di pequeño bocados y me lo metí en la boca mientras sus dedos se apretaban en mi interior. Fui subiendo y bajando mi cabeza para darle placer, me sujetó la cabeza con fuerza para que llegara hasta la base para besarlo con la úvula que titilaba en mi campanilla.

Le gustaba... Disfrutaba como nunca. Y yo con él.

De repente, me volvió a tumbar en el sofá, se sacó un condón del bolsillo de atrás, lo rompió, se lo colocó, me abrió bien las piernas y me embistió... Una, dos, tres veces...

Cada embestida era mejor que la anterior. Yo sentía que me iba a romper por dentro. Nunca había tenido un miembro de aquel calibre dentro de mí. Mi vagina se dilataba y se contraía rítmicamente, sus manos se agarraban de las mías. Era tal la necesidad con la que me embestía, que no tardé en sentir que el orgasmo estaba cerca.

—Corrámonos juntos, chica del lunar...

Lo miré, me miró y, en esa última embestida brutal, salió un chillido de placer de mi boca y un gruñido animal de la suya.

Nos corrimos juntos.

Mi corazón me daba tumbos en el pecho — nunca había sentido algo parecido — y su respiración era exquisitamente acelerada. Se desplomó sobre mi cuerpo.

Estuvimos así un rato hasta que pudimos levantarnos, limpiarnos y arreglarnos.

Sacó un paquete de clínex de la americana y me limpió; después se limpió él. Íbamos a beber nuestras copas cuando los dos notamos que nuestras bebidas estaban calientes.

—¿Pedimos otra ronda?

Le dije que sí. A falta de otro buen polvo, un *Puerto de Indias* no me sentaría mal.

Bruce salió del reservado y llegó con las nuevas consumiciones poco después. Le di un gran sorbo a mi copa, estaba sedienta.

—¿Bailamos?

Me cogió de la mano, me la besó y a la pista que nos fuimos a bailar. No me quitaba el ojo de encima, pero los demás hombres tampoco. Para que ninguno se acercara a mí, él se puso a bailar a mi lado. De repente, vimos a mis chicos y nos unimos a ellos. Laura y sus amigos se unieron a nosotros también.

Nos lo pasamos muy bien, la verdad, entre risas y baile. Entre Bruce y yo hubo algunos besos y arrumacos. Yo sabía que aquello tenía fecha de caducidad, pero no quería pensar en ello. Solo deseaba disfrutar del momento como decían los chicos cada vez que les surgía algo para una noche.



Eran las ocho de la mañana cuando salimos de la discoteca. Bruce se ofreció a llevarnos al hotel, y yo encantada, pues podía estar un ratito más con él.

Cuando llegamos a la puerta, los chicos bajaron y se despidieron de Bruce y de Laura. Le iba a dar yo un beso en la cara cuando él me dijo:

—¿Qué haces?

—Despedirme —contesté con cara de circunstancias.

Me dio un beso en la cara, cogiéndome de la cintura. Los chicos se pusieron a silbar. Avergonzada, musité:

—Tierra, trágame.

Bruce se acercó a Laura y le dijo que regresaba enseguida. Los chicos, viendo que Bruce me iba acompañar a la habitación, decidieron desaparecer.

Una vez llegamos a la puerta de la habitación, me volvió a besar y me dijo:

—¿Tu teléfono?

Subida en una nube, respondí:

—¿Qué?

—Que si me das tu número de teléfono...

—Sí, claro. —Sacó del bolsillo de la americana su Apple y le di mi número—. ¿Qué nombre me has puesto?

Sin titubear me respondió:

—Mi chica del lunar.

«Me encantaría que fuera en serio, pero... ¡para qué engañarnos! Sé que no me va a llamar. Se olvidará de mí. Seguramente tendrá chicas a patadas», pensé.

—¿Hasta cuándo estás aquí? —me preguntó.

—Me voy al mediodía —contesté yo.

Me miró y me dijo:

—No te preocupes, tengo tu teléfono. —Eso me hizo reír—. Venga, ve y descansa, nos escribimos.

Le di un beso y me metí en mi habitación.

Estando en la habitación, me desnudé y me metí en la ducha. Luego caí, que él no me había dado su teléfono. «¡¿Lo ves, Raquel?! No te va a llamar ni te va a escribir», pensé. Pero me daba igual porque la noche que había pasado con él y con mis amigos, era algo que no iba a olvidar jamás.

Salí de la ducha y me sequé, me eché mis potingues en el cuerpo y en la cara, me puse unas bragas, una camiseta y me metí en la cama para dormir un ratito.



Eran las cinco de la tarde cuando llamaron a la puerta de la habitación. Con los ojos pegados de no haber dormido apenas nada, abrí y me encontré un chico con un ramo de flores de girasoles.

—¿Señorita, Raquel?

—Sí, sí, soy yo —dije.

—Tome, para usted. Firme aquí, por favor. —Me dejó un bolígrafo para rubricar el albarán.

Le di una propina y miré el ramo. Era precioso. Me encantan los girasoles. Había una nota manuscrita entre las flores que rezaba:

*Lo he pasado genial.*

*B. S.*

¡Por dios, qué bonito era el ramo!

Estaba colocándolo en el jarrón que había junto al televisor de la habitación, cuando sonó mi móvil. Descolgué.

—¡Hola, chica del lunar! —dijo Bruce al otro lado del hilo telefónico.

—Hola.

—Estoy pensando que no tienes mi número. —Yo eché una pequeña sonrisa de lado. ¿Acaso me había leído el pensamiento?

—Gracias por las flores.

—¿Te gustan?

—Muchísimo, son mis flores preferidas.

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Mi vuelo sale a la 22:30 de la noche, tengo que estar en el aeropuerto a las 21:30 con los chicos, así que...

—Sin problema, salimos juntos a tomar algo y os acompaño, ¿qué te parece?

—Joder, ¿qué me va a parecer? —le respondí yo—. Me encanta la idea.

—Muy bien, pues habla con tus amigos que voy para allá.

Llamé a los chicos y los reuní a los cuatro en mi habitación. Les conté el encuentro sexual que había tenido horas antes en un reservado y les narré la propuesta de Bruce.

Carlos y Enrique me regañaron:

—¡Cómo se te ocurre hacer una cosa así!

«Joder, como sigas así, me va a sentar mal el polvo tan bueno que he echado con ese dios del universo», pensé.

—*Chucho*, ¿tú te lo has pasado bien? —me preguntó Óscar al ver mi cara.

—Amor, no me lo ha pasado bien. Me lo he pasado más que bien...

—Pues, *chocho*, ¿qué problema tienes? ¡Hala, lo que se vayan a comer los gusanos, que lo disfrute el ser humano!

Adoro a mi gran amigo Óscar. Siempre ve el lado positivo de las cosas.

—Bueno, cambiando de tema —dije yo—. Bruce me ha propuesto que salgamos juntos esta tarde. Después, él se encargará de llevarnos al aeropuerto.

Los cuatro, como cuatro locas que son, aceptaron encantados, pues estar con un adonis del universo como Bruce era lo más.

—¡Reina! —exclamaron al unísono Carlos y Enrique, antes de salir por

la puerta. Luego fue Enrique el que continuó hablando—: No quiero que malinterpretes mis palabras, pero lo que no queremos es que te vuelvan a hacer daño como lo ha hecho el impresentable de Adán.

Me lancé hacia ellos y les di las gracias.

—Voy a aprovechar el momento...

Y, dándonos un beso, nos despedimos, comentando que nos veríamos en la entrada poco después.



A las seis, Bruce estaba en la puerta del hotel con un coche distinto al de la noche anterior: un *Mercedes SLK* descapotable. Nos abrió el maletero para meter nuestras pertenencias, los chicos subieron atrás y, antes de que yo me sentara en el asiento del copiloto, me soltó un beso. Los chicos comenzaron a reír.

—¡Aquí hay tema! —aplaudieron.

Yo me puse colorada como un tomate.

Bruce arrancó el coche y nos llevó a conocer Chichón, un pueblo pequeño de la Comunidad de Madrid, pero muy bonito y acogedor.

Estábamos hablando sobre banalidades cuando, de repente, Carlos me preguntó:

—¿Estás nerviosa por el viaje de mañana?

Yo le dije que un poco, aunque no mucho porque venía Óscar conmigo.

Bruce me preguntó:

—¿Dónde vas de viaje mañana?

Le expliqué que Óscar y yo cogíamos un vuelo para Nueva York por cuestiones de trabajo. No quise profundizar más.

Durante toda la visita fuimos cogidos de la mano y, de repente, no sé por qué, se me vino a la mente la canción de Alejandro Sanz: *Los dos cogidos de la mano por las calles y regalando mil besos en cada rincón...* Uy, se me pusieron los bellos de punta.

—¿Qué te pasa, Raquel? —me preguntó al notarme un tanto pensativa.

Le dije la verdad. Que estaba pensando en la canción de Alejandro Sanz.

Bruce, ni corto ni perezoso, sacó su teléfono, extrajo unos auriculares,

se los puso y buscó la canción; mientras caminábamos, los dos cogidos de la mano, fue escuchándola.

Cuando terminó la canción, se detuvo en medio de la calle y me besó. ¡Madre mía, en cero coma cero me estaba poniendo calentona!

«¡Joder, qué pena que esto tenga que terminar!», pensé para mis adentros.

—¡Coño, tenemos que irnos al aeropuerto! —exclamé mirando el reloj.

Fuimos en busca de los chicos que estaban curioseando en una tienda de regalos para comprar algo de recuerdo, nos metimos en el coche y fuimos derechos al aeropuerto.

Llegamos a tiempo, con minutos suficientes como para que Bruce y yo pudiéramos estar un ratito a solas.

¡Qué bien me sentía entre sus brazos y en su cuerpo! Y, sobre todo, saboreando aquellos labios carnosos y tiernos.

Entre nuestras charlas me dijo que él vivía en Nueva York y que no pensaba perderme la pista. También me exigió que lo llamara en cuanto cruzara el charco para ayudarme a buscar un apartamento. Al respecto, yo le expliqué que un amigo de Óscar nos había facilitado un apartamento.

—Bueno, lo que necesites Raquel, dímelo.

—Solo te voy a pedir una cosa.

—Tú dirás...

—Quiero verte cuando estés instalada en Nueva York. Me encantaría conocer esa ciudad contigo.

Me cogió de la mano y susurró:

—No lo dudes. Te tengo ya en mi agenda. —Sonreí—. Cuando estés en mi terreno no te podrás escapar.

«Eso es lo que quiero. No escaparme de ti», pensé.

Por megafonía anunciaron que los pasajeros del vuelo a Málaga podíamos embarcar. Me puse nerviosa otra vez. ¡Joder, putos nervios! ¡Qué dolores de barriga me dan!

Mis amigos fueron los primeros en despedirse de Bruce. Después, como si fuésemos novios, Bruce me cogió en brazos dejando mis pies al aire y me besó. Me besó una, dos, tres veces... Y me volvió a besar hasta que su lengua y la mía se fundieron en una única masa viscosa.

—Llámame cuando hayas llegado a Málaga, por favor, ¡chica del lunar!  
Le dije que sí y, agarrada a mis amigos, me dirigí al avión.

En esta ocasión, me senté entre Carlos y Enrique y comenzamos a hablar como tres cacatúas de Bruce. Les conté lo que había pasado en el reservado y que me había enviado un ramo de girasoles. Enrique me preguntó:

—¿Qué has hecho con el ramo, Raquel?

—Lo he dejado en el mostrador del hotel —le dije—. Me ha dado pena tirarlo. Los girasoles eran tan bonitos...

El viaje de vuelta a Málaga se me pasó más rápido que el de ida a Madrid.

Al aterrizar, los cinco nos dirigimos al aparcamiento donde Enrique y Carlos habían dejado aparcado el coche, pagamos entre todos la tasa y nos dirigimos a casa.

Yo fui la primera a la que se le terminó el billete. Me despedí de Enrique y de Carlos, le di un beso a Pablo y, cuando le iba a dar el suyo a Óscar, me dijo:

—¡Mañana a las cuatro y media de la tarde estoy aquí a por ti, amor!

—Muy bien.



Cuando entré en casa, lo primero que hice fue beber agua. Al levantar las persianas, me di cuenta de que faltaban algunos CD en el mueble. Entré en el dormitorio. El armario ya no tenía la ropa de Adán. Por primera vez, no me dio pena.

Cogí un CD que tengo grabado con canciones de varios artistas y lo puse a toda pastilla. Luego entré en el baño a darme una ducha. Al salir, me eché como de costumbre mis cremas, me puse unos pitillos y una camiseta y me dispuse a preparar algo de cena. Desafortunadamente, la nevera estaba vacía, así que me puse unas zapatillas de deporte y bajé a cenar.

Cogí el coche y fui hasta la hamburguesería donde trabajo. Una vez allí, les expliqué a mis compañeras cómo había ido el concierto de Michael Bolton —he de reconocer que fue una pasada— y les narré con pelos y

señales lo que ocurrió después, salvo la escena tórrida y sexual del reservado en compañía de Bruce.

Estábamos en el momento más interesante cuando sonó el móvil.

—¿Diga?

—¿Has llegado bien?

Se me puso cara de imbécil.

—Hola, Bruce. Sí, he llegado bien.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—En el trabajo. Voy a ver si como algo y me acuesto temprano. Como ya sabes, mañana tengo que coger otro vuelo y...

—Cómo me gustaría ser tu almohada, chica del lunar —me soltó Bruce.

Me puse colorada.

—A mí me encantaría que lo fueras, pero no para dormir, precisamente —le recalqué yo.

—Venga, te dejo con tus compañeras —me dijo él, despidiéndose con un beso.

Yo, por descontado, se lo devolví.

Mis compañeras me miraron y me soltaron:

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién es ese Bruce?

Y les expliqué todo. Entonces, Mariela dijo:

—¡Valiente casualidad!

—Pues sí, jefa, mucha casualidad.

Pedí una hamburguesa Patagonia y una cerveza *Alhambra* bien fresquita. Los nervios solo me permitieron comerme la mitad de la hamburguesa. Estuve un ratito más en el restaurante y, finalmente, me marché.

Cuando llegué a casa comprobé que no me faltara nada en la bolsa de maquillaje y clasifiqué la ropa que tenía que meter dentro de las maletas. Me acordé entonces de lo que siempre decía mi jefa: «Raquel, siempre hay que tener a mano un vestido negro y una falda de tubo negra, por si las moscas».

Así hice...

Cogí el vestido, la falda y un abrigo rojo de Desigual que me tuvo que arreglar mi hermana María hace unos meses porque me quedaba un poco

estrecho y cerré la maleta. Luego me lavé los dientes, programé la alarma en el despertador y me puse a leer un rato. Estaba tan nerviosa que era incapaz de pegar ojo.

Al día siguiente, Óscar vino un poco antes de lo acordado.

—Raquel, ¿te queda mucho?

—No, ya bajo —le dije por el telefonillo.

Cogimos un taxi para ir al aeropuerto. Por el camino, Óscar notó la cara de angustia que llevaba e intentó relajarme haciéndome reír con sus cosas.

En el aeropuerto, una vez que facturamos las maletas, estuvimos dos horas dando vueltas. Aproveché para llamar a Bruce. Un timbre, dos timbres...

Iba ya a colgar cuando oí su voz:

—¡Hola, chica del lunar! ¿Cómo estás? ¿Qué tal has descansado?

Escuchar su voz me relajó.

—Hola, Bruce. He dormido poco.

—¿Estás ya en el aeropuerto? —me preguntó.

—Sí, ya estoy aquí con Óscar.

—Nena, son solo ocho horas, no lo vas a notar y con la compañía de tu amigo, verás cómo se te va a hacer más corto.

«Es la primera vez que me llama nena», pensé.

—Bueno, espero que Óscar tenga paciencia y no me tire por la ventanilla.

Nos reímos los dos.

—¿Tú sigues en Madrid? —pregunté.

—No. Estoy ya en Nueva York. Cogí mi vuelo ayer por la noche antes de llamarte para saber si habías llegado bien a tu Málaga.

Me quedé callada durante unos segundos, pensando en lo lindo que era. Sabía que lo nuestro no iba a funcionar en la vida. Había muchas cosas que nos separaban. Una de ellas, lo guapo que era. Yo era una más, una del montón... Soy bajita, pelirroja, de ojos color aceituna y con curvas. Lo que más destaca de mí es la delantera que me dio la «fábrica» de mi madre.

Óscar me hizo unas señas cuando avisaron por megafonía que los pasajeros del vuelo a Nueva York tenían que embarcar.

—Bruce, tengo que cortar.

—Raquel, mándame un beso. Dime que siempre iremos cogidos de la mano.

Le envié un gran beso y le dije:

—Por supuesto. Mientras que estemos los dos juntos, iremos cogidos de la mano.

—Adiós, chica del lunar. Llámame...

—Que sí, no te preocupes —le dije yo. Y los dos colgamos.

Corrí hacia donde estaba Óscar y, cogida de la mano de mi amigo, corrí por el finger hasta llegar al avión. La azafata nos acompañó hasta nuestros asientos. Casi sin aliento, nos desplomamos sobre la tapicería.

Poco después, todas las auxiliares de vuelo comenzaron a indicarnos las salidas de emergencias y dónde estaban las mascarillas de oxígeno. Sin embargo, en aquella ocasión, tuve la sensación de que mis nervios estaban algo más aplacados. El ansia por ver a Bruce hacía que me olvidara un poco de ellos.

Después de despegar, mis nervios comenzaron a aumentar de nivel. Al verme, una de las azafatas me preguntó si quería beber algo.

Si me hubiera gustado el *whisky* estoy segura de que me habría tomado uno doble. En su lugar pedí un vodka con naranja. Óscar se pidió otro y hablando y riéndome se me pasaron los nervios y el miedo a volar.

Óscar no dejó de hablar del chico que nos había ofrecido el apartamento en todo el viaje. Pensé... «Mi amigo es un ligón de los buenos».

Cuando llegó la hora de la comida, nos sirvieron una bandeja con pescado y menestra de verduras. Sabía a plástico.

Como se suele decir, «cuando el hambre aprieta, hasta las piedras son buenas», así que engullí aquello hasta que no quedó ni un guisante en el plato.

Después de ocho horas y media de vuelo, por fin escuchamos la voz del piloto anunciando que en breve íbamos a aterrizar. Nos abrochamos el cinturón, las azafatas recogieron los vasos vacíos de algunas mesitas plegables y, quince minutos después, las ruedas tocaron tierra.

Una vez que recogimos el equipaje de la cinta de maletas, nos dirigimos a la calle. Allí encontramos al amigo de Óscar, que había ido a recogernos.

—Chum, ella es Raquel —comentó Óscar.

El japonés estiró la mano y me saludó con educación.

Cuando nos montamos en su coche, mis ojos no sabían hacia dónde mirar. ¡Madre mía, qué edificios más altos!

Cuando llegamos al edificio donde nos íbamos a instalar, Chum metió el coche en el aparcamiento, detuvo el motor y nos ayudó a sacar el equipaje del maletero.

Al subir al ascensor me fijé que tuvo que utilizar una tarjeta para indicarle el piso al que íbamos. ¡El cuarenta y siete! «¡Madre mía, cualquiera se asoma por la ventana!», pensé.

En el apartamento había una mujer que Chum nos presentó como su asistente. Sofía, así se llamaba ella, me saludó en castellano con una gran sonrisa cuando yo le dije un escueto *Hello*.

—Hola, señorita Raquel.

—¿Hablas español?

Asintió. Y yo la abracé efusiva mientras los chicos se dirigían al dormitorio entre risas.

Sofía me contó que era de Sevilla y que llevaba trabajando para Chum unos cinco años. Estaba muy contenta, así que, de momento, no había valorado regresar a su tierra.

Entre charla y charla me preguntó si quería algo de beber. Le dije que sí, pero si ella se sentaba conmigo a tomarse algo también. No me apetecía quedarme sola.

Para mi asombro, me dijo que no podía, que su jefe le iba a regañar.

—¿Cómo dices? —le contesté.

—Señorita, se lo agradezco, pero...

—Ya me encargaré yo de hablar con Chum.

Sofía sirvió dos refrescos con burbuja, hielo y limón, y estuvimos mirando la magnífica vista que se divisaba desde aquella altura. Parecía como si se pudiera tocar el cielo con la palma de la mano.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió y salió Óscar; Chum seguía dentro. Sofía se asustó y se puso en pie como un reactor.

—Óscar —susurré yo—. ¿Me haces un favor?

—Dime, mi reina —respondió mi amigo.

—Dile a Chum que, mientras yo esté aquí, Sofía será una más en esta

casa.

—Tranquila, Raquel. Él ya sabía lo que iba a pasar.

—Perfecto. —Miré la hora e hice una llamada de Skype a mis *Chirusas*  
—. ¡Holaaa, ya estoy en Nueva York!

—¡Holaaa!

Cogí el portátil y les mostré las vistas. Me preguntaron si estaba bien y les dije que sí, que estaba algo cansada, pero bien. Aproveché también para presentarles a Sofía, la guapísima sevillana que se encargaba de mantener a punto toda la casa. Hablamos y hablamos y así pasaron los minutos y las horas.

—Pedazo de ático se gasta aquí mi primo.

Las chicas, al escuchar mi expresión, se rieron igual que Sofía. Lo sé... No tengo remedio a la hora de expresarme, pero qué le voy a hacer. Soy así.

Cuando Sofía cargó con el equipaje hasta la que iba a ser mi habitación, yo me despedí de las *Chirusas*, y Alicia, que es la mamá de todas nosotras, me dijo:

—*Chiru*, sé buena y no seas *chirusilla*.

Lanzándole un beso le dije que estuviera tranquila, que no se preocupara y se cortó la videollamada. Cogí el móvil y llamé a Bruce.

Un timbre, dos..., tres... Y por fin lo cogió.

—Nena, ¿has llegado ya?

—Sí, hace un ratito.

—Pues dúchate y arréglate, que voy a por ti. Dame la dirección.

Como no sabía la dirección, le envié la ubicación con la aplicación del móvil.

Cuando colgó, me fui a la habitación y...

¡Dios santo, qué cama! «¡Yo ahí sola me pierdo!», pensé.

Saqué de la maleta unos vaqueros rojos, una camisa negra transparente, unos botines negros de tacón y mi chaqueta roja de Desigual. Luego me duché, me maquillé bien y me engominé el pelo. Cuando regresé al salón, Óscar estaba con Chum, haciéndole arrumacos.

—¿Dónde vas? —me preguntó, mirándome de arriba abajo.

—He quedado con Bruce, viene a por mí.

Levantándose del sofá, se acercó a mí y me dijo:

—Pásalo bien, querida amiga.

—Lo intentaré —le respondí y me acerqué a Chum para darle las gracias por permitir que durante mi estancia Sofía fuera una más y no la chacha.



Bajar cuarenta y siete pisos fue eterno.

En la calle, junto al coche, estaba Bruce. Iba vestido con un traje oscuro de línea italiana. Llevaba el pelo anudado en una coleta. Estaba guapísimo. A medida que me iba acercando hacia él, el corazón me latía con más fuerza. Un nudo se instaló en mi garganta. ¡Dios, qué guapo estaba!

Me acerqué a él y cuando fui a plantarle un beso en la mejilla, me cogió de la barbilla y, agarrándome de la cintura con fuerza, me dio un beso en toda la boca. ¡Madre mía, qué beso me dio! Recordarlo hace que el fuego vuelva a recorrer todo mi cuerpo.

—¡Estás guapísima con esa camiseta transparente! —susurró mientras me abría la puerta del copiloto.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

Me miró y me respondió con una sonrisa pícaro dibujada en los labios:

—Ahora lo verás.

Al arrancar, comenzó a sonar la canción *Amiga mía* de Alejandro Sanz.

—¡No me lo puedo creer! —vociferé—. ¡Un americano escuchando música de mi cantante favorito!

Mirándome, me contestó:

—Una chica malagueña fue quien me habló de sus canciones y desde entonces me he comprado toda su colección de discos.

Íbamos cantando nuestra canción, los dos cogidos de la mano. Me encantaba sentirlo tan cerca. Escuchar las palabras de Alejandro Sanz en sus labios me ponía los bellos como esarpas.

Llegamos a un callejón y aparcó el coche. Luego salió del coche y me abrió la puerta. Asustada, salí de él.

Sin darme apenas cuenta, Bruce me arrinconó contra la pared y me besó. He de reconocer que yo no opuse resistencia.

Cuando me giró, di un pequeño gritito. Mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando me estrujó los pechos y me besó en el cuello.

Noté su erección en mi culo. Abrí las piernas. Sus manos se metieron debajo de mi camisa y fueron directas a mis pezones. Se entregó con ellos. Jugó, los pellizcó, los retorció haciéndome gemir.

Excitado, me dio la vuelta. Sus labios rodearon mis tetas. Primero cogió la derecha. La engulló, la mordió y la sedujo con besos tiernos mientras su mano izquierda culebreaba hacia abajo para desabrocharme el pantalón.

—La próxima vez te pones un vestido o una falda —susurró entre dientes—. Lo que sea, pero que me permita desnudarte antes.

Yo asentí afirmativamente con la cabeza.

Bruce me bajó el pantalón hasta las rodillas y metió sus dedos debajo de mis bragas. Jugó con mi clítoris, tiró de él y lo golpeó con el pulgar. Yo estaba húmeda, caliente, preparada para ser penetrada.

Su boca se desplazó por mi Monte de Venus a través de mis bragas, que estaban empapadas con mis propios fluidos.

Cuando me bajó las bragas pegué un respingo de placer. Sin darme cuenta, su lengua estaba dentro de mi vagina, sus labios succionaban mi clítoris. Lo chupó, lo mordió y tiró de él con los dientes mientras dos dedos se colaban en mi interior y abrían el camino para un tercero.

Yo tenía mis manos apoyadas en su cabeza; no deseaba que él se separase de mi cuerpo. Su lengua empezó a entrar y a salir de mí con intensidad. Me robó un gemido. En ese momento, se incorporó para besarme. Bruce quería que yo saboreara mi humedad. Su lengua se perdió en mi boca. Yo quería más... ¡lo deseaba ya!

Mientras me besaba, se desabrochó el pantalón, me giró ciento ochenta grados, sacó una de mis piernas del pantalón para abrírmelas bien y apoyó su tensa erección sobre la estrecha cueva que atesoraban mis nalgas. ¡Qué dura, dios! Deseaba con todas mis fuerzas que él me penetrara, que no se limitara a restregarme la humedad que rezumaba por el orificio de su glande, cuando me susurró al oído:

—No sé qué me has hecho, chica del lunar, pero estoy totalmente loco por ti.

No contesté a su afirmación, pero pensé: «si tú supieras lo que yo siento

por ti».

Bruce me metió todo su miembro en la vagina. Y bombeó una y otra vez sin compasión. ¡Joder, qué polo me estaba echando! Reconozco que las comparaciones son odiosas, pero aquello no lo había conocido con Adán. El pene de Bruce era bestial; me hacía temblar con cada embestida y que de mi garganta brotaran gemidos descontrolados.

—¡Dime que te gusta! —exigió él.

—Me encanta —apostillé yo—, pero dame más fuerte, por favor, lo necesito.

Y me hizo caso. Embistió una y otra vez sin piedad. Mi cuerpo convulsionaba excitado y febril, sintiendo que no podía más. Un gruñido brotó de su garganta cuando sacó el pene de mi interior y se corrió en mi espalda.

—¡Dios, qué bueno, nena! —me dijo en el oído.

Saqué de mi bolso toallitas húmedas y se las di para que me limpiara la parte de atrás. Una vez limpia, me puse de cara a él y me limpió por delante, pero no antes de darme un beso. Luego me ayudó a meter el pie en el pantalón. Cuando él se arregló, nos montamos en el coche.

Llegamos a una calle muy concurrida, pero pudimos aparcar enseguida. Cogidos de la mano, entramos en un local español para cenar.

Miramos la carta, pero dejé que pidiera él: jamón, queso, lomo embuchado, tortilla de patata con cebolla, gazpacho andaluz y vino tinto de Rioja, aunque yo le dije que prefería mejor una cerveza. Nunca me ha gustado el vino. Finalmente, él también se tomó su buena dosis de lúpulo.

—Déjame que te sirva la cerveza.

—De eso ni hablar —contesté sujetando la copa—. La cerveza sabe mejor si se bebe en el botellín.

Me sonrió y optó por hacer lo mismo. Brindamos, chocando los botellines, y mientras esperábamos a que nos trajeran la cena, le pregunté:

—¿A qué te dedicas?

—Soy el jefe de una empresa familiar. Viajo muy a menudo porque tenemos varias empresas en algunos países.

—¿Y chicas? —le pregunté—¿Tienes alguna chica especial?

—No tengo novia, si es a eso a lo que te refieres. Pero sí he de confesar

que estoy interesado en conocer a alguien —me contestó, guiñándome un ojo con picardía—. Tengo que reconocer que he conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida, a cada cuál más espectacular, pero, por desgracia, nunca se han enamorado de mí. A ellas lo que les gustaba era lo que tengo. De hecho, a la última mujer con la que compartí mi vida, me la encontré un día cuando llegue a casa después de trabajar en mi dormitorio con uno de mis mejores amigos de la infancia.

»Desde entonces, me puse una coraza. Juré no enamorarme nunca más y follarme a todas las mujeres que se me pusieran por delante. Sin embargo, cuando te vi en la hamburguesería, esa coraza comenzó a resquebrajarse, sobre todo cuando comenzaste a bailar en la discoteca y...

—No te olvides de nuestro encuentro casual en Madrid —le dije yo con una sonrisilla en los labios.

—Raquel, aquel encuentro no fue casual; os escuché decir que os ibais a ir al concierto de Michael Bolton, así que compré dos entradas, una para Laura y otra para mí. El resto ya lo conoces.

Cada vez que lo miraba, más asombrada y embelesaba me quedaba.

—Desde que te conozco, no sé lo que me pasa. Siento la necesidad de poseerte, de hacerte mía.

«Joder, esto es de película romántica; como diría Pablo, de película *pastelosa*», pensé para mis adentros.

Cuando nos trajeron la cena, él comenzó a jugar con el jamón. Yo lo comía de su mano y le ofrecía tortilla con la mía sin poder parar de reír. De vez en cuando, también nos besábamos.

Después de una cena con el chico más guapo de todo el local, me cogió de la mano y nos fuimos a beber unas copas a un local de moda que había cerca. Bruce se desenvolvía muy bien con la gente. Estaba en su terreno.

—¿Qué te apetece tomar?

Pude haberle dicho que a él. Sin embargo, contesté:

—Un vodka con naranja, por favor.

Sonaba *Usted no sabe*, de Alexandre Pires, cuando nos sentamos en una mesa alta. Escuchar aquella canción me hizo pensar en Adán. No lo echaba de menos, ¿Por qué había perdido tanto tiempo con él?

Bruce, que me observaba detenidamente mientras yo canturreaba la

canción, me preguntó:

—¿De qué va esta canción?

Le expliqué que la letra habla de desamor.

—Entiendo —respondió él.

Rápidamente, Marco Antonio Solís y Enrique Iglesias comenzaron a cantar uno de los *hits* que más me gustan, *El perdedor*. Me quedé flipada cuando unos bailarines salieron a la pista y se pusieron a bailar una bachata. ¡Joder, cómo se movían los condenados!

Algunas bailarinas se arrimaron a los hombres para sacarlos a bailar. Cuando llegaron a Bruce, me asombré al ver cómo se movía. «Hay que joderse con el americano», pensé.

Los bailarines también se arrimaron a sacar a algunas mujeres. Cuando uno de ellos se acercó a mí, dudé si debía salir a la pista o no. Yo no sabía bailar bachata, así que finalmente le dije que no.

En ese momento, Bruce se acercó a mí por detrás, me ofreció la mano y salí con él a la pista. Estaba llena de gente.

Juan Luis Guerra y Enrique Iglesias comenzaron a entonar *Cuando me enamoro* cuando Bruce me cogió de la cintura y me dijo:

—Deja que sea yo el que te lleve.

Bailamos con sensualidad un par de canciones más y nos sentamos. Sin embargo, cuando el *Vente pa'ca* de Ricky Martin comenzó a sonar en los amplificadores, me levanté otra vez del asiento y me puse a bailar. Los labios de Bruce se arquearon hacia el lado derecho cuando bailé en plan *sexy* para él.

Luego, casi por intuición, noté que algo no iba bien.

Al girarme, descubrí que un tipo se había acercado a mí por detrás y bailaba provocativamente, siguiendo mis movimientos. Cuando sus manos me cogieron de la cintura, antes de que a Bruce le diera tiempo a reaccionar, le pegué a aquel tipo una patada donde más sabía que le podía doler.

El dueño del local, que lo había visto todo, cogió al tipo del cuello de la camisa y se lo llevó a la calle. Fin del problema.

Me acerqué a Bruce, le cogí de la muñeca para ver la hora en su reloj y, al ver que ya eran más de las doce de la noche, le dije:

—Tengo que irme. Mañana tengo una entrevista de trabajo y he de

madrugar.

Bruce me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—¡Tus deseos son órdenes para mí!

—¿No te importa que nos vayamos ya? —le pregunté yo.

Acercándose a mis labios me dijo que no. Luego me besó apasionadamente y nos fuimos hacia el coche cogidos de la mano.

—Muchas gracias por la velada —murmuré—. Me lo he pasado muy bien, excepto cuando he tenido que darle la patada a ese tipo.

Con una sonrisa traviesa dibujada en los labios comentó él:

—Raquel, recuérdame que nunca me meta contigo. Yo les tengo mucho cariño y estima a mis huevos.

Aquel comentario me hizo reír.



Cuando llegamos al edificio de Chum, Bruce me acompañó hasta el ascensor. Se despidió con un gran beso mientras sus manos me palpaban el culo.

Mientras subía en el ascensor las cuarenta y siete plantas, estuve tentada de mandarle un mensaje. Él se me adelantó:

«Mañana te llamo para saber qué tal te ha ido la entrevista»

No pude evitar enviarle un mensaje con el emoticono de unos labios rojos.



Óscar y a su amigo Chum estaban besándose cuando entré en el apartamento.

En silencio, me quité los zapatos y caminé descalza para no ser descubierta. Justo cuando estaba llegando a mi dormitorio, oí unos pesados pasos a mi espalda. Me giré y vi a Chum.

—¿Por qué tú no quedar con nosotros? —me preguntó con sus pocos conocimientos de español—. *Common, baby. Come with me.*

Acepté.

Cuando entré en el salón, Óscar me sirvió un cóctel.

—¿Se puede saber dónde has estado?

—Pff —resoplé, volteando los ojos con comicidad—, no creo que quieras saberlo.

—*Why not?* —preguntó Chum.

Al final, les conté todo: dónde me había llevado a cenar Bruce, dónde habíamos ido a tomar unas copas... Incluso les describí la patada que le había dado a aquel tipo en la discoteca.

Óscar le tradujo a Chum todo con pelos y señales, excepto la escena del polvo que había echado en el callejón que, con buen criterio, me guardé para mí.

Cuando el cansancio amenazó con dejarme tirada sobre el sofá, me fui al dormitorio, me desmaquillé, me desnudé, me puse el pijama y me metí en la cama.

Casi estaba cerrando los ojos cuando el móvil comenzó a sonar. Lo abrí y, entre tinieblas, leí el mensaje de Bruce:

«Buenas noches, chica del lunar. Mañana te llamo»

Teclé un simple «gracias», solté el móvil y volví a cerrar los ojos.

Sin embargo, el móvil volvió a sonar:

«Tendrás veladas como la de esta noche próximamente»

«Ahora, descansa, muñeca»



A las siete de la mañana, cuando sonó el despertador del móvil, me levanté como un reactor. Mis pasos me llevaron hasta la ducha. El calorcito del agua me desperezó ligeramente. Luego me puse unos pantalones negros, una camisa blanca, una chaqueta negra y unos taconazos de infarto, me maquillé con esmero y me eché un poco de espuma en el pelo para marcarme los rizos. Cuando salí de la habitación, Óscar y Chum me dieron los buenos días.

—Pero ¡qué guapa, Raquel! —exclamó Óscar.

—*Very, very beautiful* —recalcó Chum.

—*Thank you* —respondí yo con mis escasos conocimientos de inglés.

Me senté con ellos y me tomé un café. Estaba nerviosa por la entrevista.

Al ver cómo me temblaban las manos, Óscar se acercó a mí y me dijo:

—Chum nos va a llevar hasta la editorial.

—¿En serio?

—Sí —sonrió él.

—Gracias.



Después de atravesar casi toda la ciudad llegamos a un edificio de oficinas impresionante. ¡Madre mía, si el rascacielos donde vivía Chum era grande, aquel, lo era aún más!

Cuando nos bajamos del coche, Óscar se despidió de Chum con un beso en los labios y me dijo:

—Reina, ¿estás preparada?

Lo miré y le dije:

—Dame un momento. —Respiré hondo y, cuando sentí que el aire acariciaba mis pulmones, añadí—: ¡Entremos!

Atravesamos la puerta giratoria y nos acercamos al portero para anunciarle mi llegada.

—Diríjense a aquellos ascensores de allí y pulsen en el botón del piso cincuenta.

—Gracias —contestó Óscar, guiñándole un ojo.

No tardamos ni dos minutos en alcanzar nuestro destino. Cuando salimos del ascensor, nos acercamos a un mostrador tras el que había una chica pelirroja muy despampanante.

—Buenos días. Soy Raquel. ¡Raquel Ramírez! Tengo una cita con el señor Smith.

—Sí, un momento por favor. —Pulsó un botón en el teléfono y habló en un perfecto inglés con su interlocutor. Dirigiéndose a mí otra vez, anunció—: El señor Smith le atenderá enseguida.

No había pasado ni medio segundo cuando una rubia escultural se acercó a mí por detrás y me dijo:

—¿Señorita Ramírez?

—Sí, soy yo.

—Muy bien —sonrió—. Sígame, por favor.



El señor Smith estaba sentado en su sillón, de espaldas a la puerta, mirando por los grandes ventanales que había en el despacho. Cuando giró en su asiento, me quedé embobada. Frente a mí estaba Bruce... ¡Bruce, joder!

Al saludarnos, le golpeé sin querer la barbilla con mi frente y los dientes se le clavaron en el labio superior.

—Raquel, ¿qué haces aquí? —me preguntó emocionado.

—Ehm... yo tengo una entrevista con el señor Smith.

—Ay, joder... ¡Soy yo! ¿Por qué no me dijiste que...?

—Porque no sabía que eras tú el director de la editorial donde me iban a hacer la entrevista —solté yo, dejándolo con la palabra en la boca.

Bruce me cogió de la mano y me acompañó hasta un gran sillón.

—¿Estás bien? —me preguntó sin soltarme de la mano. Aún estaba un poco impresionada.

—Sí, sí.

—¡Qué alegría me ha dado verte!

—Y a mí —balbuceé con las mejillas coloradas como un tomate.

—Bueno, vamos a ver... Isidro me ha comentado que quieres prepararte para escribir.

—¡Ajá! —contesté, mirando a sus ojos verdes profundos.

—Bien, aquí recibirás una gran formación.

—Gracias.

—No sé si sabrás que los becarios no cobran mucho.

—Ehm...

—Da igual. Por ser tú, ¿qué te parecen 350 dólares a la semana?

—¡De lujo! —exclamé.

Iba a poder colaborar en los gastos que Óscar y yo íbamos a generar en casa de Chum. Una cosa era la hospitalidad y otra bien distinta vivir de gorra.

—¿Cómo dices?

—Ehm..., me vendrán muy bien, señor Smith —sonreí.

Bruce se acercó a mi boca, me besó con deleite y me susurró al oído:

—No te puedes hacer a la idea de las ganas que me están entrando de follarte.

La boca se me secó de repente. Se me agitaron los pulsos. Una humedad cada vez más recurrente se instaló entre mis piernas.

Bruce se levantó rápidamente del asiento y le dijo a su secretaria que no le pasara ninguna llamada. Luego cogió un mando, le dio al PLAY y en los amplificadores comenzó a sonar *In to you* de Ariana Grande, la misma canción que bailé con mis compañeras en el chill-out de la playa.

Una vez que se hubo sentado en su imponente sofá de cuero negro, se quitó la chaqueta, se desanudó la corbata y susurró:

—¿Te importaría desnudarte para mí?

—¿Estás seguro?

—¿Y tú?

Sonreí.

—Totalmente...

Empecé quitándome la chaqueta mientras movía las caderas con sugerencia. La tiré a sus pies. Él se mordió los labios ante mi provocación.

Seguidamente, me saqué la camisa del pantalón y fui desabrochándola poco a poco, muy poco a poco mientras mi lengua humedecía mis labios y mis manos acariciaban con lentitud las curvas de mi cuerpo.

De espaldas a él, fui bajando el pantalón muy despacio, mostrándole la carne esponjosa de mi trasero. No me corté ni un pelo. Cuando me di la vuelta, me puse a cuatro patas y caminé como una gatita en celo hasta donde él estaba sentado. Con los dientes, atrapé su corbata y me incorporé de inmediato.

Rítmicamente, moviéndome al son de la música, hice que la seda acariciara mi cuerpo. Cuando llegué al cuello, me la anudé. Mis manos descendieron hasta el broche de mi sujetador, que no tardaron en mostrarse libres para él. Mis senos saltaban a mi compás cuando corrí hacia él. Como si de un animal felino se tratara, devoré a mi presa. Estaba desinhibida, totalmente desatada. Me sentía traviesa y perversa y con muchas ganas de jugar.

Poco a poco, me fui incorporando para llegar a su cuello. Lo besé y él

me agarró de la cintura, pero yo le quité las manos. Le desabroché poco a poco la camisa hasta que se la quité.

¡Dios qué cuerpo, qué brazos, qué pectoral!

Emocionada, le pasé la lengua por el abdomen mientras mis dedos liberaban su pene prominente de la presión que ejercían sus bóxeres. Aquella pieza dura, preparada para dar placer, estaba jugosa cuando me la metí en la boca.

Lamí el maravilloso pene de Bruce, lo besé y le di pequeños mordisquitos al glande mientras mi mano derecha jugueteaba con sus testículos y la izquierda se perdía en su ano. A medida que mi mano subía y bajaba, mi lengua recorrió la silueta de su perineo.

Extasiado, Bruce se puso en pie, me envolvió con sus poderosos brazos y me tumbó en el sofá mientras sus labios me besaban apasionadamente y sus manos me acariciaban los pechos.

Las yemas de sus dedos hicieron que mis pezones se pusieran duros, tiesos y firmes cada vez que los pellizcaba. Los de su mano derecha dibujaron un intrincado laberinto sobre mi piel hasta llegar a mis bragas.

Una vez quitada la prenda, me cogió en brazos, me puso sobre su mesa de despacho e hizo que me abriera completamente de piernas. Bruce metió su cabeza entre mis muslos y me chupó con delectación; lamió, sorbió y succionó a placer mientras sus dientes se clavaban en mi carne y su lengua jugaba con provocación con mi clítoris. Tiró de él y mi respiración se aceleró. Cuando metió su lengua en mi interior, le entregué toda mi humedad para que saciara su sed.

Comencé a convulsionar. Me agarré a la mesa, me moví de un lado a otro, pero él me lo impidió. Sus manos aprisionaron mi cintura mientras su boca se deshacía en provocaciones sobre mi cuerpo.

Desatado, se incorporó y me miró durante unos segundos. Luego caminó con lentitud hasta una mesita, sacó un condón, se lo colocó y, cuando yo casi estaba ya adormecida, comenzó a embestir mientras su boca devoraba con fruición mis pezones.

Exánime, exigí:

—Dame más fuerte, por favor... Umm, quiero sentir cómo tu polla entra hasta lo más profundo de mí ser.

—Tus deseos son órdenes para mí, muñeca.

—Bruce, necesito que me folles... Ahhh..., más fuerte... Quiero..., quiero sentirte dentrohhh...

Puso mis piernas encima de sus hombros y comenzó a embestir con rudeza. En esa posición, totalmente abierta para él, sus testículos chocaban contra mis nalgas cada vez que se dejaba caer sobre mí.

Bruce besó mis muslos, los mordió, pasó su lengua por mi Monte de Venus, agitó mi cuerpo cuando yo arqueé la espalda y sucumbió a mis exigencias con exquisita dedicación.

Mi cuerpo se agitaba con él y el suyo con el mío. Cuando percibió que estaba a punto de correrme, me puso bocabajo sobre la mesa, me agarró bien de la cintura, me dio unos sonoros azotes en el trasero para anunciarme que iba a comenzar otra vez a embestir y se dejó caer a plomo en mi interior. Una, dos, tres..., siete veces sin parar.

Joder, me iba a partir en dos.

Nunca antes me habían follado igual. Nunca antes mi cuerpo había respondido de aquella forma tan bestial.

Mi flujo lubricaba exquisitamente su pene, exigiendo más, un poco más...

Cuando sus testículos se contrajeron rítmicamente, Bruce soltó un gruñido, me agarró con fuerza de los hombros y dio un último empujón. Derrotado, explotó en mi interior y cayó a plomo sobre mi cuerpo.

Dándome besos tiernos en el cuello, junto a la oreja, me susurró:

—¡No te muevas!

Allí me quedé yo, apoyada en la mesa.

Cuando regresó, me lavó con agua caliente y me secó con cuidado mientras sus dientes se clavaban provocativamente en mis nalgas, tatuando mi piel. Después, me cogió en brazos, me volvió a sentar en el sillón donde todo había empezado, se dirigió hacia un pequeño armario que había en un rincón del despacho y sacó una manta gris de terciopelo para taparme.

Bruce utilizó el agua con la que me había lavado a mí para asearse. Al terminar, se sentó a mi lado, acurrucándose bajo la manta, y me besó en la frente.

—Chica del lunar...

—¿Umm?

—Empiezas mañana —susurró.

Joder, acababa de follarme el chico que me gustaba y, encima, era mi jefe.

Media hora después, algo más repuestos, nos levantamos del sofá para vestirnos entre besos y arrumacos tiernos.

—Te recogeré a las seis para ir a cenar.

Lo miré muy seriamente.

—Creo que no es buena idea salir con el jefe.

Se acercó a mí y, cogiéndome de la mano, me dijo:

—Sí, soy el jefe. ¿Qué problema hay?

—¿Qué van a pensar tus trabajadores?

—No tienen que pensar en nada. Yo soy el dueño de esta editorial y lo que haga con mi vida personal no les importa. Así que prepárate porque esta noche voy a cenar contigo. Ah, por cierto. Ponte vestido.

Me reí cuando me dijo aquello.

Salimos de las oficinas y me acompañó hasta donde se encontraba Óscar. Ambos se saludaron con un intenso apretón de manos.

Cuando Óscar y yo entramos en el ascensor, Bruce me guiñó un ojo con picardía y me dijo:

—Raquel, ya sabes... Te recojo a las ocho.

Luego se cerraron las puertas.



Óscar y yo decidimos dar un paseo por Central Park. Abrazada a él, le fui contando lo ocurrido en la oficina de Bruce.

Asombrado, me miró con los ojos abiertos de par en par y exclamó:

—¡*Wow!*

—Eso mismo digo yo. ¡*Wow!*

—¡Raquel, ya iba siendo hora!

—¿Hora de...?

—De que espabilaras.

—Ah, sí, sí —respondí. Mi mente seguía con Bruce.

Hay que reconocer que el tiempo que estuve con Adán, fui yo la que perdió el tiempo, y no él. Habitualmente, Adán era el que salía, entraba y estaba con unas y con otras mientras yo me quedaba esperándolo en casa. Sin embargo, la cosa había cambiado. Ahora era yo la que estaba disfrutando de un momento maravilloso. No quería desaprovecharlo. ¡Para nada!

Pasear abrió nuestro apetito. Óscar y yo valoramos múltiples posibilidades hasta que tomamos la decisión de acercarnos a un carrito ambulante de perritos calientes.

Compramos cuatro, dos para cada uno, y unos refrescos. Animados, corrimos y nos sentamos en el césped. ¡Qué gusto sentí al quitarme los zapatos!

Entre bocado y bocado hablamos del romance que Óscar mantenía con Chum. Se le veía contento y yo me alegré mucho por él.

Una vez terminado el almuerzo y la charla, decidimos caminar hasta casa.

Chum estaba hablando por teléfono cuando llegamos. Al ver a Óscar, dejó el móvil sobre la encimera y se acercó a él para darle un apasionado beso en los labios. Yo me escabullí hasta mi dormitorio, me tumbé en la cama y me puse a pensar. Por supuesto, Bruce era el protagonista de todas las historias.

No recuerdo qué me pasó, pero, finalmente, me quedé dormida. Cuando desperté eran las seis y media de la tarde, así que, a todo correr, me desnudé y me metí en la ducha.

Aquella tarde elegí un precioso vestido negro, estrecho y con cinturón de charol y unos tacones de aguja del mismo color. No sé por qué, pero aquella tarde decidí no ponerme ropa interior.

Me maquillé y me perfumé a conciencia. El espejo me ofreció la imagen de una mujer hermosa, exquisitamente guapa.

A las ocho menos cinco un mensaje entró en mi móvil:

«Estoy abajo»

Escopeteada, salí de la habitación y me despedí de los chicos con un beso.

—Pásatelo bien —me dijo Óscar.

Cuando salí del ascensor, allí estaba Bruce, tan flamante como siempre y con un traje impecable. Sin decir nada, nos miramos y nos besamos.

—¡Me encanta este vestido! —Me guiñó un ojo y yo sonreí.

Cuando me senté en el coche, pregunté:

—¿A dónde vamos?

—Ahora lo verás, nena —respondió él.

Condujo durante diez minutos.

Cuando llegamos al restaurante, me impresionó que toda la fachada estuviera cubierta de hiedra. Era hermoso por fuera. Por dentro, sin duda, tenía que ser una delicia. Así fue.

La luz que caía desde el techo era muy tenue. Unas flores blancas decoraban primorosamente los jarrones que estaban repartidos por las mesas.

Me llamó la atención que hubiera muchas personas de pie.

—¿Esto es un buffet? —le pregunté a Bruce.

—Ehm... ya lo verás.

Bruce me acercó a una de las mesas. Lo que vi hizo que mis ojos se abrieran de par en par. Allí, tumbados sobre pulcros manteles de color blanco, había dos personas desnudas y con la comida cubriendo estratégicamente algunas partes de su cuerpo.

Con un uso impecable de los palillos chinos, Bruce me ofreció un pedazo de sushi. Estaba exquisito. Ni corta ni perezosa, dirigí mis palillos hacia un rollito de arroz que descansaba sobre el Monte de Venus de aquella mujer. Después, cuando mi vergüenza se esfumó, engullí algunos canapés más.

El postre estaba servido sobre el cuerpo de un hombre sexy, caliente, muy morboso.

Terminada la cena, Bruce y yo accedimos a otra sala donde había una pequeña pista de barra y una barra. Pedimos algo de beber.

—Nena, ¿llevas bragas? —me susurró al oído.

Lo miré y le dije que no.

—¿No?

—No —sonreí.

Bruce me miró con cara de asombro.

—Perfecto. —Me guiñó un ojo con picardía—. Súbete el vestido hasta

los muslos.

Poco a poco, fui subiéndome el vestido mientras él me acariciaba el cuello y me ofrecía besos tiernos.

—Ábrete ahora de piernas —musitó.

Embriagada por sus besos y dominada nuevamente por sus exigencias, me dejé llevar. Me abrí de piernas para él, sin pudor, y cerré los ojos para disfrutar de sus caricias. Cuando volví a abrirlos, me fijé que había un hombre observándonos.

—Raquel, ¿te gusta que te miren? —Lo miré y asentí—. ¿Sabes dónde te he traído?

—Ajá.

—¿Es la primera vez que vienes a un local de intercambio? —Lo miré de nuevo y volví a asentir.

—En Málaga también hay locales liberales.

Bruce sonrió.

—¿Has hecho alguna vez algo con un hombre que...? —No terminó la pregunta.

—No. No me gusta ese rollo.

—¿Y con alguna chica?

—Tampoco —contesté yo, asombrada.

—¿Te gustaría probar? —me volvió a insistir.

—Ehm... No sé. Creo que... —balbuceé.

Bruce me besó, me tocó y me acarició a placer, provocándome y provocando al hombre que teníamos enfrente. Cuando se acercó a la barra para pedir algo de beber, lo miré. Era guapísimo. Luego Bruce lo saludó:

—¿Qué tal, Ángel?

Se dieron la mano ante mi cara de asombro mientras yo me bajaba la falda del vestido.

—Bien, bien.

—Te presento a Raquel.

—Encantada. —Como buena española, le saludé con un par de besos.

—Lo mismo digo.

—Raquel, Ángel es un buen amigo. —Bruce acercó su boca a la mía y

susurró—: ¿Te gustaría hacer un trío con nosotros?

Su aliento envolvió mi oreja. Su olor varonil y su voz *sexy* me subyugaron. Hay que reconocer que Bruce tenía algo que me embriaga.

Cuando lo miré, enseguida entendió mi respuesta. Una parte de mí deseaba dejarse llevar, disfrutar de aquella nueva experiencia. Sin embargo, también existía esa Raquel miedosa a la que le aterraba entregarse al placer con dos hombres a la vez.

—Pequeña, pruébalo con nosotros. Si no te gusta, te prometo no volver a hablar del tema nunca más — musitó Bruce —. No te voy a dejar sola en ningún momento. Te lo prometo. Tú eres mi chica del lunar. Nadie te tocará si tú o yo no se lo permitimos.

— Vale — asentí.

El juego comenzó cuando Bruce me besó con provocación, acariciándome la espalda mientras Ángel nos miraba. Mi Adonis se deshizo por y para mí, ofreciéndome sus besos caldeados, esos que a mí me hacían derretirme de placer.

Cuando percibí que en mi cuerpo estaba siendo invadido por cuatro manos, me estremecí. Reptaban por la cara interna de mis muslos mientras Bruce me acariciaba los pechos con sus labios cremosos.

Mi cuerpo se estremecía de placer. Nunca había experimentado algo tan morboso. Explotaban pequeñas granadas de perversión en cada poro de mi piel que hacían que mi mente vagara por mundos no conocidos hasta el momento: los del más exquisito y puro placer.

— ¿Vamos a otra sala? — sugirió Ángel.

— Raquel...

— Ajá — entoné. Mi mente no era capaz de componer una frase con sujeto y predicado.

— Muy bien, pequeña. Esta noche lo vamos a pasar muy bien.

Aquellas palabras estaban cargadas de la mayor de las lujurias.

La habitación donde entramos tenía las paredes y el mobiliario de color rojo. Del techo, revestido con espejos, pendía un columpio sexual que también era rojo.

— Raque, desnúdate y tumbate en la cama — sugirió Bruce.

Comencé a quitarme la ropa, sin pensar. Estaba tan excitada, tan

caliente, tan hermosamente *sexy* después de que los labios de Bruce se hubieran tatuado sobre mi piel y tan exquisitamente lubricada... Uff, me encantaba ser la sumisa de Bruce. Aquello tenía su morbo.

Cuando me tumbé en la cama redonda cubierta con sábanas de satén de color rojo, Bruce se fue directo a mi clitoris. Jugó con él, manejándolo con brutalidad. Ansioso, Ángel se encaramó también en la cama y comenzó a besarme los pezones. Rápidamente, en menos de dos segundos, estaban duros, firmes y muy tiesos.

Gemí.

Me retorcí.

Y exigí más, mucho más, mientras mi centro del deseo se volvía a empapar para Bruce.

Arqueé la espalda cuando introdujo dos dedos en mi vagina y comenzó a rascar.

— Sujétala — oí que le decía a Ángel.

De inmediato, sobre mis hombros, cayeron pesadamente las manos de aquel hombre que era más un demonio que un ángel, como indicaba su nombre. Fue entonces cuando Bruce introdujo el tercer dedo. Después llegó el cuarto y yo gemí alocada, hirviendo por dentro.

Ángel se acercó a mi boca para beberse mis gritos.

— Oye, tío — vociferó Bruce sin dejar de sugestionarme — . Su boca es solo mía.

— Perfecto.

No entendí a lo que se refería, pero no le di mayor importancia. Me dejé llevar; permití que aquellos hombres hercúleos, que parecían haber sido tallados en alabastro por las espléndidas manos de Miguel Ángel, me manejaran a su antojo.

Mi mente, mi cuerpo y mis pensamientos simplemente se dejaban llevar.

No percibí el momento del cambio de posición. Cuando volví a abrir los ojos, Ángel estaba entre mis piernas, hundiendo su lengua en mi húmeda y agitada vagina.

— ¡Chica, estás empapada!

Me revolví. Agarré con fuerza las sábanas de color rojo y arqueé la espalda, invitándolo a profundizar más. Estaba ansiosa y febril.

Oí un ruido metálico a mi izquierda. Giré la cabeza y observé a Bruce con el envoltorio de un condón. Sin que me diera tiempo a ver cómo se lo ponía, me embistió. Me empaló en su dardo ancho, grueso y romo mientras Ángel me provocaba, acercándome el suyo a la boca.

En un descuido, la engullí. Saboreé esa salinidad almizclada que comenzaba a brotar de su glande. Disfruté como nunca.

Bruce, sin delicadeza, se hundía en mi interior. Una, dos, tres..., siete veces sin parar.

Extasiado, cuando percibió que a mí me faltaba la respiración, me colocó a cuatro patas y, sujetándome enérgicamente de la cintura, me volvió a penetrar.

El pene de Ángel fue el que acalló mis gemidos. Excitado, se hundió en mi boca hasta que el glande consiguió besarme la úvula. Al salir, completamente lubricado, mis dientes se clavaron en su carne y...

— ¡Joder! — exclamó moviéndose enérgicamente sobre mi lengua — . Umm, eso es, muñeca, sigue así...

— ¡Estás chorreando, nena! — me susurró Bruce, empalándome una y otra vez.

Efectivamente. Estaba empapada y a punto de tener otro orgasmo. Estaba disfrutando de lo lindo. Sentirme poseída por dos hombres me estaba volviendo loca.

Bruce me daba embestida tras embestida y Ángel, que lo escuchaba cómo rugía por el placer que yo le daba, hacía lo propio con mi boca.

Un rugido de Bruce y un gruñido de Ángel anunciaron que sus orgasmos estaban cerca.

Así fue.

Bruce salió de mí con celeridad, se quitó el condón y me puso boca arriba. Su semen caldeado comenzó a impactar sobre mis pechos.

Ángel tardó un poco más.

— ¡No quiero que le manches la boca! — exigió Bruce.

Ángel asintió y se corrió junto a mi cuello, justo allí donde el esternón creaba un ligero socavón cada vez que mis pulmones se obligaban a respirar.

Cuando yo conseguí recuperar el resuello, Bruce me cogió en brazos y me llevó hasta el cuarto de baño. Él y yo optamos por el jacuzzi, Ángel

prefirió la ducha.

—Gracias por haberme dejado jugar con vosotros — comentó Ángel entregándonos un par de copas de champán — . Tienes una chica estupenda.

— Lo sé.

Acercándose a mí, susurró:

—Raquel, tienes una boca exquisita. — Sonreí avergonzada — . Nunca antes me habían hecho una mamada tan buena.

Cuando Bruce y yo nos quedamos a solas, le pregunté:

—¿Por qué no has querido que Ángel me besara?

Mirándome con sus impresionantes ojos verdes, musitó:

—Quiero que tu boca sea solamente mía. No la quiero compartir con nadie.

Como soy así de preguntona, le volví a decir:

—¿No quieres que nadie bese mi boca?

— No.

— ¿Y qué pasa con mi cuerpo?

Acercándose un poco más hacia mí, me recalcó:

—No quiero que nadie te bese, Raquel. Tu boca es solo mía.

Después de decir eso, me besó. Lo hizo con una pasión desmedida, apretando sus labios con fuerza sobre los míos, encendiéndome otro vez, derritiendo todos mis pensamientos, haciendo que mi alma comenzara a arder y que mi vulva, que ya de por sí estaba efervescente, bullera flagrante un poco más.

Extasiada, bebí un par de sorbos de champán cuando sus labios dejaron de hacer ventosa sobre los míos.

Recorriendo el perfil del lunar que tengo sobre el labio con la yema de su pulgar, inquirió:

—¿Te ha gustado lo que hemos hecho esta noche, amor?

Durante un par de segundos, lo miré con estupefacción, sin saber qué contestar. Finalmente, admití:

—Me ha encantado.

— ¿Lo dices en serio?

— Umm, ha sido algo nuevo para mí. Nunca había experimentado algo

así y no me importaría repetirlo otra vez siempre que sea contigo.

—Me gusta oírte decir eso —susurró él acariciándome el óvalo de la cara—. Esto es siempre algo de dos. Si yo quiero y tú no quieres, no tienes por qué hacer nada. Jamás te sientas forzada a entregarte a otro hombre por complacerme. Un no es suficiente para mí, para saber que...

— Bruce... — susurré junto a sus labios.

— Dime, chica del lunar.

— Lo entiendo.

— ¿Seguro?

— Si no lo volviéramos hacer, ¿me dejarías? ¿Lo harías con otras sin mí?

Mirándome a través del espumoso que burbujeaba en su copa, me dijo:

—¿Sabes, Raquel? Desde que te conozco no sé qué me pasa contigo. Quizás, si hubieras sido otra mujer, no me hubiera importado que otro te besara.

— ¿Lo dices en serio?

— Sí. Esta boca — su lengua dibujó el perfil de mis labios — y este hermoso lunar que tienes justo aquí son míos.

Sus palabras me descompusieron; provocaron en mí un sinfín de emociones que nunca antes había experimentado. ¿Qué tenía él que no tuviera Adán?

— Gracias — sonreí yo.

— ¿Por qué?

— Por todo.

— Umm... — Mirándome con aquella cara de picarón que tanto me gustaba de él, dijo — : La próxima vez que hagamos un trío, ¿te gustaría que dos hombres te follaran a la vez? Uno sería yo, por supuesto.

Lo miré y le dije:

—¿Por qué no? Tiene que ser interesante.

—Muy interesante — confirmó él.

— Por cierto... ¿Y si en el trío hay dos mujeres en lugar de dos hombres?

Aquella pregunta le descolocó.

—Pequeña, me estás asustando. ¡He creado un monstruo, señor! — exclamó.

Ambos nos reímos abiertamente, sin avergonzarnos. Durante más de media hora estuvimos abrazados en el jacuzzi, besándonos, acariciándonos, provocándonos hasta que nuestros cuerpos se encendieron para unirse otra vez en una lúbrica y húmeda danza sexual.

Después de aquello, nos dimos una jabonosa ducha en el vestuario, allí volvió a hacerme nuevamente suya, nos vestimos y nos marchamos del local.

Tonta de mí, pensé que, después de todo lo que habíamos experimentado aquella noche, íbamos a terminarla juntos, en su cama. Para mi sorpresa, no fue así. Bruce me llevó hasta casa de Chum y tuve que dormir sola, abrazada a la almohada, mientras mi mente recreaba una por una las escenas de la velada anterior.



Al día siguiente, cuando llegué a la oficina, Bruce me presentó a todo el personal. Todas las mujeres que trabajaban allí eran encantadoras.

Desde el minuto uno, congenié muy bien con Rosa, una malagueña salerosa como yo que había pasado su infancia viviendo en El Palo.

Rosa me habló de su llegada a Nueva York. Al principio, como es normal, había sufrido algún que otro traspie por culpa del idioma.

—Raquel, es normal —me dijo—. Te aseguro que te acostumbrarás a todo esto. Estoy convencida de que pronto dominarás el idioma.

—Eso espero, Rosa. De lo contrario, esto va a ser una tortura para mí.

—La culpa la tienen...

—Da igual, da igual. No quiero saber quién tiene la culpa ahora. Lo que me interesa es que este jodido inglés americanizado se me meta de una vez por todas en la sesera.



Todos los días, a la hora del almuerzo, Bruce me invitaba a su despacho. Y yo, por descontado, iba encantada porque sabía que después de la comida

llegaba el postre, esa dosis diaria de sexo desenfrenado en el sofá, en el sillón en el que se sentaba ante su mesa, en el baño privado o incluso sobre la moqueta. Daba igual. La cuestión es que follábamos a diario. Teníamos sexo, sexo y más sexo. Sexo a cambio de sexo, gemidos como contraprestación a la fricción lúbrica y enérgica de nuestros cuerpos. Una catarsis pura para una mente apasionada como la nuestra que buscaba en cada relación una postura nueva.

Aún recuerdo el día que Bruce me mostró a Nueva York en plena desnudez. Estábamos desatados, desnudos y en plena efervescencia, cuando me apoyó contra el gran ventanal y mis pezones arañaron el cristal.

Allí, haciendo que mi cuerpo se clavara contra la superficie helada del cristal, se clavó entre mis piernas una y otra vez. Sudoroso, mi dios, mi Adonis, mi atlante se entregó totalmente, embistiéndome sin contención mientras me besaba en el cuello y sus dedos se clavaban en mi piel.

Aquel día, cuando se bajó el pantalón y el bóxer, no se puso condón. Era tal el grado de necesidad y excitación que experimentaba su cuerpo que no tuvo tiempo de pensar. Mi vagina lo recibía gustosa cada vez que daba un fuerte empujón; mis gemidos, se perdían en su boca.

—Córrete amor..., córrete conmigo —susurró enfebrecido, llevándome hasta el más maravilloso de los climas.

Y eso hicimos los dos. Nos corrimos juntos. Creo que aquel día, nuestros suspiros descontrolados hicieron temblar hasta a los cimientos del edificio.

Aquel polvo fue descomunal, pero no el único. Cada día disfrutamos del sexo como si no hubiera un mañana.



Entre polvo y polvo, fuimos descontando días en el calendario. Y llegó la despedida, el final de mi contrato, las lágrimas después de darle un abrazo a Rosa, la congoja por saber que todo aquello que había conseguido construir a lo largo de tres meses, se esfumaba poco a poco.

Aquel día vi que Bruce me observaba desde la puerta de su despacho. Al igual que yo, odiaba las despedidas.

Yo había llevado unas botellas de vino blanco que me había regalado

Chum y unas bandejas de embutido español que me habían enviado Carlos y Enrique. Entre risas y alguna lágrima fui despidiéndome de todas mis compañeras.

Bruce fue el último en mi lista. Pegué en su puerta —hacia más de media hora que se había encerrado en el despacho— y aguardé a que me diera paso.

—Adelante. —Su voz era quebradiza.

Abrí la puerta y lo vi, sentado en su imponente sillón, de espaldas a la puerta, mirando por los grandes ventanales.

—Bruce...

Sus ojos verdes estaban enrojecidos ligeramente cuando me enfrenté a ellos.

—¿Por qué te vas? —me preguntó.

La situación no era agradable para ninguno de los dos.

—Tú sabías que esto solo iba a durar tres meses.

—Tres meses muy intensos.

—Sí.

—Tres meses que jamás podré olvidar.

—Ni yo.

—Raquel...

—¿Sí?

—Estoy profundamente enamorado de ti. —Me acarició el mentón con el dorso de la mano—. ¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—¿Qué sientes?

—Yo también te quiero —dije con lágrimas en los ojos—. Te amo con locura, pero...

—Siempre hay un pero.

—He de irme.

—Raquel...

—Contactaremos por teléfono, por WhatsApp... Nos veremos si tú quieres cuando tengas unos días libres y...

Me miró con intensidad.

—No es lo mismo, pequeña. No podré tocarte, ni besarte ni comer ni beber contigo. No podré follarte como a mí me gusta ni hacerte el amor cuando las fuerzas nos debiliten.

—Existe la webcam.

Bruce sonrió, mostrándome su dentadura blanca y perfecta.

—No es lo mismo.

—Lo sé, pero no pienses eso ahora. Disfrutemos de ahora, ¿te parece?

Le pedí que anulara todas sus citas para que pudiera pasar el día conmigo.

—Mi agenda está hoy vacía, princesa.

—Veo que te has adelantado —sonreí.

—Soy eficiente. No lo olvides —respondió él.

Cogimos el ascensor, bajamos hasta el sótano, nos metimos en su coche y nos fuimos a la playa. La silueta de Nueva York era espectacular desde allí.

Durante más de media hora caminamos en silencio por la orilla, disfrutando de la puesta de sol.

De la mano, recorrimos la distancia que nos separaba de una casa preciosa con un jardín magnífico y muy bien cuidado que tenía un rosal blanco en la zona de entrada.

—¿Es tuya?

—No, pero conozco a su propietaria —sonrió.

Pulsó el timbre. Dos minutos después, una mujer alta y morena nos abrió la puerta.

—¡Bruce, hijo!

¿Iba a presentarme a su madre?

—Hola, mamá. —Bruce le dio un abrazo—. Te presento a Raquel.

—Bienvenida a mi casa. —Su sonrisa era muy bonita y luminosa—.

Soy Manuela.

Como buena española, me estampó un par de besos en la cara.

—Mi madre es española como tú —me susurró Bruce al oído.

Ya empezaban a cuadrarme las cosas. Por eso él hablaba tan bien mi idioma.

Cuando entramos en la vivienda, Manuela me preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —contesté risueña.

—¿De dónde eres? Por tu acento, juraría que eres andaluza.

—Sí, soy de Málaga.

—Umm, Málaga... ¡Qué buen sitio!

—¿Y usted? —quise saber.

—Soy de Tarifa, un pueblecito de Cádiz.

—¡¿De Tarifa?! —Abrí los ojos de par en par—. ¡Me encanta Tarifa!

—¿Lo dices en serio? —inquirió Bruce—. ¿Conoces Tarifa?

—Es mi lugar favorito para perderme, para relajarme, para disfrutar de sus calles, de sus playas, de...

—Joder, no me lo puedo creer.

—Bruce, querido, esperadme en el porche. Voy a ver dónde se ha metido tu padre. Seguro que estará haciendo alguna trastada de las suyas.

Sonreí y Bruce me mostró el camino. Nos sentamos en unos impresionantes sillones de mimbre y comenzamos a charlar. Manuela no tardó en aparecer, con una bandeja repleta de copas, una botella de vino y varias latas de cerveza.

—¿Y papá?

—No sé dónde se habrá metido este hombre —respondió Manuela volteando los ojos con comicidad.

—Yo voy a buscarle. No te preocupes. Vuelvo enseguida.

Manuela me ofreció una copa de vino que yo decliné. Soy más de cerveza.

—¿Puedo contarte un secreto? —preguntó, paladeando el vino.

—Usted dirá.

—Tenía muchas ganas de conocerte. Bruce ya me había hablado de ti.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente.

Aquello me sorprendió.

Manuela comenzó a hablar como si nos conociéramos de toda la vida. Me contó que su hijo lo había pasado muy mal en su relación anterior. Después de cuatro años, su novia lo había engañado con otro.

—Después de aquello —susurró—, Bruce se sumergió en un mundo muy oscuro. Salía todas las noches, bebía mucho y...

—¿Qué le estás contando a Raquel, mamá? —inquirió Bruce, cortándonos la conversación.

—Ehm..., nada hijo —tartamudeó—. Cosas de mujeres.

—Estupendo —concedió Bruce guiñándome un ojo con picardía—. Papá, te presento a Raquel.

—Encantado.

Extendí la mano para estrechársela.

—Raquel, este es mi padre: Alexander Smith.

—Tenía muchísimas ganas de conocerte, Raquel, tanto o más que mi mujer.

Asombrada por aquella declaración, no pude hacer otra cosa más que sonreír.

—¿Os quedaréis a almorzar? —preguntó Manuela.

Yo me encogí de hombros.

—¿Qué te parece? —preguntó Bruce, mirándome con intensidad.

—Bien.

—Entonces no se hable más. Nos quedamos, mamá.

Disfrutamos de una comida frugal en el porche. Cuando ya estábamos con los cafés, Manuela comentó distraída:

—Bruce, ¿adivinas quién vino a casa para saludarnos hace unos días?

—¡Ni idea, mamá! —respondió él.

—Kassandra.

El rictus de Bruce se endureció de repente. Elevando ligeramente la voz, inquirió:

—Y ¿qué quería?

—Solo pasó a saludarnos —confirmó Manuela—. Al fin y al cabo, durante mucho tiempo fue un miembro más de la familia.

Alexander se acercó a mí y me cuchicheó al oído:

—Kassandra es la mujer que estuvo con mi hijo. Supongo que Manuela ya te habrá contado que...

—¡Papá! —vociferó Bruce, levantándose del asiento como un reactor.

Avergonzado se metió en la cocina y yo fui tras él.

Abrió una de las armariadas, cogió un vaso y, sin dejar de refunfuñar, lo llenó de agua.

—¡Qué vergüenza!

—Vergüenza ¿de qué?

—No tendrían que haber dicho nada. ¡Joder, esto es una pesadilla!

Yo lo observé sin decir nada. Su espalda estaba rígida y sus hombros en tensión. Me acerqué a él, coloqué mis manos en su cintura y comenzó a relajarse.

—¿Kassandra es la mujer que...?

—Kassandra es la mujer que me engañó con mi mejor amigo —soltó él entre dientes.

—Eso es porque no era tan buen amigo como tú pensabas.

—Me traicionaron las dos personas en las que más confiaba. —Sus ojos verdes echaban chispas.

—Lo siento —susurré—. ¿Volvemos?

—Ehm..., sí, será lo mejor.

Cuando regresamos al porche, Bruce se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla.

—Mamá, perdóname.

—Tú eres el que me tiene que perdonar a mí. Algunas veces me tendría que morder la lengua. Te lo digo en serio, Bruce. No pretendía hacerte ningún daño.

—Tu madre no lo ha hecho con mala intención —comentó Alexander, dejando caer pesadamente su mano sobre el hombro izquierdo de su hijo.

—No pasa nada, mamá. —Dirigiéndose a mí, añadió—: Será mejor que nos vayamos ya, ¿no crees?

—Sí —asentí—. Ha sido un placer conocerles.  
—Lo mismo te digo —anunció el padre de Bruce.  
—Esperamos verte pronto por aquí otra vez —intervino Manuela.  
—Eso está por ver —sentenció Bruce, abriéndome la puerta del coche.



El tráfico era fluido.  
—He de ir al despacho un segundo. Se me han olvidado unos papeles.  
¿Te importa?  
—No.  
—Te prometo que esta noche cenaremos tranquilos.  
—¿En tu casa?  
—Si tú quieres, sí.  
Lo mire emocionada, le guiñé un ojo y le dije con suspicacia:  
—Quiero...  
—Umm, y a mí me encanta que quieras.



Cuando nos metimos en el ascensor nos deshicimos a besos. Sin embargo, mi cabeza no dejaba de pensar en Cassandra, la mujer que había destrozado a Bruce durante una buena temporada.

Valoré la posibilidad de preguntar algo, lo justo para eliminar algunas dudas, pero me reprimí. Por nada en el mundo quería que aquellos besos se terminaran por culpa de una cualquiera que había hecho sufrir al hombre tan maravilloso que me envolvía entre sus brazos con necesidad, con lujuria y pasión.

Cuando llegamos a la oficina, Bruce se despidió de mí besándome primero en la boca y después en la mano.

Estuve esperándolo durante un buen rato, hasta que Sonia, una de mis excompañeras, tuvo que cortar la conversación que estábamos manteniendo para contestar el teléfono.

—Sí, señor. Muy bien, señor. Ahora mismo, señor... —Colgó, se

mordió el labio inferior y me dijo con picardía—: Raquel, el señor Smith quiere verte en su despacho.

Golpeé la puerta con los nudillos.

Bruce la abrió y me miró con ojos libidinosos, cargados de deseo. Mi corazón dio un salto mortal hacia atrás cuando lo vi. ¡Qué guapo era el *jodío*!

Cerró con un golpe seco de tacón, me cogió en volandas, me llevó hasta la imponente mesa que presidía la estancia y me subió a ella. Lentamente, desabrochó los botones del vestido verde que yo llevaba puesto aquel día y hundió su cara en mis bragas.

¡Qué delicia, Diosss!

Hizo el ademán de subir para saborear mi boca, pero yo me resistí. Ansiaba que él se despidiera de los labios cremosos y lubricados que tantas veces ya había besado.

Mis dedos se enredaron en su melena y dirigí su cabeza.

Rápidamente, él comprendió el mensaje y comenzó a provocarme con el perfil de sus dientes.

Excitado, cuando ya no pudo resistirse más, me sentó en la mesa, me abrió de piernas, se bajó los pantalones y la ropa interior y me ofreció una estocada certera, fuerte y dura que hizo que mi espalda se arqueara. En mi interior, el fuego ya había alcanzado la cima más alta, y eso que todavía no habíamos hecho más que empezar.

Bruce clavó sus dedos en mis caderas y yo le rodeé con mis piernas. A partir de ese momento, perdí la cuenta del número de embestidas que me regaló.

Como si de un guerrero se tratara, se empleó a fondo hasta que ambos sucumbimos en un orgasmo descomunal y yo caí laxa sobre su cuerpo.

Luego, cuando nuestras respiraciones se tranquilizaron, Bruce me ayudó a tumbarme sobre la mesa mientras él se dirigía al cuarto de baño.

¿Por qué las cosas buenas pasaban tan rápido?

Los ojos se me inundaron de lágrimas al pensar en todo lo que iba a dejar atrás: buenos amigos, compañeros de trabajo y, sobre todo, a él. Pensar en ello hizo que mi corazón se encogiera como una pasa.

Me puse de lado en la mesa, me encogí en posición fetal y lloré amargamente. Antes de que él saliera del cuarto de baño, me levanté, busqué

unos clínex en el bolsillo de su pantalón y me sequé las lágrimas.

Aproveché para quitarme el maquillaje frente a un pequeño espejo de mano que siempre llevo en el bolso. Parecía un oso panda. Luego me vestí, me calcé y me senté en el sofá donde siempre nos sentábamos cuando acabábamos de follar.

Cuando Bruce regresó a mi realidad, percibí que ya se había vestido. Llevaba su larga melena mojada y recogida en una coleta baja, a la altura de la nuca.

—¿Te encuentras bien? —le dije al ver sus ojos enrojecidos, la señal inequívoca de que había llorado también.

Se sentó a mi izquierda, me cogió la mano y me la besó.

—Ojalá no te tuvieras que ir —me dijo con una voz entrecortada y ronca.

Lo miré.

Me besó.

Lo besé.

Y nos besamos.

Poco después, me llevó a su casa.

No era la primera vez que la visitaba, así que no me importó quedarme sola en el salón mientras él preparaba algo para cenar en la cocina. Fue en ese momento cuando telefoneé a las *Chirusas*.

Mariela puso el altavoz del móvil y hablamos de todo un poco. De cómo iban las cosas por Málaga, de cómo iba mi vida en Nueva York e incluso del tiempo.

Aprovechando que estaban todas al otro lado de la línea, les comenté que Bruce me había presentado a sus padres. Todas se llevaron las manos a la cabeza y yo me reí a carcajadas. En eso llegó Bruce y me ofreció una *Heineken* muy fresquita. Brindé con él, brindé con mis amigas al otro lado del charco y seguimos hablando mientras él me observaba y se reía a mandíbula batiente.

De reojo, yo también lo miraba a él: adoraba aquella sonrisa, aquellos ojos de color verde y su cuerpo. En realidad, lo admiraba a él en toda su esencia.

—Chicas, tengo que cortar.

—Adiós —gritaron todas al unísono enviándome besos a través de la pantalla.

—¿Estás bien? —me preguntó Bruce poco después.

—Ehm..., sí. ¿Puedo darme una ducha?

—Claro, ya sabes dónde están las cosas.

—Bueno, pero...

Me daba pudor decirle que no tenía ropa que ponerme. Él comprendió el mensaje solo con mirarme.

Bruce abrió el gran armario que había en el dormitorio y mis ojos se abrieron de par en par. Estaba a reventar de ropa, perfectamente ordenada y clasificada por colores, texturas y formas.

Al final, él se metió conmigo en la ducha. Su fiera estaba despertando otra vez y a mí me apetecía volver a jugar. Poco a poco, muy despacio, me acerqué a él contoneando con sensualidad las caderas y lo besé. Mi lengua dibujó la curva de su nuez de Adán mientras el chorro de agua caliente mojaba nuestros cuerpos. Le acaricié la espalda con las yemas de mis dedos hasta llegar a su duro y prieto trasero.

¡*Wow*, qué delicia!

Sentí cómo mi estómago se contraía peligrosamente y cómo mi vulva palpitaba ansiosa. Inflamado, Bruce me apoyó contra la pared y colocó mis manos por encima de la cabeza mientras sus dientes me daban pequeños mordisquitos en el labio superior y besos dulces y traviosos en el inferior.

Me tenía a su merced, como a él le gustaba. Le encantaba dominar la situación. Sin embargo, lo que él no sabía era que, en aquella ocasión, la que mandaba era yo.

Durante unos minutos que casi se convierten en horas, me dejé seducir. Bruce comenzó a dibujar un intrincado laberinto de besos tiernos por mi cuello y se perdió entre mis senos. Con sus anchas manos los sopesó, los estrujó, los juntó mientras su lengua lamía con fruición mis pezones y sus dientes les proferían bocados tiernos.

Gemí.

Suspiré.

Jadeé...

Casi me corrí cuando su cálida y húmeda lengua descendió un poco más

y se hundió en mi jardín, ese jardín de las delicias perfectamente depilado donde un tenso botón comenzaba a vibrar aguardando nuevas y eléctricas provocaciones.

Uno de sus dedos lo rozó, jugueteó tímidamente con él y se hundió de lleno en mi cueva. Luego, llegó el segundo, el tercero y el cuarto. ¡Uff, qué delirio! ¡Diosss!

Ya me tenía como a él le gustaba, totalmente desarmada, a pesar de que mi primera intención era dirigir yo la incursión.

Agarrándome del pelo, y cara a la pared, me folló con su lengua. Yo gemí alocada cuando el recorrido siguió más allá de mi cueva y comenzó a provocar la estrecha cavidad anal. La ungió, la sugestionó, la dilató con sus dedos, hasta que se abrió para él y pudo colarse en su interior. Su firme y erecta polla estaba preparada para ocultarse en un nuevo rincón de mi cuerpo.

«Joder, ¿no iba a ser yo la que iba a mandar?», pensé para mis adentros.

Aun así, no protesté.

Agradecí cuando su miembro romo y lubricado presionó entre mis nalgas, inspiré hondo conteniendo el aire en los pulmones cuando se hundió un poco y grité extasiada cuando se deslizó hasta el fondo y comenzó a bombear.

—Umm —gemí, mordiéndome los labios cuando Bruce comenzó a profundizar un poco más.

—Joder, Raquel, no sé si voy aguantar mucho más —carraspeó él.

—Sigue, por favor... ¡No te pares! —exigí.

Ansiaba que sus movimientos fueran mucho más enérgicos.

Exánimes, casi sin fuerzas, nos corrimos a la par. Aquel polvo anal había sido una pasada. En realidad, con Bruce todo era una pasada siempre.

Con la respiración entrecortada y la cara aún sobre el alicatado, me dejé llevar por las mágicas caricias que Bruce me regaló mientras me enjabonaba y me quedé dormida.

Envuelta en una toalla, me llevó en brazos hasta la cama.

Cuando desperté y giré mi cara hacia la derecha, ahí estaba él, observándome fijamente.

—Hola, chica del lunar.

—Mmm —bostecé, estirando los brazos. Sentía que mi cuerpo estaba a

punto de romperse.

—Dormilona, espabílate. Es tarde.

Pero ¿qué estaba diciendo? Hacía unos minutos que nos habíamos metido en la cama.

Cuando me fijé cómo iba vestido — vaqueros, camisa blanca de sport y mocasines de color rojo—, me alarmé.

—¿Qué hora es?

No me contestó. Como una autómatas, salí de la cama, reprendiéndome por no haber conseguido terminar lo que yo me había propuesto: seducirlo y llevarlo a mi terreno.

Abrí el armario, ese donde había tanta ropa de hombre y de mujer, y me probé un vestido de color amarillo. Me quedaba estupendo.

—*Voilà!* —exclamé—. Ya estoy lista.

—¿No te vas a maquillar?

—Ah, sí, sí. Por supuesto.

Cogí el bolso, entré en el baño, extendí todos mis indispensables en la encimera de mármol italiano y me maquillé. Deseaba estar guapa otra vez para él. Me pinté los labios con una barra de color rojo pasión, la misma que yo sentía por él, me engominé el pelo —a Bruce le encantaba cada vez que yo lo llevaba así—, me miré en el gran espejo y le comenté a mi reflejo en voz alta:

—No es por nada, chica, pero estás muy guapa. ¡Sí señor!

En el armario encontré una cazadora negra que también era de mi talla y me dirigí al salón. De fondo se escuchaba una balada de Eros Ramazzoti.

Bruce estaba mirando por el gran ventanal, con una copa de vino blanco en la mano. Me acerqué a él por detrás y lo abracé.

Asustado, dio un respingo.

—Por poco tiro la copa al suelo.

—Hubiera sido una pena desperdiciar el vino, ¿no crees?

Él dio un suspiro, de esos que quiebran hasta el alma, se dio la vuelta, me cogió de la mano y se puso a bailar conmigo. Cuando la balada terminó, nos sentamos en el sofá.

—¿Quieres un poco de vino?

—No me apetece. De todas formas, ya sabes que yo soy más de beber

cerveza.

—Eso es cierto.

Durante un buen rato estuvimos hablando, recordando buenos momentos, como el día que yo iba a salir de fiesta con mis compañeras, las *Chirusas*, y él me ofreció su pañuelo.

—¿Sabes una cosa, amor? —me preguntó.

—Dime.

—Nunca me han gustado las chicas tatuadas y con *piercing*.

—¿No? —Abrí los ojos de par en par.

—Tú, por si fuera poco, tienes un *piercing* y tres tatuajes.

—¿Y qué les pasa a mis tatuajes? ¿No te gustan?

Bruce me miró y me respondió:

—No.

Aquello me ofendió. Lo miré despreciativamente hasta que él comenzó a reírse a carcajadas.

—Si te soy sincero, lo que realmente me gusta es el cuerpo que lleva esos tatuajes.

Más romántico no podía ser el «*jodío*».

Nunca pensé yo que podría estar con un hombre de ese porte. Yo, una chica de lo más normal, bajita, pelirroja, con ojos aceitunados y con más curvas que el circuito del Jarama, trabajadora de una hamburguesería, había atrapado a un hombre alto, hercúleo y de mirada libidinosa; a un hombre que, en realidad, podría haberse enamorado de cualquier chica con un estatus social y económico mejor que el mío. Pero el destino es así. El amor aparece sin avisar y te atrapa con independencia del dinero, la ropa y el cuerpo.

Después de reírnos un rato, Bruce se levantó del sofá y se fue a la cocina. Cuando regresó, llevaba un plato de solomillo a la pimienta con patatas parisinas y verduritas a la plancha.

Disfruté al máximo de la cena, pero con cerveza, claro está. El postre no fue lo que esperaba. A mí me apetecía volver a follar, pero Bruce sustituyó mi ración por unos profiteroles de nata y chocolate que, por descontado, no rechacé. ¿Alguien se puede hacer una idea de lo que me gusta el chocolate? Umm, solo de pensarlo se me deshace la boca.

Junto a los profiteroles vi que había algo extraño, que no era otra cosa

más que una cajita plateada y redonda. Emocionada, la cogí.

—¿Esto qué es?

—Ábrela —susurró Bruce.

Allí, envuelta en seda blanca, encontré un colgante con una llave de oro. Tenía un pequeño brillante engastado en el centro.

—Esta es la llave de mi corazón —me susurró al oído—. Tú, y solo tú, eres su dueña.

Me levanté enseguida con lágrimas en los ojos, lo abracé con fuerza y lo besé con intensidad.

En ese momento, él me cogió en brazos y me llevó hasta la habitación. Comenzaba la segunda ración de mi postre.

Despacio, mientras me besaba los ojos, la frente, los pómulos, la nariz y los labios y me derretía con cada beso, fue desnudándome poco a poco.

De mis ojos seguían brotando lágrimas de felicidad, de angustia por no saber cuándo nos volveríamos a ver y de desesperación. La misma que sentía por volver a entregarme a sus exigencias.

Bruce se puso encima de mí y empezó a besarme el lóbulo de mi oreja izquierda. Poco a poco, como un autómatas, fue descendiendo por mi cuello, pasó por mis pechos, surcó mi abdomen y se centró en el ombligo. Lo circundó una, dos, tres veces seguidas hasta que subió hasta mis pechos, que comenzaban a demandar con urgencia sus caricias.

Él sabía perfectamente que a mí me enloquecía cada vez que sus dientes se clavaban en mi carne.

Cuando llegó a mi vagina, mi cuerpo ya hervía en deseo. Me estremecí cuando su lengua se coló en mi cueva para probar el néctar que atesoraba en su interior. Grité alocada cuando sus dedos jugaron con mi clítoris y lo estiraron un poco.

Un dedo no tardó en adentrarse entre mis pliegues. Yo me arqueé a la expectativa. Ansiaba sentirlo a él dentro cuanto antes. Me retorcí en la cama mientras él apoyaba la mano en mi vientre, dificultando mis movimientos.

Pronto, sus dedos entraron solos y se deslizaron hasta el fondo. Las paredes de mi vagina los abrazaron con fuerza, contrayéndose y dilatándose con cada orgasmo.

Bruce se incorporó y me besó con pasión, con hambruna, con necesidad.

En sus labios aprecié mi sabor. Cuando se coló en mi interior, grité de placer. Lo besé, lo toqué, incluso le arañé la espalda. Justo en ese momento, él cogió mis manos y las entrelazó con las suyas, alejándolas de su piel.

A pesar de que estaba en éxtasis, mi cuerpo percibía los latidos acelerados de su corazón mientras nuestras bocas se fundían y mis piernas se agarraban a su cintura.

Sus embestidas eran fuertes, enérgicas. Destrozada, ya no recordaba las veces que habíamos follado aquel día, agradecí cuando me ayudó a darme la vuelta y me colocó a cuatro patas, con la espalda sobre su pecho.

Percibí cómo mis senos botaban enérgicamente cuando volvió a entrar en mi interior. Sus testículos chocaban contra mi vagina cada vez que ascendía con un tenso empujón.

De pronto, justo cuando el orgasmo comenzaba a desbaratarme, Bruce gruñó, dio una fuerte sacudida en mi interior y explotó.

Laxa, me desplomé sobre la cama y él, sobre mi espalda. Durante unos minutos permanecimos así, sin movernos, hasta que él rodó sobre el colchón y se colocó a mi izquierda, con la mirada perdida en el techo.

Cuando nos levantamos, tenía tanto calor que decidí darme una ducha. Bruce me acompañó. Nos abrazamos, nos besamos e incluso lloramos.

Ambos caímos rendidos cuando regresamos a la cama. Aquel día había sido muy intenso...



Cuando desperté, quise abrazarlo, pero no estaba. Me senté en la cama y bostecé. ¿Dónde se había metido?

Me puse su camisa, la que había terminado en el suelo la noche anterior, y salí de la habitación. Bruce había hecho el desayuno.

Di un sorbo de café y él se acercó a mí por detrás:

—Buenos días, princesa.

Umm, qué rico sabían sus besos a primera hora de la mañana.

—Déjame —ronroneé—. Tengo que revisar el móvil.

—¿No puede esperar?

—No —le provoqué.

Tenía varias llamadas perdidas y un mensaje de Óscar:

«Primor, nos vemos directamente en el aeropuerto»

—¿Ocurre algo?

—No.

Desayunamos muy relajados, aunque mi corazón estaba deshecho por dentro.

Hicimos el amor dos veces más después de desayunar, como despedida a esos tres meses que habíamos pasado juntos.

A las tres de la tarde, cuando estaba dándome una ducha relajante y pasé la esponja por mi cuello, rocé la llave de oro que me había regalado Bruce la noche anterior y se me encogió el corazón. Bajo la lluvia de agua de la ducha, lloré amargamente.

Bruce ya se había enfundado unos vaqueros cuando salí del cuarto de baño. Su torso desapareció también bajo una camisa negra. En sus pies se puso unas zapatillas Nike del mismo color.

Cuando él estaba peinándose la melena frente al espejo, sonó mi móvil. Era Óscar.

—Reina, ¿cómo estás?

—Jodida.

—Lo sé. Chum está igual. ¿Nos vemos en el aeropuerto?

—Sí —balbuceé antes de cortar.

No pude reprimir mis lágrimas y el rímel se me corrió un poco. Cogí un trozo de papel higiénico y me retoqué para que Bruce no notara mis lágrimas, pero no lo conseguí. Pocas cosas se le escapaban a él; mis lágrimas eran una de ellas.

Decidido, se acercó a mí y me secó las lágrimas que aún moraban en torno a mis ojos.

—Tranquila, ni tú te olvidarás de mí ni yo lo haré de ti, ¿de acuerdo?

Asentí.



El trayecto hasta el aeropuerto fue muy triste. Apenas hablamos.

Bruce puso el CD de Alejandro Sanz para suavizar la tensión. Cuando

comenzó a sonar la canción *Los dos cogidos de la mano*, la suya envolvió la mía con fuerza. La subió hasta sus labios y la besó con ternura. Yo no pude aguantar la emoción y empecé a llorar. Lo sé, soy muy ñoña, pero no lo puedo evitar.

En el aeropuerto nos encontramos con Óscar y con Chum. Los tres hombres se estrecharon la mano y yo les di sendos besos a mis amigos.

—¿Qué tal, reina? —me preguntó Óscar—. Alegra esa cara, *amore*. Volvemos a casa.

Lo que me pedía, no era posible.

Por megafonía anunciaron que el vuelo se iba a retrasar, así que decidimos entrar en una de las cafeterías a tomar algo. Justo cuando yo estaba dándole el último buche a la cerveza, nos avisaron de que teníamos que embarcar.

La despedida fue lo peor. Óscar no quería separarse de Chum; yo, por descontado, tampoco disfrutaba con la idea de hacerlo de Bruce. En tan solo tres meses había conocido a mi verdadero amor, a ese hombre bueno, sensible y apacible al que había conseguido entregarme sin ningún pudor en la cama. Mi Dios del sexo había destronado a Adán, aquel capullo que solo había conseguido que yo derramara lágrimas y más lágrimas durante la relación.

Los besos que nos dábamos sabían a poco. ¿Cuándo nos volveríamos a ver?

En uno de los tantos abrazos que me regaló Bruce, me susurró al oído:

—Pronto nos veremos, pequeña. Recuerda que eres mi chica del lunar.

Y me dio un gran beso, de esos en los que no se despegan los labios, de esos que hacen ventosa.

La voz metálica que anunciaba que los pasajeros del vuelo a Málaga tenían que embarcar fue la que nos separó finalmente. Cogidos del brazo, Óscar y yo nos dirigimos al control. Ambos llorábamos, él por dejar a Chum y yo por alejarme de Bruce.

Cuando entramos en el avión y nos abrochamos el cinturón, volvimos a llorar. Y cuando las azafatas iniciaron el movimiento tan característico de brazos para explicarnos las normas de seguridad, también.

Por primera vez en mi vida, los nervios no se apoderaron de mí. Solo era

capaz de llorar y llorar por lo que dejaba atrás. Óscar, al igual que yo, tenía los ojos enrojecidos como dos tomates. Le besé en la cara, recosté mi cabeza sobre su hombro, entorné los ojos y me olvidé de todo... Salvo de Bruce.

El avión comenzó a ganar velocidad en la vista y despegamos. A través de la ventanilla, observé la ciudad de los rascacielos. ¡Qué belleza!

Toqué la llave que colgaba de mi cuello y se me encogió el corazón. Recordé el detalle que tuvo Bruce al darme su pañuelo y me emocioné al igual que cuando mi mente recreó la escena del beso que me había dado en el pasillo del *chill-out* de los Álamos. También me entretuve en contar el número de veces que me había besado el lunar que tengo sobre el labio superior y el número de pétalos de los girasoles que me regaló aquella noche en la que nos encontramos en Madrid después del concierto de Michael Bolton.

Los recuerdos se mezclaban en la cabeza: el encuentro en la discoteca, la entrevista, las sesiones de sexo desenfrenado y sin control en el despacho de Bruce, la comida con sus padres...

Mis ojos no tardaron en inundarse de lágrimas.

Al ver cómo estaba, Óscar chasqueó los dedos para que despertara de mi ensoñación y me preguntó si quería algo de beber:

—Ehm..., sí, por favor.

—Por favor. —Óscar levantó la mano para avisar a la azafata.

—Dígame, señor.

—Sírvanos dos vodkas con sus respectivas rodajitas de naranja y su toque de canela.

—Por supuesto.

Óscar y yo brindamos por nuestros amores, por esas personas de las que nos estábamos alejando y que estarían a miles de kilómetros de distancia una vez que aterrizásemos en Madrid. También brindamos por nuestra larga y gran amistad y, entre risas, el viaje y la desolación fue haciéndose poco a poco más ameno.

Durante nuestra conversación, ambos coincidimos en hacer un curso para trabajar en una línea telefónica. Era lo ideal si queríamos hablar con nuestras parejas el mayor tiempo posible.

—Oye, ¿recuerdas cómo nos conocimos?

—Sí, fue en aquel curso de maquillaje que hicimos para aquella empresa farmacéutica.

—A mí me llamó la atención tu camiseta —sonrió Óscar.

—¿La de la rana Gustavo?

—Sí, esa. Parecía que se le iban a saltar los ojos.

Aquel día yo llevaba una camiseta de la rana Gustavo que era dos tallas más pequeña de la que yo suelo comprarme para que me entre el pecho y el algodón y la serigrafía estaban muy tirantes. De aquello hace ya más de quince años. Y desde entonces, Óscar y yo siempre hemos estado juntos.

Óscar ha compartido muy buenos momentos conmigo. Y malos también, como el funeral de mis padres. Por eso y por muchas cosas más lo adoro. Siempre me ha demostrado que es un gran amigo, con sus locuras y con sus defectos como todo ser humano, eso sí, pero con sus grandes virtudes, que son muchísimas, también.



Eran las ocho de la mañana cuando llegamos a Málaga. Después de recoger el equipaje, nos dirigimos a la salida y cogimos un taxi. De camino al centro de la ciudad, Óscar me comentó que le apetecía quedarse unos días en mi casa.

—Por mí no hay ningún problema. Al contrario —le dije—. Te lo agradezco. En estos momentos lo que menos me apetece es quedarme sola.

Cuando llegamos a casa, Óscar se dirigió automáticamente a la habitación de invitados. Él se metió primero en el baño para darse una ducha. Si lo hubiera pensado mejor, habría sido yo la primera, ya que él siempre tarda una eternidad cuando se encierra en el baño, pero ya daba igual.

Mientras aguardaba a que terminara, aproveché para enviarle un mensaje a Bruce:

«Ya estoy en casa»

Cuando miré el reloj, me arrepentí de haberlo enviado. Por la diferencia horaria, en Nueva York eran las dos de la madrugada. Sin embargo, como el daño ya estaba hecho, decidí seguir escribiéndole mensajes del tipo «Te quiero», «Te echo de menos», «¿Qué voy a hacer sin ti ahora?» y cosas por el

estilo.

Su respuesta no tardó en llegar:

«Amor, yo también te quiero y te echo mucho de menos»

« ♥♥♥♥ »

«Recuerda que tú eres mi chica del lunar. TQM»

Se me hizo un nudo en la garganta al leer aquellos mensajes. Tosí, casi atragantada con mi propia saliva. Habían pasado solo unas horas y ya sentía que eran una eternidad. Lo echaba tanto de menos...

Le escribí para contarle que Óscar se quedaría unos días en casa, que el vuelo había sido muy agrisado y le dije una y mil veces que lo echaba de menos.

«Por cierto, ¿qué haces despierto a estas horas?»

Contestó:

«No puedo dormir. Falta una persona muy especial a mi lado»

Entendí perfectamente a lo que se refería. Desde mi llegada a Nueva York, excepto un par de días, a lo sumo tres, todas las noches habíamos dormido juntos. Bueno, en realidad, todas las noches habíamos follado hasta la extenuación y al alba, justo antes de echar el polvo de buenos días, dormitábamos abrazados durante unos minutos.

«Creo que yo tampoco podré dormir esta noche»

Rápidamente, recibí otro mensaje:

«Yo me conformaré con abrazarme a tu almohada. Huele a ti»

Después de unos cuantos mensajes más, nos despedimos con un «Te quiero mucho» .

Cuando Óscar salió de la ducha, yo entré en el cuarto de baño como un reactor. El agua caliente desentumeció mis músculos. Luego, me eché leche hidratante por el cuerpo. Al llegar a la zona del cuello, rocé el colgante, esa preciosa llave de oro, la llave del corazón de Bruce, y me entró la congoja.

Una vez que mis lloriqueos se secaron, me dirigí al salón. Óscar había preparado café y unas tostadas y había cortado un par de piezas de fruta en daditos. Abrí los ojos de par en par. Estaba hambrienta. En el avión no había comido nada, así que no perdí el tiempo y me abalancé sobre el plato.

—¿De dónde ha salido todo esto? —pregunté con la boca llena.

—He ido a la tienda de la esquina mientras tú te duchabas.

—Ahm..., gracias —barboté, engullendo un par de trozos de manzana.

—¿Qué se supone que vas a hacer ahora?

—¿Cuándo?

—Durante la semana.

Yo me reincorporaba a trabajar siete días después.

—Pues no lo sé —declaré—. Podríamos hacer una cena en casa algún día de estos e invitar a Carlos, a Enrique y a Pablo. ¿Qué te parece?

—¡Genial!

—Hoy deberíamos ir a comprar algo...

—Sí, porque tu nevera está temblando.

—... y, si te apetece, luego podemos acercarnos a la hamburguesería para ver a las *Chirusas*.

—Me parece una idea estupenda —comentó Óscar recogiendo las migas que habían caído en el suelo.

Terminamos de desayunar y nos fuimos a descansar un poco. Acostada y acariciando el colgante, pensé nuevamente en Bruce. Y lloré. Lloré amarga y desconsoladamente, tapándome la cara con la almohada para que Óscar no escuchara mi llanto. Pero todo fue en vano, ya que, preocupado, abrió la puerta de mi habitación.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—Nooo —balbuceé abriendo los brazos de par en par para abrazarlo. Al igual que yo, él también estaba mal.

Óscar se acercó a la cama, se tumbó a mi lado y me abrazó. Después de una hora de intensa llantina, nos quedamos dormidos.

Cuando desperté, encontré a Óscar durmiendo como un bebé, en posición fetal, abrazado a la almohada. Con cuidado de no llamar su atención, rodé sobre el colchón, me puse las zapatillas y me dirigí a la cocina. Estaba sedienta.

Mi móvil parpadeaba insistentemente, avisándome de la llegada de algún mensaje. Eran tres.

«Eres lo mejor que me ha pasado en años»

«En tan poco tiempo, he sentido cosas que jamás pensé que se pudieran sentir»

«TQM»

Escribí:

«Eres la única persona que me hace feliz»  
«Gracias por creer en mí»  
«TQM ♥♥ »

Cuando Óscar se despertó estirando los brazos como la Bella Durmiente, nos arreglamos para ir al supermercado. Allí nos abastecimos de frutas, carnes, verduras, bebidas y de todo lo que en una casa hace falta. Para no cargar con las bolsas, solicité el servicio a domicilio.

Después, nos acercamos a uno de nuestros locales favoritos, un pub donde sirven un café con hielo con *Baileys Irish Cream* delicioso. Carlos, Enrique y Pablo estaban allí.

—Los he llamado yo —me confirmó Óscar entre risas.

—Ya decía yo —sonreí.

Óscar y yo hablamos sin parar durante una hora, contándoles a los chicos nuestra aventura en Nueva York. Éramos como dos cotorras a las que les dan cuerda.

De repente, cuando estábamos en la parte más interesante de la conversación, vimos aparecer por la puerta del local a Adán. Iba acompañado por una morena. Al vernos, se acercó a nosotros y me dijo:

—Hola, Raquel. ¿Cómo estás?

—Estupendamente —le contesté yo, sin levantarme del asiento.

—Umm, te noto muy cambiada.

—¿Tanto se me nota?

Sé que mi pregunta lo descolocó.

—La verdad es que sí.

—Ya no soy la misma persona.

La morena que estaba a su izquierda sujetándole la mano para que nadie se la fuera a robar se revolvió incómoda. En realidad, la situación no era cómoda se mirase por donde se mirase.

—Ya veo, ya...

—Adán, me alegro de verte —dije, moviendo al mismo tiempo la mano para espantarlo.

Cuando los cinco volvimos a quedarnos a solas, Óscar y yo les enseñamos todas las fotos que habíamos echado en Nueva York con nuestros

móviles.

Cuando Carlos, Enrique y Pablo vieron la foto de Chum, exclamaron al unísono:

—¡*Wow*, pero que chino más guapo!

—Lo es —confirmé yo, guiñándole un ojo a Óscar.

El revuelo fue mayúsculo cuando yo les enseñé las fotos de Bruce. Los tres pegaron un grito que me dejaron sorda para una buena temporada. Adán, que no había dejado de mirarnos desde que había entrado en el local, se puso en pie.

—Nena, qué bonita pareja formáis —vociferó Carlos cogiéndome el móvil para pasar las fotos.

—Ay, Raquel. —Ahora fue Pablo el que gritó, llamando nuevamente la atención de Adán—. ¡Qué fotos más bonitas, por Dios!

Terminamos el café y pedimos que nos trajeran unos mojitos mientras hablábamos de sus trabajos. Pablo se ganaba la vida como estilista y peluquero. Hacía poco que había montado su propio negocio y le iba bastante bien. Enrique, el médico, trabajaba en el Hospital Universitario de Málaga y Carlos en una correduría de seguros. Afortunadamente, y después de la guerra que le habíamos dado, se había sacado el carnet de conducir.

Cuando quisimos darnos cuenta, eran ya las nueve y cuarto de la noche. Las horas se nos habían pasado en un suspiro. Íbamos a salir del local cuando, de repente, sonó mi móvil. Era Bruce. Emocionada, respondí:

—¡Hola, amor!

—¡Hola, mi chica del lunar! ¿Cómo estás?

—Echándote de menos —respondí yo.

—¿Qué haces? ¿Dónde estás? —me preguntó—. Se oye mucho ruido de fondo.

—Estoy con Óscar, con Pablo, con Carlos y con Enrique. Estábamos a punto de salir a la calle después de no sé cuántas horas hablando de nuestro viaje, de ti, de Chum y de...

—¿De mí?

—Sí, de ti —sonreí yo—. Ahora vamos a ir a cenar a la hamburguesería.

—Ojalá pudiera yo estar ahí con vosotros —me dijo—. ¿Qué llevas puesto?

—Amor, con el calor que hace aquí, llevo un vestido de tirantes muy finos y unas cuñas de esparto.

—Umm, cómo me gusta que te vistas *sexy*. ¡Me encanta!

—Un momento, Bruce. —Colgué. Y, dirigiéndome a mis amigos, añadí —: Chicos, he de ir un momento al baño. Tomaos algo en la barra.

Cuando entré en el cuarto de baño, cerré la puerta con pestillo y me tomé un par de fotos para enviárselas a Bruce, una del tanga y otra de la cueva que protegía en su interior.

Las respuestas de mi Dios del sexo no tardaron en llegar:

«Eres mala, pequeña»

«Umm, me encanta lo que veo»

«Y te deseo...»

«Eres mi chica del lunar»

«Y por eso te quiero, amor mío»

Aquellos mensajes hicieron que mi corazón se acelerase un poco más.



Los cinco caminamos de la mano hasta la hamburguesería. Nada más llegar, saludé a mis *Chirusas*, dándoles a cada una de ellas un fuerte abrazo y un gran beso. Óscar, Carlos, Enrique y Pablo hicieron lo propio también.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, pedimos unas *Alhambras* y una limonada bien fresquita para mí —yo tenía que conducir—, estudiamos la carta a pesar de que nos la conocíamos al dedillo y le pedimos a Mariela que nos preparara unas patatas gratinadas de kebab, una pizza familiar criolla, una ensalada caprina y dos camperos caprinos.

Cuando mi jefa nos sirvió la cena, me hice un selfie con los chicos para enviárselo a Bruce. Su respuesta, en forma de llamada, no tardó ni dos segundos en llegar.

—¿Otra vez tú? —me reí.

—Mira que eres mala, chica del lunar —me dijo él.

—¿Yooo? ¿Por qué?

—Sabes lo mucho que me gusta la comida que sirven en ese local y...

—Por eso yo te he enviado una foto.

—Eres mala, Raquel, muy mala...

—Voy a poner el altavoz para que te saluden los chicos.

—¡Holaaa! —gritaron los cuatro a la vez.

—Hola —respondió Bruce. Luego, puse otra vez el teléfono en modo normal.

—Un beso, mi vida.

—Un beso, mi amor. Hablamos luego, cuando estés tranquila en casa. Da igual la hora que sea. Te esperaré —me recalcó él.

—Vale. Te quiero —susurré yo antes de colgar.

Después de cenar, nos fuimos al centro. La noche estaba perfecta.

Nos dirigimos al local que tanto nos gusta, ese en el que ponen música de todos los estilos y en el que, de vez en cuando, suena también algún *hit* ochentero.

Brindamos con unos chupitos —el mío era de un licor sin alcohol, por eso de que tenía que conducir— por los que estaban, por los que no estaban y por los que volveríamos a ver más tarde. Una gilipollez en toda regla, pero que nos hizo reír a carcajadas.

Los chicos se pidieron unos *Beefeater* con tónica y con una rodajita de limón y yo una cerveza sin alcohol. Luego nos alejamos de la barra, que estaba atestada de gente, y nos fuimos al fondo del local para poder bailar con comodidad.

—¡La noche es joven! —gritó Pablo cuando llegó la quinta consumición.

—Uuuu... —vociferó Carlos.

Era joven, pero a mí me faltaba algo. Y no era el alcohol precisamente.

A las cinco de la madrugada, dimos por concluida la reunión y cogimos el coche. Como todos estaban un poco perjudicados, decidí llevarlos a mi casa. Nunca nos ha costado apañarnos.

Al llegar, lo primero que hice fue abrir el sofá. Carlos, Enrique y Pablo cayeron sobre el colchón de inmediato. Óscar se fue al dormitorio de invitados y yo al mío.

Me cambié de ropa y me puse una camiseta vieja. Era un poco tarde, pero decidí abrir el ordenador y encender la *webcam*. Luego telefoneé a Bruce por *Skype*.

Una llamada, dos llamadas...

¡Joder, ¿dónde se había metido?!

Al tercer tono me contestó:

—Amor, perdóname. Estaba en la ducha. Acabo de llegar del gimnasio.

Allí estaba él, mi Dios del sexo, mi atlante, mi Adonis..., con el torso al desnudo y una toalla blanca en la cintura. Me encantaba verlo así, con la melena mojada y el cuerpo húmedo. Me acerqué un poquito más a la pantalla y estudié los sinuosos movimientos de una gota al resbalar por su pecho.

—¿Qué tal lo has pasado con los chicos? —me preguntó.

—Bien —le contesté con un tono de melancolía, acomodándome en la cama. Él también se dejó caer en la suya.

—¿Qué te pasa, mi chica del lunar? Te noto triste.

—Te echo de menos, Bruce.

—Y yo.

—Me he acostumbrado tanto a ti... —suspiré.

Bruce se peinó la melena hacia atrás y se hizo una coleta baja.

—Amor, si te soy sincero, en la vida pensé que me podría enamorar de esta manera.

—Ni yo.

—He tenido muchísimas relaciones, pero la que tengo contigo es diferente. Es..., es especial. Tú eres loca, fresca, divertida... Te gustan las mismas cosas que a mí. Eres complaciente, decidida y... —Se pasó la mano por la cabeza—. ¡Joder, me siento genial cuando estoy contigo! ¿Qué has hecho, Raquel?

—No te entiendo, Bruce.

—Me has envenenado, princesa. Me has embrujado... Eres una mujer complaciente, enigmática y muy sensual y yo... Joder, me siento tan bien contigo. Esto está siendo una tortura, mi amor. Estoy locamente enamorado de ti. ¿Llevas la llave de mi corazón en el cuello?

—Sí —sonreí.

—Recuerda que solo tú eres su dueña.

Oír aquello me hizo inmensamente feliz, pero me entristeció a la vez. Tenía ganas de besarlo, de abrazarlo, de acariciarlo...

—Bruce... —Toqué la pantalla con tristeza.

—A ver, morena. Muéstrame ese lunar.

Me acerqué al monitor y besé la pantalla pensando que era a él a quien besaba.

—¡Umm, qué labios, Diosss! Me encantaría comérmelos —musitó él—. ¿Qué llevas puesto?

—Una camiseta.

—Ya sé que llevas una camiseta. —Me guiñó el ojo con picardía—. Por cierto, me encanta ese lema.

—¿Cuál?

—El de tu camiseta.

Leyó en voz alta:

—Tú eres el único que decide cuál es el final de tu historia, nadie más.

—La verdad es que sí. Es muy chulo.

—Sí. —Estiré la tela—. Y ¿qué llevas debajo de tu camiseta?

Comencé a subírmela muy despacio y cuando le mostré mis pechos desnudos, suspiré acercándome a la cámara:

—Solo la piel.

—Umm, preciosa...

—¿Tú crees?

—Sí. —Se humedeció los labios con la lengua—. En este momento me encantaría jugar contigo, muñeca; morder esa carne tersa que se muere por ser besada... ¿Quieres jugar?

—¿Virtualmente?

—¿Por qué no?

Bruce se quitó la toalla que llevaba alrededor de la cintura y me mostró la pieza rígida, dura e inflamada que crecía entre sus piernas mientras yo me alejaba del monitor y le mostraba lo que escondía el encaje de mi tanga.

—Nena, quiero que te toques —sugirió—, que te acaricies los pechos como si fuera yo el que lo estuviera haciendo.

Cerré los ojos y me imaginé que mis manos eran sus manos. Me acaricié los labios. Poco a poco, mis yemas fueron descendiendo por mi cuello hasta mis pechos y se entretuvieron con el pezón derecho, hasta ponerlo tieso. Luego hice la misma operación con el izquierdo. Mi respiración se aceleró cuando recorrieron con sinuosidad el abdomen y bajaron hasta el Monte de

Venus.

Cuando circundaron mi clítoris, Bruce me preguntó:

—Raquel, ¿tienes tu juguete cerca? —Asentí—. Muy bien, sácalo. Quiero que juegues con él como si fuera mi polla.

Hice lo que me pidió. Abrí el cajón de la mesita de noche y cogí el consolador que habíamos comprado juntos en una tienda del barrio chino de Nueva York.

—Tócate tú también —le pedí mientras la vibración comenzaba a provocarme y a encenderme para él.

Bruce se acarició el pectoral y los *six pack* de su abdomen hasta llegar al pene que, como un fusil, apuntaba al frente. Verlo me puso muy caliente.

—Introdúctete el consolador.

Así lo hice. Permití que aquella pieza de silicona de color rosa se deslizara en mi interior. Gemí y Bruce gruñó también, a miles de kilómetros de distancia.

Mi cuerpo temblaba excitado. Con Bruce estaba conociendo otras formas de seducción y, aunque estuviera tan lejos, sabía perfectamente cómo darme placer.

Nos masturbamos delante del ordenador. Nos sedujimos y nos provocamos hasta la extenuación, evitando cerrar los ojos para no perdernos nada de lo que hacía el contrario. En mi cuerpo bullían flagrantes llamaradas de fuego anunciándome él éxtasis cuando Bruce susurró:

—Ponte de rodillas, pequeña.

Su nivel de excitación era máximo cuando me introduje el consolador en mi interior. Mis fluidos resbalaban por mis labios vaginales, por mis dedos, por mi brazo...

—Sí, nena, sigue así. No pares... —me exigió, encendido en deseo, casi al punto de la extenuación.

Yo notaba como un cosquilleo recorría mi vientre y ascendía por mi espalda. Espasmódica, perdí el control de mis movimientos.

—No te pares... —le escuché decir.

Así hice. No paré hasta que me corrí y me desplomé en la cama. Poco después, al otro lado de la pantalla, Bruce se dejó llevar, explotando con un gruñido alto, fuerte y ronco.

Cuando mi respiración se tranquilizó, rodé por el colchón, me incorporé, saqué la polla de plástico que aún vibraba entre mis piernas y estudié los espasmos que aún mantenían en tensión el pene de Bruce. En su abdomen, junto a su ombligo, había un reguero de semen espeso.

Apoyándose en un codo, se inclinó para coger una caja de clínex de la mesita de noche. Se limpió y yo desaparecí de su pantalla durante unos minutos, los que precisé para ir al baño para lavarme.

Cuando regresé, vi en el reloj del ordenador que ya era muy tarde.

—Es tarde —musité.

—Sí. Tengo que descansar un poco. Cierta mujer me ha dejado extenuado.

—¿Sí? —Sonreí.

—Te quiero, mi chica del lunar.

—Yo también te quiero, Bruce —dije dando por concluida la sesión de cibersexo.



El silbido del WhatsApp fue lo que hizo que me despertara. Eran más de las doce de la mañana.

«Buenos días, amor mío. Te echo muchísimo de menos»

«Lo de antes ha sido fantástico. Gracias por complacerme»

«Te quiero, mi chica del lunar»

«♥ Bruce ♥ »

«Me encanta levantarme con esas clases de mensajes», dije en voz alta, estirándome en la cama. Luego me levanté de la cama y me dirigí a la cocina para preparar el desayuno. Pero para mi sorpresa, los chicos ya lo habían organizado todo.



Aún quedaban varios meses, pero Óscar, Carlos, Enrique y Pablo ya estaban pensando cómo organizar las Navidades. A mí, todo sea dicho de paso, siempre me ha dado pereza hacer planes anticipadamente. Soy de las

que prefiere ir sobre la marcha, así que mientras ellos estaban a lo suyo, yo fui abriendo una por una las armariadas de la cocina para evaluar lo que tenía que comprar al día siguiente. Hacía tres días de la última compra, tres días que los chicos no habían salido de mi casa, y las existencias habían mermado considerablemente.

En dos días empezaba la rutina: trabajo, estudios, casa...

Después de desayunar, Pablo, Enrique y Carlos se marcharon por fin, emplazándonos a Óscar y a mí para vernos el jueves.

Por la intranquilidad de Óscar, percibí que quería decirme algo. Nos sentamos en el sofá y me comentó que Chum le había propuesto la noche anterior que se fuera a vivir con él a Nueva York.

—¿Y qué problema hay?

—No sé. ¿Y si se cansa de mí? Me tendría que ir de su casa.

—¿Y?

—Joder, Raquel. ¿Qué haría yo? ¿Dónde iría? Nueva York no está a la vuelta de la esquina. ¿Y si soy solo un capricho para él?

—Y si... ¡Óscar, por Dios, no te conozco!

El Óscar al que yo conocía, no se lo hubiera pensado dos veces: cogería las maletas, se liaría la manta a la cabeza y se iría sin más.

Me levanté del sofá, me serví una taza de café y, después de darle un sorbo, dije:

—Tú siempre me dices que me deje llevar, que viva el momento, ¿no?

—Asintió—. Pues ahora te toca a ti, cielo. Déjate llevar. ¡Vive el momento porque te lo mereces! Has pasado mucho durante estos dos últimos años y ahora la vida te lo está recompensado con una persona maravillosa que está locamente enamorada de ti.

—Pero...

—Óscar, habla con Chum. Cuéntale cuáles son tus dudas y tus miedos. Estoy convencida de que lo entenderá a la primera.

Se acercó hacia mí y cogiéndome de la mano me dijo:

—Si sale mal lo de Chum, ¿me dejarás la habitación de invitados?

—¡Vaya tela, Óscar! —respondí yo, volteando los ojos con comicidad—. Pues claro.



Dos días después, cuando me reincorporé en la hamburguesería, las *Chirusas* me recibieron con gran entusiasmo.

Allí, mientras organizábamos el material, fui contándoles todo lo que había visto en Nueva York, las vivencias tan positivas que había experimentado en la editorial y todo lo que había disfrutado en compañía de Bruce.

—Raquel, el amor a distancia es muy difícil, pero no imposible — comentó Mariela.

—Lo sé.

—Afortunadamente, hoy en día, con el móvil, el *Messenger* y el *WhatsApp*, nada se nos pone por delante.

—Y el cibersexo, jefa —comenté yo con guasa, guiñándole un ojo.  
Ambas nos pusimos a reír.



A las diez de la noche, me llevé una gran sorpresa, pero no era de las gratas. Adán acababa de entrar en el local.

—¿Puedes salir un momento, por favor? —me preguntó.

Lo miré con cara de pocos amigos y, a pesar de que no me apetecía verlo, acepté.

—Adán, ¿qué quieres? —solté envolviéndome en mi propio abrazo.

—Saber de ti.

Intentó darme un beso, pero yo le rehuí.

—¿Dime que quieres? —insistí.

—Me he dado cuenta de que te quiero.

—¡Ja!

—Me gustaría intentar arreglar lo nuestro.

Mi otra Raquel, la tonta, la insegura de sí misma, habría caído rendida a sus pies en aquel momento. Sin embargo, la nueva Raquel era mucho más espabilada. No sucumbía a promesas de aquel tipo porque lo tenía todo al lado de otro hombre que se esforzaba por amarla y respetarla aún en la

distancia.

Cogiendo la llave que llevaba colgada en el cuello, le dije:

—Lo siento mucho, Adán, pero la que no quiere volver contigo soy yo. Estoy viviendo una etapa muy buena en mi vida y, sintiéndolo mucho, tú no estás en ella.

Adán dio un paso al frente y tomó el colgante entre sus dedos. Luego dijo:

—Sé que tienes un chico nuevo, Raquel. ¿Crees que ese tío va a estar para ti siempre? Bruce es un tío con dinero y puede estar con las mujeres que quiera y tú eres una don nadie, una simple cocinera que trabaja en una hamburguesería de mala muerte.

¿Cómo sabía Adán el nombre de mi Dios del sexo?

Escucharlo hablar de aquella forma tan despectiva me sacó de mis casillas. Lo empujé y, por no liarla frente al negocio donde mis gritos podían llegar a los clientes y a mis compañeras, susurré entre dientes:

—Eres un sinvergüenza y un canalla, Adán. Afortunadamente, ya no siento nada por ti. No te quiero ver más. ¿Entiendes lo que significa eso?

—Raquel, por favor...

—Vete a la mierda. No vuelvas a acercarte a mí en tu puta vida.

Después de decir aquello, lo dejé en la calle.

Aquella noche, me sentí liberada. Cuando llegué a casa, telefoneé a Bruce, pero no le conté nada de lo ocurrido con Adán. No quería que se preocupara por algo a lo que yo le había dado solo la importancia justa.



Lo que más me gustaba de mis días era el momento en el que hablaba con Bruce después de salir de trabajar. Eso me relajaba.

Noviembre había llegado cargado de lluvias y eso hacía que el trabajo fuera mucho más aburrido. Los clientes llamaban sin parar para pedir la comida y el local estaba prácticamente todas las noches vacío.

Una noche que se tornó en una de lluvia torrencial con grandes truenos y relámpagos, Mariela nos permitió salir más temprano. Corriendo bajo el paraguas, me dirigí hasta el coche y me monté en él. Justo estaba metiendo

las llaves en el contacto cuando me sonó el móvil. Era Óscar.

—No te lo vas a creer, Raquel. El coche me ha dejado tirado. ¿Puedes pasar a recogerme?

—Claro. Estoy ahí enseguida.

Tuvimos que esperar una hora a que llegara la grúa. Luego nos fuimos a casa y Óscar preparó algo de picoteo para cenar mientras yo me daba una ducha. Junto a unas *Heineken*, hablamos del trabajo, de Chum, de Bruce y de lo difícil que era mantener una relación a distancia. Cuando el cansancio nos pudo, cada uno se metió en su habitación.

En el móvil tenía siete mensajes de WhatsApp de Bruce y cuatro llamadas perdidas. Asustada, tecleé:

«Hola, amor»

La respuesta no tardó en llegar:

«¿Dónde estabas metida?»

Contesté:

«Cenando»

Y él escribió de nuevo:

«¿Con quién?»

Uuuu... aquella pregunta me hirvió la sangre. Frenética, tecleé:

«Por si no lo sabes, yo también trabajo. Después, he ido a recoger a Óscar porque se le ha averiado el coche, hemos esperado a la grúa y después hemos bebido unas cervezas para ahogar nuestras miserias en alcohol mientras picoteábamos algo. ¿Contento?»

El mensaje que me devolvió Bruce me dejó sin habla:

«¿Sabes una cosa, Raquel? Estoy preocupado»

«¿Por qué no me has contado lo que te pasó el otro día con Adán?»

No supe muy bien qué decir. ¿Cómo se había enterado Bruce de la visita de Adán? Tratando de quitar importancia al asunto, escribí:

«No ocurrió NADA»

Otro silbido anunció la llegada de otro mensaje de Bruce:

«¿Qué quería Adán, Raquel?»

Respondí:

«Volver»

El móvil dejó de sonar y se hizo el silencio durante un par de minutos.

«¿Y tú qué es lo que deseas?»

Sus palabras me dejaron atónita. No sabía si lo preguntaba de verdad o si era de broma. De ser así, era una broma de muy mal gusto. Mis dedos empezaron a deslizarse por el teclado del teléfono sin tregua:

«¿CÓMO PUEDES PREGUNTAR ESO?»

Seguidamente su contestación:

«Raquel, no hace falta que me chilles»

Leyendo aquello, le dije que no le chillaba, y él nuevamente escribió:

«¿Acaso no sabes que escribir un mensaje en mayúsculas es lo mismo que gritar?»

Miré el reloj. Aunque era muy tarde, decidí llamarlo por teléfono. Por lo visto, aquel día no íbamos a lograr entendernos por WhatsApp.

—¿Diga?

—Escúchame, Bruce. No digas una sola palabra, por favor —exigí chulesca—. Eres maravilloso y lo sabes. Estaba equivocada al pensar que no existían hombres como tú. Pera mira tú por dónde, me topé con uno y... ese eres tú. Contigo he conocido lo más importante, el amor y la sinceridad en la pareja. —Inspiré y antes de que a él le diera tiempo a hablar, proseguí—: Te echo de menos..., y lo sabes. El corazón se me encoje cada vez que pienso en los miles de kilómetros que nos separan. ¿Piensas, en realidad, que yo puedo volver con un tipo egoísta y arrogante que se va con unas y con otras y que no me valora?

—...

Su silencio se me hizo eterno.

—¡¿Lo piensas?! —insistí.

—¿Por qué no me lo has contado? ¿Por qué me lo has ocultado?

—¡¡¿Lo piensas?!!

—Raquel, escúchame...

—¿Sí o no?

—No —dijo sin titubear.

Suspiré aliviada.

—Bruce, yo solo quiero estar contigo.

—¿Estás segura?

—Sí —dije sin pensármelo ni un segundo—. Quiero estar siempre contigo. No lo dudes...

—De acuerdo, no lo dudaré más, pero ¿por qué me has ocultado que Adán y tú...?

—No te lo conté porque consideré que no era importante. Simplemente por eso, amor.

Su respiración se relajó. Al menos, así lo percibí yo.

—Raquel, me encanta que me llames así.

Sonreí y repetí:

—Amor, amor, amor, amor, amor...

—Prométeme que no habrá nunca más secretos entre nosotros.

—Te lo prometo —susurré.

Aquella noche estuvimos hablando y riendo por teléfono hasta altas horas de la madrugada.

Eran las diez de la mañana cuando el timbre del portero me despertó. Óscar estaba dormido en el sofá y con la tele puesta. La apagué, me froté los ojos con el talón de las manos y caminé hasta el recibidor para ver quién era.

—Raquel, soy Isidro.

Me alegré muchísimo de escuchar su voz.

Cuando Isidro llegó a casa lo recibí con un fortísimo beso y un gran abrazo. Le hice pasar y, cuando vio a Óscar dormido en el sofá, me preguntó:

—¿Sigue sin querer quedarse solo en casa?

Asentí con un movimiento seco de cabeza.

—A mí no me apetece estar sola tampoco —admití, mordiéndome ligeramente el labio inferior. Entramos en la cocina—. ¿Qué quieres tomar?

—Un cafelito, corazón. —Se sentó en un taburete—. ¿A que no adivinas quién estuvo ayer en casa?

—Ni idea —le contesté yo encogiendo los hombros.

—Adán.

Abrí los ojos de par en par.

—¡¿Qué?!

—Quería que Natalia te llamara para convencerte de que lo mejor para ti

es que vuelvas con él.

Escuchar aquello hizo que mi cuerpo se pusiera en tensión.

Le entregué la taza de café, me senté frente a él y le pregunté:

—¿Y tú qué le dijiste, Isi?

—¿Yo qué le iba a decir, nenita? Que no tenía nada que decirte, que las decisiones las tomas tú.

Adoraba cada vez que Isidro me decía nenita.

—¿Y Natalia?

—Ella fue más tajante. Lo puso de vuelta y media y lo echó a la calle.

Al oír aquello, me levanté del asiento y le di un besazo en la mejilla.

Isidro tosió.

—¡Hombre, Isi! —exclamó Óscar, rascándose enérgicamente la cabeza —. ¿Qué haces tú por aquí?

—He venido a saludar a Raquel.

—Umm, y ¿de qué hablabais?

—De Adán.

—¡Joder! —Óscar puso cara de asco.

—Ayer los visitó para que me convenzan de que vuelva con él — comenté yo entre dientes—. ¿Te lo puedes creer?

Óscar, con la boca abierta, dijo:

—Ese chico no está bien de la azotea.

—Pues, ¿qué quieres que te diga? Me da igual si está bien o no; él me dejó y yo lo acepté.

—Fue lo mejor que pudiste hacer —corroboró Isidro.

—Y, por supuesto, no quiero volverlo a ver. Es más, cuento los días para ver a Bruce.

Escuchándome decir aquello, tanto Isidro como Óscar se levantaron de la silla y me aplaudieron. Yo, chula de mí, hice una genuflexión, como si estuviera dando las gracias.

El reloj marcaba ya las dos y media de la tarde cuando nos quisimos dar cuenta.

—Oye, Raquel. Se nos ha hecho tarde.

—Ehm..., sí, es verdad.

—¿Por qué no os venís a comer a casa? Natalia tiene ganas de verte.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a Óscar, sabiendo de antemano cuál iba a ser su respuesta.

—Yo no sé tú, pero yo me voy a preparar cuanto antes para que no se nos haga más tarde. Tengo el estómago en los pies —respondió, sacándome la lengua.



Un olor que alimentaba nos recibió cuando entramos en casa de Isidro. Natalia nos recibió con una gran sonrisa y el delantal impoluto, como de costumbre. ¡Qué gran mujer es Natalia! Como anfitriona es única.

La saludé con un gran beso; Óscar la cogió en volandas.

—¡Suéltame, loco! —le dije con una gran sonrisa en su boca.

Comimos una paella que me supo a gloria. De hecho, todas las paellas que hace Natalia son un auténtico manjar. La acompañamos con una gran ensalada a la que no le faltaba un detalle.

Cuando llegaron los postres, yo no pude evitar comerme un par de pastelitos de nata. Óscar mojó los suyos en su café.

Los cuatro hablamos del trabajo, de la vida y de la decisión tan oportuna que yo había tomado al dejar a Adán. Estábamos con los dimes y diretes de la prensa sensacionalista, cuando mi móvil sonó.

Una gran sonrisa se dibujó en mis labios al ver de quién se trataba. Óscar, que es muy listo, comentó:

—Chicos, mirad. Mirad qué cara de boba se le acaba de poner a Raquel.

Natalia e Isidro me miraron y sonrieron. Yo le hice a Óscar un gesto con la mano para que se callara.

—¿Cómo se encuentra hoy mi chica del lunar? —me preguntó Bruce.

Su voz vibró en mis tímpanos. Mi cuerpo se puso en tensión, como si estuviera preparándose para recibir uno de sus besos.

—¡Hola, amor!

—¿Cómo está mi chica? —me preguntó.

—¡Bien! —contesté escueta.

—Umm, ¿qué ocurre, Raquel?

Deseaba contarle lo que había sucedido con Adán. Aun así, dije:

—Hablamos luego, ¿vale?

Él, muy serio, insistió:

—Raquel...

—Bruce, no pasa nada. Creo que es algo sin importancia. —Reduciendo al máximo mi tono de voz, añadí—: Cuando esté sola, te lo cuento, ¿vale?

—Vale —respondió él, aunque por su tono de voz, sé que no le agradaba la espera.

—¿Estás bien?

—Sí, mi chica del lunar. ¿Y tú?

—Bien, también.

—¿Trabajas hoy?

—No, hoy estoy de descanso. Óscar y yo estamos en casa de Isidro.

—¿Isidro? ¡Ah, sí, sí! Dale recuerdos de mi parte. Y a Natalia, por supuesto.

—Mejor se los das tú —le dije yo. Acto seguido, le entregué el móvil al que, durante años, había sido como un hermano para mi padre.

Ambos estuvieron un largo rato hablando. De vez en cuando, Natalia interrumpía la conversación:

—Bruce, hijo, ¿cuándo vas a venir a España a visitarnos?

No sé muy bien lo que respondió Bruce, pero debía ser algo interesante porque tanto Natalia como Isidro no dejaban de decir:

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Tranquilo, Bruce —susurró Isidro cuando consiguió recuperar el terminal—. No te preocupes por nada.

Natalia se llevó las manos a la frente y sonrió emocionada.

—Oye, ¿de qué has estado hablando con Natalia? —le pregunté a Bruce cuando Isidro me volvió a entregar el móvil.

—No te preocupes, amor. No era nada importante —me contestó él.

No sé por qué, pero no llegué a creerlo.



Era viernes y ya habíamos cenado.

Había sido una noche muy dura de trabajo en la hamburguesería y estábamos muy cansadas. Mis compañeras y yo no veíamos el momento de irnos a casa para descansar.

Después de recoger y de limpiar todo hasta dejarlo como los chorros del oro, me despedí de las *Chirusas* y caminé hasta el coche. Estaba a punto de arrancar cuando alguien golpeó la ventanilla del copiloto.

—¡Joder! —exclamé asustada, llevándome la mano al pecho.

Allí estaba él, Adán, con cara desencajada. Con una gran soberbia, abrió la puerta y se sentó a mi derecha.

—¿Qué haces?! —vociferé.

—Raquel, tengo que hablar contigo.

—Márchate —le exigí—. Tú y yo no tenemos nada que decirnos. Lo nuestro...

—Raquel, por favor —me interrumpió—. ¡Escúchame!

—¡No, escúchame tú! Lo nuestro no tiene marcha atrás, así que, Adán, te lo pido por favor: sal de mi coche. Estoy muy cansada y no veo la hora de llegar a casa.

—¡Por favor, Raquel! ¡Hablemos!.

—¡Te he dicho que no!

—Siento mucho todo el daño que te he hecho pasar.

—Adán, por favor, no quiero escucharte.

Intenté convencerlo de que no había marcha atrás. Sin embargo, él me cogió del cabello y, pegándome un tirón, exigió fuera de sí:

—Conduce. —Arranqué, metí primera, segunda y...—. Gira a la izquierda.

Media hora después llegamos a un descampado y me quitó las llaves del coche.

—Adán, por favor...

—¡Cállate! —Me cogió del brazo y me lanzó sobre el capó. La noche estaba cerrada y oscura.

Como pude, me zafé de él y le metí una patada entre las piernas.

—¡Joder! —vociferó soltando las llaves para sujetarse el paquete—. ¡Eres una puta!

Me agaché, cogí las llaves del suelo y me metí en el coche. Antes de que pudiera cerrar la puerta, me volvió a coger del pelo.

Con el forcejeo, me di un golpe en la sien con el filo de la puerta. Unas gotas de sangre empezaron a manchar mi camiseta de trabajo. Mareada, me giré hacia él y, como una fiera, empecé a empujarlo hasta que nuevamente pude quitármelo de encima.

Corrí.

Corrí como una gacela otra vez, entré en el coche y bajé los cierres de seguridad. Temblorosa, arranqué el coche y pisé a fondo el acelerador.

Cuando me miré en el espejo retrovisor, vi que mi sien no dejaba de sangrar. Con seguridad, me harían falta algunos puntos.

¿Cómo había podido Adán llegar a ese extremo? ¿Por qué?

En el hospital, los médicos descubrieron enseguida que aquel corte no era el resultado de una caída fortuita. La policía no tardó en llegar para tomarme declaración de lo ocurrido, así que no tuve más remedio que decir la verdad. Además, ¡qué leches! ¡Estaba acojonada! ¿Qué hubiera ocurrido si no hubiera tenido los arrestos suficientes? ¿Si no hubiera pensado con frialdad?

—¿Hay alguien a quien pueda llamar para que no pase esta noche sola?  
—me preguntó uno de los policías.

—Ehm..., sí.

Saqué el móvil del bolso y llamé a Óscar. Con voz temblorosa, le pedí que fuera a recogerme al hospital.

—¿Cómo que al hospital? ¡¿Qué te ha pasado?!

—No tardes, por favor —le supliqué. Ya habría tiempo cuando estuviésemos en casa para hablar—. Quiero irme de aquí cuanto antes.

Los policías no me dejaron sola ni un segundo. Nerviosa, observé las caras de cada una de las personas que iban entrando por Urgencias. Estaba en ello cuando una chica de no más de veinte años entró atacada de los nervios del brazo de sus padres. Lloraba sin parar. Observé que tenía la cara destrozada.

Uno de los policías que me custodiaban se acercó a mí y me dijo:

—Lo que ha hecho usted es lo mejor.

Lo miré y sonreí tímidamente.

—Señora —dijo el otro—. Hay mujeres que no se atreven a denunciar

por miedo. Esa chica que usted ve ahí, ha venido ya dos veces a Urgencias en lo que llevamos de mes. La última vez fuimos nosotros mismos los que la trajimos y casi no lo cuenta.

—Pero...

—A diferencia de usted, se niega a dar el paso que la libere de su maltratador. Nosotros lo sabemos, pero si ella no lo admite, no podemos hacer nada. Estamos atados de pies y manos. Sin embargo,...

—Usted ha hecho lo correcto —me dijo el otro policía con una sonrisa amable y tranquilizadora dibujada en los labios.

Cuando Óscar entró en el hospital, por sus movimientos intuí que estaba asustado.

—¡Por el amor de Dios, Raquel, ¿qué te ha pasado?! —me preguntó con los ojos vidriosos, sujetándome del mentón para ver la herida de mi sien y los arañazos de mi cara.

—No ha pasada nada grave —musité compungida.

Se sentó a mi lado y yo, que no aguantaba más, le conté todo lo que había ocurrido.

—¿Lo has denunciado?

—Sí.

—Ha sido lo mejor que ha podido hacer —comentó uno de los policías.

—Ha tenido mucha suerte. Otra, en su lugar, hubiera aparecido muerta en una cuneta —dijo el médico que me había atendido en Urgencias, entregándome el alta—. Si le duele la herida, tómese los analgésicos que le he prescrito.

—Gracias.

—En dos días, vaya a su centro de salud para que le hagan la primera cura.

—Muchísimas gracias, doctor —dijo Óscar.

Me abrazó enérgicamente.

—Óscar...

—Dime, reina.

—Quiero irme a casa —le dije sin parar de llorar.

Necesitaba darme una ducha, quitarme el olor a cocina y deshacerme del miedo.

Cuando llegamos a casa me dirigí hacia el cuarto de baño sin decir nada y me metí en la ducha. El agua comenzó a caer desde el techo y me arrodillé.

Lloré.

Lloré como como una niña pequeña, sin comprender realmente lo que había pasado.

Desesperado por mi tardanza, Óscar entró en el baño.

—¿Estás bien? —Lo miré, me tapé la cara con las dos manos y dejé que las lágrimas me arañaran la piel—. Raquel, por favor, no puedes seguir así.

Óscar me ayudó a ponerme en pie, me enjabonó, me enjuagó el pelo y me envolvió con ternura en una toalla. Luego me acompañó al dormitorio y me vistió.

Después de vaciar mi alma, me sentí algo más aliviada. Nos sentamos en el sofá y me abrazó.

—¡Chica, menos mal que soy *gay*!

Escuchar aquello me hizo sonreír.

—¿Se lo contarás a Bruce?

—No, cielito. Se lo contarás tú.

Asentí. Era yo, en realidad, la que tenía que contárselo. Le había hecho una promesa y pensaba cumplirla. Los secretos no tenían cabida en nuestra relación.

De pronto, sonó mi móvil. Evalué las letras que aparecían en la pantalla. Era Bruce.

—Hola, amor mío —dije con un entusiasmo impostado.

—Morena, me encanta que me recibas así. ¿Cómo está mi chica del lunar?

—Bien —musité—. Acabo de llegar de trabajar y...

—Umm, ¡qué bien! Por fin te tengo para mí solito —me dijo Bruce, ignorando lo que me había pasado.

—Sí, estoy para ti solita.

—¿Te apetece poner la webcam, amor?

—Bruce, estoy algo cansada. Hemos tenido muchísimo trabajo esta noche y estoy agotada. ¿Te importa si lo dejamos para mañana?

—Por supuesto. —Ambos permanecemos en silencio durante unos segundos—. Oye, Raquel. Dime una cosa. ¿Qué era eso que me querías

contar este mediodía?

«Joder, qué buena memoria tiene», pensé.

—¡Ah! Es algo que no tiene importancia, Bruce. Te lo cuento otro día, ¿vale?

—Raquel, ¿sucede algo? Esta noche estás muy distante. ¿Me ocultas algo?

«Ay, Bruce. Quisiera contarte que Adán me ha atacado esta noche, que me ha golpeado, pero no puedo. Soy incapaz. ¿Cómo voy a hacerte yo eso a ti cuando estás en la otra punta del mundo, a miles de kilómetros de distancia?».

Para disimular, comenté:

—Amor, claro que me notas distante. Me estoy quedando dormida. —Bostecé, llevando al límite mi interpretación—. Estoy muy cansada. Esta noche hemos tenido muchísimo trabajo en la hamburguesería, como te he dicho.

—Está bien —susurró—. Descansa. Y no olvides lo mucho que te quiero.

—Yo también —dije antes de colgar.

Aquella noche no quise dormir sola. Le pedí a Óscar que durmiera conmigo.

Al día siguiente nos levantamos, desayunamos y no hicimos ningún comentario al respecto de lo sucedido la noche anterior. Lo única referencia que yo sí hice fue que no le había podido contar a Bruce nada de lo ocurrido.

—Raquel, tarde o temprano se lo vas tener que contar.

—Lo sé —lloriqueé, abrazándolo con fuerza.

A media mañana, los dos nos personamos en comisaría. Allí, nos confirmaron que la jueza de guardia había impuesto una orden de alejamiento provisional. Adán no se podía acercar a mí. Aunque 500 metros de distancia no eran muchos, sí eran suficientes para que yo me sintiera algo más tranquila.

Salvado un escollo, me quedaba averiguar cómo se iba a tomar Bruce que no le hubiera contado lo sucedido. Estaba convencida de que se pondría como una furia, pero en ese momento, me dio igual.

Una vez que salimos de la comisaría, Óscar llamó a Carlos. Durante un

par de minutos estuvieron discutiendo dónde ir a comer. Finalmente, ganó Carlos, así que Óscar y yo nos fuimos para su casa.

Cuando llegamos, fue Enrique el que me preguntó al ver el estado lamentable de mi cara:

—¡Pero reina, ¿qué te ha pasado?!

Cuando Óscar les contó lo ocurrido, Carlos y Enrique fruncieron el cejo y, abrazándose a mí, exclamaron al unísono:

—¡*Oh, my God*, ha tenido que ser horrible! Tendrías que habernos llamado.

—Lo siento, chicos. De verdad, perdonadme, pero no pensé en nada ni en nadie —les aclaré—. A Óscar lo llamé porque la policía me preguntó si...

—Da igual —intervino Enrique al ver que a mí se me cortaba la voz—. Lo importante es que tú estés bien.

—Lo siento —repetí.

Cuando conseguí tranquilizarme, Carlos me preguntó si había hablado ya con Bruce. Es cierto que habíamos hablado, pero no del tema.

—Reina, debes contárselo cuanto antes. Aunque por fortuna no te ha pasado nada grave, has estado en peligro.

—Madre mía, no quiero ni pensar en lo que hubiera sucedido si... —Óscar le dio un empujón a Enrique—. Vale, vale... ya me callo.

—Sé que tengo que contárselo —les dije—, pero no encuentro la manera ni el momento adecuados. Joder, está tan lejos que...

—¡Salvada por la campana! —exclamó Óscar.

—Reina, no sé qué tiene ese chico, pero cada vez que te llama se te ilumina la cara —afirmó Enrique.

Carlos y Óscar comenzaron a reír. Yo les hice burla con la lengua cuando descolgué el teléfono. Me senté en el sofá y ellos se fueron hasta la cocina.

—¡Hola, amor! ¿Qué tal estás?

—Umm, cómo me gusta que me hables así. —A través del aparato, oí la vibración de su risa—. ¿Cómo está mi chica del lunar?

—Oye, Bruce, quiero hablar contigo de una cosa que pasó anoche, pero me tienes que prometer que no vas a hacer ninguna locura, ¿de acuerdo?

—¡¿Qué pasa, Raquel?!

—¿De acuerdo? —insistí.

—Sí, sí.

—Ahora mismo estoy en casa de Carlos y Enrique. Hoy no trabajo. En un rato estaré en casa y te vuelvo a llamar.

Extrañado, me preguntó él:

—¿Cómo que hoy no trabajas? ¿Qué pasa, Raquel? Me estoy preocupando.

—Tranquilo. No pasa nada. Hoy estoy de descanso.

¿Cómo le iba a contar a Bruce lo ocurrido? ¿Por qué no me había podido quedar callada? Ya lo decía mi madre: «Raquel, a veces, es preferible morderse la lengua». ¡Qué razón tenía!

—¡¡Raquel!!

—Bruce, escúchame, por favor. En cuanto llegue a casa, te llamo y te lo cuento todo.

—Vale. —Su tono de voz sonó disconforme a pesar de su afirmación—. Por cierto, en cuanto llegues a casa, abre el correo electrónico. Te he enviado algo que sé que te va a gustar.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Ahm... Lo siento, pequeña. Cuando llegues a casa, haz lo que te he dicho —insistió con autoritarismo—. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Raquel, tengo que cortar. Hablamos luego, sin falta. Ah, y no olvides lo mucho que te quiero y que te echo muchísimo de menos.

—Y yo.

—Ojalá estuvieras aquí conmigo.

—¿Sabes una cosa?

—Raquel, he de cortar.

—Un segundo, por favor.

—Dispara de una vez.

—Te quiero tanto que me duele hasta el alma. —Comencé a toser para aclararme la voz—. Ojalá estuvieras aquí conmigo.

—Luego seguimos hablando, Raquel. Adiós.

—Adiós.



Después de almorzar con los chicos, fui a tomar café con las *Chirusas* a la cafetería que está cerca de la hamburguesería. Cuando llegué estaban todas, incluso Rosa. Al verme, se levantaron las cinco para darme besos y abrazos y preguntarme cómo me encontraba.

—Chica, no sé qué le pasaría a ese gilipollas por la cabeza para hacerte algo así —comentó Rosa.

—No hay que buscar un porqué —confirmó Mariela—. Lo único que espero es que con este escarmiento no se le vuelva a ocurrir hacer algo parecido. Te juro que como lo vea por el local le corto las pelotas.

—Ya hemos descubierto quién es la corta-pelotas de la hamburguesería J.R. Dallas —soltó Luna—. Tendríamos que celebrarlo con algo.

—Para ti siempre hay algo que celebrar, hija —dijo Mariela.

—Pues claro que sí. Siempre hay algo bueno que celebrar —respondió Luna chocando su taza de café con la de Mariela.

—¿Por ejemplo? —preguntó Rosa.

—Que todas estamos bien.

—Por nosotras entonces —brindamos todas las *Chirusas* chocando nuestras tazas de café.

Mariela miró el reloj y anunció que era la hora de abrir el negocio. Pagué los cafelitos, me despedí de ellas y me subí al coche.

Cuando llegué a casa colgué el abrigo y el bolso en el perchero y me fui a la cocina. El café me había dejado un regusto amargo en la boca, así que me serví un vaso de agua y me lo bebí de un trago. Luego cogí el portátil y lo encendí para revisar los mensajes.

El archivo adjunto que me había enviado Bruce era una carpeta de música que contenía canciones de Ricardo Arjona, Alejandro Sanz, Marcos Antonio Solís y Alejandro Fernández. Las escuché todas. La que más me gustó fue una que se titulaba *Solo tú tienes la llave de mi corazón*. Se me encogió el corazón.

Mientras me duchaba, tararé la balada *Amiga* de Alejandro Sanz y me relajé. Me puse unos *leggings* negros, una camiseta anchísima y me maquillé ligeramente para que Bruce me viera guapa. Los labios me los pinté de rojo.

Óscar silbó cuando entré en el salón:

—¡Reina, estás guapísima!

—Qué mentiroso eres.

—Es cierto, cielo, estás..., estás espectacular.

Le di un beso, cogí el portátil y me metí en mi habitación. Llamé a Bruce.

Al principio, la videollamada se entrecortó un poco.

—¡Hola, cariño!

—¡Hola, amor! —le saludé.

Bruce me miró con los ojos entornados.

—¿Qué pasa, Raquel?

—Prométeme que no vas a decir nada hasta que no acabe yo, por favor.

—Tranquila. Te juro que no voy a decir nada —me contestó, mostrándome la palma de su mano derecha.

Esos ojos verdes que me escrutaban desde el otro lado de la pantalla me pusieron aún más nerviosa. Aun así, saqué el valor suficiente para contarle todo lo que me había pasado, le mostré la herida que yo había tratado de disimular con el maquillaje y mi flequillo y le pedí perdón por haberle ocultado la verdad.

Cuando concluí mi exposición, Bruce se acercó al monitor y me dijo:

—¿Sabes una cosa, Raquel?

—¿Qué?

—Ya lo sabía todo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Cómo que lo sabías todo?!

—Cariño, tienes amigos que se preocupan muchísimo por ti. —En eso no le podía quitar la razón—. Óscar me llamó y me contó todo lo ocurrido.

—Será lengüetón... Y ¿por qué no me has dicho nada?

—Sabía que necesitabas tu tiempo para contármelo.

—Bruce, me encantaría que estuvieras aquí —lloriqueé.

—¿Y quién te dice que tus deseos no se pueden hacer realidad? Ve hacia la entrada.

Me levanté de la cama y corrí a toda prisa por la casa. Cuando abrí la

puerta di un grito y me tiré a sus brazos.

Asustado, Óscar salió del dormitorio de invitados y preguntó qué pasaba. Cuando vio a Bruce, levantó el pulgar y se volvió a encerrar.

No recuerdo cuántos besos nos dimos antes de entrar en casa. Cuando la pasión se redujo por el cansancio, nos acomodamos en el sofá y, cogiéndome con ambas manos de la cara, me preguntó Bruce con seriedad:

—¿Cuándo tenías pensado contarme lo ocurrido?

Avergonzada, miré al suelo.

—Lo siento... Lo siento mucho, de verdad. No quería que te preocuparas.

—¿Recuerdas que tú y yo nos hicimos una promesa?

—Sí.

—Dijimos que no habría nunca más secretos entre nosotros.

—Lo sé.

—Raquel, ¿piensas, de verdad, que la distancia es un motivo para no contarnos las cosas?

—...

—Si estoy aquí es porque me he enterado por tus amigos de lo que sucedió. He cogido el primer vuelo sin pensármelo ni un solo segundo. Raquel, eres demasiado importante para mí. Tus problemas son mis problemas, tus sufrimientos son también míos y si tú lloras o ríes, yo quiero hacerlo contigo. —Me cogió de la cara con sus anchas manos y me obligó a mirarle a los ojos—. ¿Por qué lloras, amor?

—Porque soy inmensamente feliz —susurré—, porque aún no me puedo creer que la vida me haya regalado a un ser tan especial como tú. Te quiero, Bruce.

—Y yo también, mi chica del lunar.

Nuestros labios se unieron y nos devoramos como hienas hambrientas, como si no hubiera un después, un luego, un mañana...

Abrazados, entramos en la cocina y preparamos algo de picoteo: tortilla a la francesa, salchichón, choricillos a la plancha y una buena ensalada de acompañamiento. También descorchamos una botella de Lambrusco.

Óscar se unió a nosotros.

Cuando la botella de vino se terminó, Óscar sacó otra de la nevera. Al

igual que yo, estaba inmensamente feliz por tener a Bruce aquella noche en casa.

Una vez acabada la cena, Óscar preparó unos mojitos muy refrescantes y nos dejó a solas en el salón.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Todas las que quieras, mi chica del lunar.

—¿De qué te has enamorado de mí?

—Bien —dijo, dándole un sorbito a su mojito—. Me he enamorado de tu locura, de tu atrevimiento, de tus ganas de vivir... Raquel, no te da miedo de probar cosas nuevas, de experimentar, de...

—¿De?

—Me encanta ese lunar que tienes junto a la boca. Me vuelve loco. Y tus ojos... Joder, tus ojos me atraparon también desde la primera vez que los vi. —Pensativo, pasándose la mano por su larga melena, añadió—: ¿A qué viene ahora este interrogatorio?

Agaché la cabeza y le dije sin titubear ni un solo momento:

—Jamás un hombre se ha enamorado de esta forma de mí.

—Algún día tenía que llegar tu media naranja.

—Bruce, tú eres un hombre muy guapo, con un gran atractivo, y podrías tener a cualquier mujer mucho más guapa y bonita que yo.

—Raquel, por favor.

—Shhh... —siseé—, déjame hablar. Yo no me menosprecio, no vayas a pensar mal, pero hay que reconocer que de los dos, tú eres el más atractivo.

Bruce me miró, envolvió mi mano en la suya y me llevó hasta mi habitación. Allí, frente al espejo de Ikea, me dijo:

—No me importan los demás, me importas tú. Yo, Bruce Smith, me he enamorado de ti, de tus defectos y de tus virtudes. —Apoyó sus manos sobre mis hombros—. Tú eres la mujer que me vuelve loco. Adoro tu espontaneidad y las cosas tan absurdas que dices a veces. Te amo a ti, Raquel, a esta mujer que está frente al espejo. A nadie más...

Al escuchar aquello, me giré y lo agarré del cuello. Con la mirada perdida en sus ojos, lo besé. Mi lengua se enredó con la suya mientras sus manos me acariciaban la espalda.

No recuerdo cuánto tardamos en caer sobre la cama. Lo que no he

conseguido olvidar es cuando se tumbó sobre mí y comenzó a acariciarme con provocación. En ese momento, mis manos se perdieron dentro de su camiseta. Mis dedos recorrieron su ancha espalda mientras los suyos acariciaban mis pechos.

Se puso en pie para deshacerse de la camiseta y yo me recreé en sus músculos, que parecían estar labrados a cincel. Aquel Dios del sexo, era mío, solo mío...

—Raquel —ronroneó cuando volvió a tumbarse en la cama y yo introduje las manos en su vaquero que se ajustaba a su trasero como una segunda piel—. Te amo... Te amo con locura.

Escuchar cómo paladeaba mi nombre me enloqueció. Quise rodar sobre el colchón para colocarme sobre él, pero no me lo permitió.

—Nena, esta noche es para ti y hoy no te voy a follar. Hoy me apetece hacerte el amor lenta y delicadamente.

¡Joder, joder!

Despacio, me deshice de la camiseta y la tiré al suelo. Entonces, sin prendas de por medio, Bruce comenzó a besarme con sensualidad los pechos. Mis gemidos fueron acompañando a sus suspiros a medida que me iba bajando los pantalones y el tanga.

—Quieres que te haga de todo, ¿verdad?

No entendí muy bien lo que me quería decir y le dije:

—¿Cómo dices?

El granuja, con cara de picarón, alzó una ceja y me respondió con suspicacia:

—En tu tanga pone: «hazme lo que quieras».

Sonreí y, acercándome a su boca, le dije:

—Lo que deseo es que me hagas el amor muy despacio. Después, ya follaremos como a ti y a mí nos gusta.

Así fue...

Bruce acarició con sus labios mi Monte de Venus mientras sus manos se perdían entre mis pechos. Sentir la humedad de sus labios cremosos en torno a mi clítoris me hizo enloquecer. Arqueé la espalda, invitándole a seguir. Bruce me iba a deshacer.

Mis manos se dirigieron entonces a su cabeza y le acaricié el pelo. Cada

vez que su lengua recorría mi cueva y sus dientes se clavaban en la piel tierna, el abdomen se me contraía y los muslos me empezaban a temblar. Arqueé la espalda para recibir el lustre de su lengua y me aferré a su melena con intensidad.

Cuando por fin levantó la cabeza y me miró a través de las pestañas, mis ojos fondearon en los mares abisales que encerraban los suyos. Fue entonces cuando reptó por mi cuerpo y se deslizó con lentitud en mi interior, incrustándose hasta el fondo cuando consiguió dilatarme como el momento y la situación requería.

Enloquecí...

Con cada embestida que me daba, mi espalda se arqueaba, mis manos apretaban las sábanas y mi cuerpo convulsionaba enfebrecido.

Bruce me cambió de posición y me penetró desde atrás. Cuando mi espalda quiso ponerse al mismo nivel que su pecho para que su boca y la mía pudieran chocar, no me lo permitió. Dejó caer pesadamente su mano fuerte sobre mi espalda y comenzó a dibujar el sendero de mi espina dorsal.

Los dos estábamos acelerados, excitados, sudorosos y muy cansados, pero no dejamos de seducirnos, de provocarnos, de amarnos...

Nos corrimos juntos. Nuestros fluidos colisionaron en mi interior, caldeándome un poco más. Exangües, permanecemos abrazados hasta que nuestros corazones recuperaron el ritmo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Ajá —musité abriendo apenas los ojos. Una pléyade de emociones se arremolinaba en mi cabeza cada vez que los espasmos orgásmicos me obligaban a cerrar los ojos y a contraer las piernas.

Cuando Bruce salió de la ducha envuelto en una minúscula toalla negra, lo admiré. Disfruté con la imagen de su pectoral húmedo, con sus piernas torneadas, con sus bíceps hinchados y con cada una de las pecas de su cuerpo. Apoyada en el cabecero y tapada con las sábanas, estudié cada uno de los pliegues de su piel, esa piel sedosa y bronceada que yo tanto adoraba acariciar.

Me quedé un poco descolocada cuando vi que se subía el vaquero.

—¿No te quedas a dormir?

Acercándose a mí muy despacio, me besó y me dijo:

—Mi chica del lunar, mañana muy temprano tengo que estar en Boston.

—¿Qué?! —Abrió los ojos de par en par.

—Tengo una sorpresa para ti.

Agarrándome de su cuello, pregunté:

—¿Qué sorpresa? ¡Dímela!

Y riéndose el muy granuja, contestó:

—Si te la cuento, ya no sería una sorpresa, pequeña.

Me dio un beso en la frente, se apartó de mí y yo apoyé la cabeza nuevamente en el cabecero para ver cómo se terminaba de vestir.

—¿Me acompañas hasta la puerta?

Disgustada, me levanté de la cama, abrí el cajón de la cómoda, elegí las bragas más feas que encontré y me las puse. Seguidamente, busqué la camiseta con aquel mensaje serigrafiado que a Bruce tanto le había gustado y que rezaba «todo esto es tuyo» y le seguí.

Íbamos llegando a la puerta cuando Bruce se detuvo en seco y, agarrándome por la cintura, me preguntó:

—¿De verdad que todo lo que hay aquí debajo es mío?

Como sabía por dónde iba su pregunta, me agarré a su cuello y le solté:

—Todo esto y mucho más...

—¿Más? —me preguntó nuevamente—. ¿A qué te refieres, muñeca?

—A mi cuerpo, a mi alma y a mi corazón, ¿te parece poco?

Escuchar aquello hizo que sus pulsos se aceleraran.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

Él me había entregado su corazón; es más, la llave la llevaba colgada en el cuello. ¿Por qué no podía yo entregarle el mío, junto al alma y el cuerpo?

Cogiéndome entre sus brazos, me susurró al oído:

—No sabes cuánto tiempo llevaba deseando oír eso.

Incapaz de esconder mis sentimientos, añadí:

—Bruce, tienes mi corazón, mi alma, mi cuerpo..., y la certeza de que tú, solo tú, eres mi Dios del sexo. No te quiero —se puso serio—, te amo con locura, te adoro y no sé lo que haría yo con mi vida si tú no estuvieras conmigo.

Me miró boquiabierto, sin saber qué decir. Luego, atraído por la suavidad de mis besos, sedujo mi boca y yo me derretí por dentro. Mi cuerpo comenzó a temblar y mi vagina se lubricó de nuevo.

—Amor mío, me encantaría pasar toda la noche contigo, jugar hasta el amanecer y provocarte con lo que guardas en el cajón de la mesita de noche, pero me tengo que ir. He de coger el avión.

Apenada me enganché a su cuello y me despedí de él con un gran beso.



Tiempo después me enteré de que Bruce estuvo reunido con Adán antes de su viaje a Boston. Ambos habían quedado en una cafetería. La conversación fue breve. La justa para que a Adán le quedara claro que no debía molestarme más.



Era la una y media cuando recibí dos mensajes:

«Ya estoy en Boston»

«Te echo de menos»

Enseguida, le contesté:

«Yo también te echo de menos, cariño»

Nuevamente tres mensajes más:

«Ojalá estuvieras aquí conmigo»

«Ojalá pudiera estar contigo para besarte»

«Dile a tu jefa que este fin de semana no vas ir a trabajar»

Mi respuesta:

«¿Por qué?»

Mensaje inmediato de él:

«¡Sorpresa! No preguntes más, chica del lunar»

Tecléé:

«Muy bien, buenas noches, te quiero»

La semana fue lenta..., excesivamente lenta. Por la mañana iba al gimnasio y por las tardes, a trabajar. Óscar y yo tuvimos la suerte de que

nuestro día de descanso coincidiera. Aprovechamos para quedar con los chicos y para salir de fiesta.

Ni qué decir tiene que a Mariela no le cayó muy bien que le pidiera un fin de semana de descanso, ya que los viernes, sábados y domingos es cuando más trabajo hay en la hamburguesería.

El viernes, casi al amanecer, entraron dos mensajes en mi móvil:

«Chica del lunar, te recogeré al mediodía»  
«No hace falta que te lleves nada. Te quiero»

Escribí:

«Yo también te quiero mucho»

Luego fui a la habitación donde dormía mi amigo Óscar y, acercándome a él, le dije:

—Oye, este fin de semana me voy con Bruce.

—¿Te vas?! —Bostezó como un león.

—Sí, pero el destino es un misterio.

—Uff, cómo me pone eso.

Sonreí.

—Óscar, te quedas solo. Cuídame la casa.

—Claro, claro...



Era la una y media cuando el porterillo sonó:

—¿Sí?

—¡Raquel, baja! —vociferó Bruce.

Por no esperar el ascensor, lo hice por las escaleras.

Al llegar al portal, casi me comí a una de mis vecinas que entraba cargada con varias bolsas del supermercado.

—Discúlpeme, Reme. —Junté mis manos y las coloqué a la altura de la boca—. Perdón, perdón, perdón...

—¡Ay, esta chica siempre va corriendo! —le dijo a Joaquina, la anciana del tercero.

Cuando abrí la puerta del portal, vi a Bruce apoyado sobre una moto de

alta cilindrada, una *Harley Davidson Touring Ultra*.

—¡Wow, pedazo de moto!

—¿Te gusta? —preguntó mientras sacaba de una mochila una chaqueta y me ofrecía un casco.

—Joder, ¿que si me gusta? —Abrí los ojos de par en par y solté un silbido—. Me encanta, amor. ¡Es..., es una pasada!

—¡Pues vamos, móntate!

Reconozco que fui bastante torpe a la hora de montarme en la moto. De hecho, ambos estuvimos a punto de caernos al suelo cuando el vehículo se balanceó.

—¡Jo, perdona! —susurré yo cuando por fin pude abrir bien las piernas y envolví su cintura con las manos.

—Tranquila —me dijo, dándome una acaricia en la pierna derecha—. ¿Preparada?

—¡Sí!

Arrancamos...

Y yo me sentí libre..., libre como un pájaro.

Llevábamos un rato circulando por la ciudad cuando me atreví a preguntar a través del intercomunicador de mi casco:

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás, amor. Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí. Y espero que te guste.

—Seguro que sí, sobre todo, viniendo de ti —añadí yo.

Aunque circulábamos a una velocidad considerable, rasgando el aire, pude fijarme en los carteles de señalización. Cuando caí en la cuenta del rumbo que habíamos tomado, abrí la boca de par en par. ¡No me lo podía creer! Aspiré demasiado aire, frío en realidad. Cerré la boca, me quedé callada y me limité a disfrutar del paisaje.

Una hora y media después llegamos a Tarifa.

Joder, Bruce había dado en el clavo. ¡Me había escuchado decirle a Manuela que adoro Tarifa!

Serpenteamos con la *Harley Davidson* por una estrecha carretera y llegamos a un chalet que estaba ubicado junto a sendero de la playa. Me

llamó la atención el cartel que había en uno de los pilastrones de la entrada:  
VILLA PRECIOSA.

Bruce detuvo la moto, puso el pie en el suelo para sacar un mando a distancia de uno de sus bolsillos, abrió la cancela y aceleró. Detuvo el motor frente a la puerta principal del chalet. Yo me bajé con cuidado de la *Harley Davidson*, me quité el casco y observé el precioso jardín que rodeaba a la vivienda.

De la mano, accedimos al interior, dejamos los cascos y las cazadoras sobre una mesa del recibidor y llegamos a un salón.

La casa era preciosa, aunque lo que más me llamó la atención fue que estaba profusamente decorada con rosas blancas, mis preferidas. Asombrada, lo miré y le pregunté:

—¿Por qué hay tantas flores?

—Sé que te gustan y que son tus preferidas.

—Sí, pero...

—Pagaría por ver todos los días esa expresión en tu cara, Raquel.

Lo besé.

Me besó.

Nos besamos apasionadamente, como si aquel fuera el último beso de nuestras vidas.

Cuando conseguimos recuperarnos, Bruce me acarició el óvalo de la cara con el dorso de la mano y me preguntó:

—¿Tienes sed?

Asentí.

Bruce me cogió de la mano, cruzamos el vestíbulo y entramos en una impresionante cocina.

—¿Quieres una cerveza?

—Sí —sonreí.

Abrió la nevera, cogió un botellín, lo abrió con la hebilla de su cinturón y me la entregó. Le di un buche y él hizo lo propio después.

No conseguí quitarme la cara de asombro mientras me enseñaba las estancias de la casa. Había un segundo salón, mucho más grande que el anterior, con una chimenea de piedra blanca y una mesa de billar en el centro, un despacho con chimenea junto a la cocina y cinco dormitorios con vestidor

y cuarto de baños en suite.

El suyo lo reconocí al instante por su sobriedad. Me encantó que en todas las superficies horizontales hubiera rosas blancas. Sobre la cama, un magnífico corazón de rosas rojas destacaba sobre el edredón de plumas blanco.

—¿Qué te parece?

—Me encanta —le dije esbozando una sonrisa.

Me acarició el mentón.

—Me alegro, chica del lunar.

—¿Vamos a cenar aquí?

—No, amor. Hoy cenaremos fuera. He reservado mesa, así que será mejor que nos preparemos.

De pronto, empecé a encontrarme mal y tuve la necesidad de ir al baño para vomitar.

—¿Estás bien, amor?

Me ofreció una toalla mojada y moví la cabeza afirmativamente.

—Seguro que son nervios.

—¿Nervios? —inquirió él alzando la ceja izquierda con preocupación.

—Nervios en el estómago —concluí yo—. Ya sabes que los viajes y yo...

—Si no quieres que...

—No, no, no. Estoy bien.

No quería estropear mi propia sorpresa.

Me enjuagué la boca, nos desnudamos e hicimos el amor bajo la ducha.

A las siete de la tarde sonó la alarma del móvil de Bruce. Hacía una hora que habíamos caído rendidos en la cama, después de tanto follar. Aquella era la mejor forma de comunicarnos, haciendo que nuestros cuerpos se fundieran en una única masa de carne, fluidos, morbo, sexo y provocación.

Acelerados, nos vestimos.

Bruce se colocó un traje de color azul, una corbata del mismo color sobre una camisa de un blanco nuclear y unos mocasines negros. Yo me puse un vestido turquesa con escote palabra de honor y zapatos de salón. No me puse joyas, salvo la que llevaba siempre colgando del cuello: la llave de su corazón.

Nos montamos en el flamante BMW que había en el garaje y nos dirigimos al restaurante Cala Burra, un local precioso desde donde se podía observar el mar.

—Esta noche va a ser especial —me dijo Bruce.

—¿Por qué?

—Vamos a disfrutar de una reunión muy exclusiva, Raquel. Muy pocos pueden permitirse cenar aquí. Nos encontraremos con personas de la alta sociedad y...

—Vale, vale —le dije. Me estaba abrumando con tanta información.

Todo me daba igual siempre y cuando estuviera con él.

La mirada dulce y amable de Bruce cambió de repente. Su cuerpo se puso en tensión.

—¿¡Qué hace ella aquí!?! —oí que preguntaba una rubia imponente, con la melena lacia sobre sus hombros y un vestido de gasa de color rojo que no dejaba entrever que tuviera ni un milímetro de grasa.

—Kassandra —la saludó Bruce entre dientes.

—Hola —dijo ella haciéndome un repaso desde la cabeza a los pies—. Qué bien te veo, Bruce.

Se agarró de su brazo y comenzó a caminar, ignorándome.

¿Acaso yo me había vuelto transparente? ¿Qué cojones estaba pasando allí? En Málaga, lo que estaba haciendo aquella arpía era un tonto en toda regla.

—Kassandra, por favor —le oí decir a Bruce, deteniéndose en seco. Extendió su mano y me la ofreció—. Raquel, ven. Ella es...

Sabía quién era ella. No sé por qué, pero en aquel instante, mi intuición me dijo que nada bueno iba a salir a partir de aquel momento.

PERO ESO ES OTRA HISTORIA...